# EL PENSAMIENTO VIVO DE FRUGONI

presentación y selección de textos

EDUARDO JAURENA

NUMERO 39 JULIO 1970 PESOS 75.00



CUADERNOS DE MARCHA

# Cuadernos de MARCHA

NUMERO 39 JULIO 1970

## SUMARIO



PRESENTACIÓN Y SELECCIÓN DE TEXTOS
POR EDUARDO JAURENA

# presentación

*"Los héroes perecerán y renacerán como el fénix; las madres entonarán el canto de la leyenda, arrullando en la cuna al inocente; las esposas admitirán denodadas la viudedad por la salvación de la patria; los vivos se inspirarán en los muertos; los ancianos llorarán sobre la tumba de los adalides, y los hijos del derecho prometerán una gota de sangre impura por cada lágrima que de sus ojos se desprendiera . . .*

*¡Ay del dominador!"*

(Eduardo Acevedo Díaz, "Crónicas, discursos y conferencias", páginas 21 a 22.)

*EL 28 de agosto se cumplirá el primer aniversario del fallecimiento del doctor Emilio Frugoni, fundador del Partido Socialista y de la izquierda en el Uruguay. Con tal motivo dos* Cuadernos *dedicará* Marcha *al combatiente ilustre.*

*En una hora sombría en que la prepotencia de uno y la silenciosa complicidad de los otros (por más taimados, más detestables éstos, si cabe) arrasaban los derechos, conculcaban las libertades, importaban torturadores del extranjero, vejaban, mutilaban, sacrificaban víctimas inocentes, sintiendo el viejo luchador melladas sus energías por la acción implacable del tiempo y de la batalla sin tregua, su muerte acaso haya sido un acto de protesta, el último a su alcance. Un Uruguay en que la minoría oligárquica obliga a los explotados, la inmensa mayoría, a seguir siendo "creadores amargos de la riqueza ajena" a costa del hambre propia, un Uruguay así, había perdido el derecho hasta de la presencia física del insigne socialista. Su muerte relativa, porque hay muertos que no pueden ni deben morir, fue un acto potente de vitalidad.*

*El poder que, disolviendo ilegalmente su partido, lo condenó a culminar la vida como ciudadano clandestino, no tuvo pudor en explotar su cadáver. Y le decretó honores de ministro de estado, ¡como si a esta altura ser ministro aun cuando post-mórtem, fuera honor! El lacrimatorio oficial desencadenó caudaloso torrente por aquella muerte. No descartemos que entre tantas lágrimas, las de algunos, los menos, hayan sido sinceras y sentidas. Nos consta que así*

*fue. Pero ¡en los otros!... Eran nada más que orina de los ojos sobre los despojos ilustres. No pensemos en el apóstrofe o en la frase irónicamente sangrienta con que habría respondido el destinatario inerte de haber podido hablar, anatematizando a los necrófagos sin escrúpulos.*

*Las sombras y la inclemencia han seguido creciendo por obra de un gobierno que no sabe nada más que entigrecerse. En el fúnebre aniversario, la ciudadanía uruguaya, sus compañeros y amigos, no podrán ni siquiera realizar un modesto acto para que en él resuene el rumor de la batalla que continúa. ¡Qué miedo infunden ciertos muertos!*

*Algunos, pocos o muchos, con una flor o sin ella, se acercarán hasta la tumba, no a inclinarse "como conciencias muertas a la verdad". Irán a recibir erguidos la luz de un mensaje. De esa tumba surge y se levanta una aurora.*

*Refundidos en el vértigo de una vida enteramente vivida,* Marcha *dará en sus* Cuadernos *la síntesis de un pensamiento, una acción y una rebeldía que por momentos parecen esculpidos sobre la roca de los tiempos por venir.*

E. J.

# ESTAMPA

*ALLI está en su mesa de trabajo. La noche desciende y su mano atareada recorre las cuartillas aún. No ha buscado esa hora escondida por puro refinamiento. Su jornada ha sido laboriosa, íntegra, sin un hueco estéril. Pero él aleja el reposo y sostiene sus nervios en un haz encendido; golpea su entraña, y exige a la tranquila muerte del día un minúsculo espacio más, un resquicio de su gastada flor para extraer con indeclinable voluntad la última gota de su precioso vino.*

*Allá va por las calles amadísimas de su Montevideo mil veces cantada. Su andar es firme y sin premuras. Va erguido y sin endurecimiento y lleva alta la cabeza que ennoblece una luz cada día más blanca. Dos o tres amigos jóvenes que llegan hasta su eminente corazón con respetuosa confianza, un poco empujados todavía por el resplandor que ciñe a los maestros, escoltan a veces su marcha hacia la "Casa del Pueblo", toda lleno de su presencia siempre, aunque doloridos mares abran ahora voces enlutadas entre nosotros y su franca sonrisa. En otras ocasiones son los viejos amigos quienes le acompañan. los que tienen la raíz de las barbas en el aire secreto de otro siglo y le han visto crecer en cuerpo y alma, levantar un día sobre otro, limpios, maduros, colmados, sin concederse fatigas, ni renuncias, atento al minucioso acaecer de su pueblo, auscultando el dolor del hombre, mirando hacia todos los rincones oscuros y alzando su justiciera voz sobre las gargantas enmudecidas por el oro. Allá va, seguro de su fe, rodeado de ayeres y mañanas, a dejar su diaria semilla en la luz fraternal de su "Casa del Pueblo".*

*Aquí está sobre la tribuna callejera dando tormentosos aletazos a sus palabras. Es necesario que escuchéis, obreros: vosotros, los que sudáis sobre la tierra ajena, comiéndoos las manos sobre el hierro; vosotros, los que nunca habéis dicho ¡mía! a la más humilde raíz del trigo; vosotros, los que arreáis hermosas bestias, con pie desnudo y hambreado cuerpo; los que hacéis circular el río caliente de las ubres; los que desprendéis el mullido vellón; los que acarreáis el grano limpio, los que removéis el rocío, los que pulís las manzanas los que hacéis espumear las vidas; los que domáis el potro, los que multiplicáis los panes, los que entráis en la tormenta para sacar del agua las redes hirvientes; los que cruzáis campos y ríos, los que abrís el desierto, los*

*que enlazáis ciudades, aldeas, montañas y bosques; ferroviarios, choferes, aviadores, escuchad; los que abatís árboles, los que producís el fuego; labradores, maquinistas, obreros, escuchad: el mundo os pertenece. Vosotros movéis el mundo. Reclamad el agua que habéis alzado, para vuestra sed; el pan que habéis dorado, para el hambre de vuestros hijos; el techo que habéis construido, para guareceros.*

*Así dice: de su voz se derrama el temblor verdadero que sacude al hombre encogido en los agujeros de la sociedad humana, al despojado en medio de la trilla, al desnudo que abraza la blancura de los algodoneros, o los húmedos haces del lino, o las pieles de rizo abundante. Así dijo, y su palabra no será en vano*

S.

# FRUGONI
# SOCIALISTA

# LA REVOLUCION FRANCESA Y EL SOCIALISMO

LA Revolución Francesa echó por tierra un mundo que no respondía a las exigencias crecientes de los nuevos factores nacidos y desarrollados en su seno. Abolió los privilegios feudales y proclamó los derechos del hombre; puso fin al sistema de la propiedad feudal y cerró así el ciclo de una era económica para abrir el de una nueva era; mejor dicho, para consolidar y consagrar en las instituciones jurídicas la nueva era cuyos elementos fundamentales, por la incontenible virtud expansiva del progreso histórico, habíanse venido gestando dentro del armazón institucional con el cual chocaban y al cual iban resquebrajando y socavando fatalmente. Decretó la liberación jurídica de la servidumbre de la gleba y suprimió los estorbos legales que se oponían al amplio desenvolvimiento de la potencialidad económica de las clase triunfante y a la prosperidad de sus intereses. Y en el terreno político, levantó el principio del sufragio y de la voluntad del pueblo como base del gobierno frente al viejo principio de las monarquías absolutas por derecho divino.

No realizó todo lo que prometía. No emancipó al siervo para darle la entera libertad anunciada, sino para ponerlo bajo el yugo de una tiranía económica —la tiranía del capital— no menos dura que la del feudalismo, aunque eso sí, menos afrentosa. Sobre las ruinas del régimen caído, echó los cimientos de enormes desigualdades sociales, sustituyendo los privilegios de la sangre por los privilegios de la fortuna. Abrió el espacio social para que el sistema del salariado —que es también una forma de despojo del trabajo— pudiese llegar a todos sus extremos y culminar en todos los abusos que le son inherentes.

La burguesía, que tuvo la dirección, el control y la responsabilidad de ese movimiento histórico —por asistirla la más clara noción y la más profunda conciencia de sus intereses— supo hacer de él lo que le convenía que fuera, deteniéndolo en el punto final de sus aspiraciones de clase.

Su "libertad, igualdad y fraternidad" a cuyo conjuro y bajo cuyo prestigio derrocó privilegios que negaban en la realidad social de las relaciones humanas ese triple apostolado, quedó reducido a un principio de actuación en la ley política y civil, sobre la base de una posibilidad teórica, bien de todos teóricamente; pero prácticamente "imposible" para muchos. El hombre fue libre, ante la ley; igual ante la ley; y hermano de todos los demás hombres ante la ley.

Pero como la ley que eso proclamaba y realmente admitía, no impedía, por otra parte, que el hombre explotase al hombre, a menudo fue éste un esclavo, encadenado por la miseria y la necesidad, en un mundo donde se le reconocían todos los derechos, pero donde "podía" ejercer muy pocos.

.......................................

¿Qué otra cosa hace falta además de la igualdad de derechos? "Necesitamos no sola-

mente esta igualdad transcripta en la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano: nosotros la queremos, en medio de nosotros, bajo el techo de nuestras casas..."

Pero la potencialidad económica de la burguesía reclamaba el dominio de clase asentado en la libre expansión del capitalismo, cuyo desarrollo completo llena un estadio de la evolución social y es necesario a los fines mismos del progreso histórico, fatalmente orientado hacia las soluciones socialistas. El contenido económico de la presente era histórica es el capitalismo, y el socialismo tiende a transformar ese contenido, superándolo, valiéndose de todo lo que él ha creado y crea para ponerlo al servicio de intereses humanos superiores a todo interés de clase. Lo que hay es que el interés del proletariado traduce en el presente esos intereses y se identifica con ellos, por lo mismo que siendo él la clase oprimida su elevación y emancipación están exactamente en el sentido de la justicia social.

Jaurès ha escrito que "hasta en el derecho revolucionario burgués, en la declaración de los derechos del hombre y de los derechos a la vida, hay una raíz de comunismo". Esta raíz es la que el proletariado moderno, consciente, quiere transformar en un árbol de sombra más ampliamente protectora que la de aquel clásico "árbol de la libertad" política plantado por los revolucionarios franceses en el simbolismo un tanto ingenuo de sus ritos civiles.

El drama de la emancipación del pueblo no puede detenerse en el acto aparatoso de la Revolución Francesa. Sobre el escenario de los siglos, otro acto que se desarrolla ya ante nuestras miradas en la incesante lucha del socialismo por implantar sus progresivas realizaciones y cuyo protagonista central es la clase obrera, vendrá a darle su natural desenlace con el triunfo de las profundas aspiraciones latentes en el corazón de los tiempos.

•

# SOCIALISMO Y MARXISMO

MUCHAS definiciones circulan acerca del socialismo y muchas pueden intentarse. Pero nada vale tanto para llegar a saber qué es y en qué consiste el socialismo como detenerse a percibirlo en el fenómeno histórico que tenemos ante los ojos expresado cotidianamente por la existencia y acción de fuerzas políticas que lo encarnan y lo propugnan.

La misma posibilidad de decir de él que se le encarna y se lo propugna; que simultáneamente se lo personifica y se trata de realizarlo, ilumina de golpe su doble característica de hecho social y de concepción teórica o programa de aspiraciones, o en otras palabras, de movimiento y de ideología, de acción política y de sistema de ideas.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

La fusión del movimiento obrero con la idea socialista es, sin duda, el signo típico y la virtud central del socialismo de nuestro tiempo. Se produce así la compenetración recíproca de la idea y el hecho, del pensamiento y la historia, de acuerdo, sobre todo, con la concepción de Marx, cuya mayor gloria, según Juarès, consiste en haber sido el más claro, el más vigoroso de los que pusieron fin a la era del empirismo en el movimiento obrero y a lo que había de utópico en la idea socialista... Puso la idea en el movimiento, y el movimiento en la idea; el pensamiento en la vida proletaria y la vida proletaria en el pensamiento socialista. "El socialismo y el proletariado se tornan así inseparables: el socialismo no realizará por completo su idea sino con la victoria del proletariado; y el proletariado no realizará por completo su misión sino con la victoria del socialismo." (J. Jaurès, **Estudios socialistas**)

Esta compenetración recíproca, este mutuo apoyarse de la idea socialista y la clase trabajadora, que se funden en un destino común —aquélla para ésta; ésta para aquélla— no aparece en Marx sin un proceso previo de preparación en la historia. En su teoría, por el papel protagónico de la historia que en ella representa la lucha de clases, la idea socialista no es nada si el proletariado no la hace suya, y a su vez el proletariado no se emancipa si no ilumina su conciencia de clase con los resplandores de esa idea.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

En Marx llegamos a la estructuración teórica y práctica, en la teoría y en el hecho a la vez, de esa unidad que erige a la clase trabajadora en agente imprescindible, en factor y vehículo por antonomasia del socialismo, y al socialismo en idelogía propia y característica de la clase obrera, como brújula de su orientación en la lucha instintiva por el mejoramiento de su suerte, y

como medio para su propia interpretación en la historia.

Se advierte, pues, en el socialismo como aspecto esencial su condición de militancia ideológica de los trabajadores. Porque una acción de los trabajadores sin la idea socialista no es todavía el socialismo. Y una idea socialista desencarnada y en abstracto, desvinculada de la acción de clase de los trabajadores, no es tampoco el socialismo todavía.

.........................................

La realidad histórica que se objetiviza en la actividad colectiva, se nos muestra en forma de una acción de clase, a cargo de sectores sociales cuya composición e índole biológica y sociológica ofrece un campo atrayente al estudioso interesado en analizar los componentes vivos del "fenómeno" socialista.

La idea socialista —sean cuales fueren sus fuentes y sus orígenes— se proyecta hoy en el panorama histórico, sobre todo por la acción de un factor colectivo cuyo nacimiento en la sociedad marca la aparición del hecho socialista como "cosa social", que diría Durkheim, rodeado de síntomas activos y palpitantes y no solamente, como antes había ocurrido, con esa existencia ideológica de las doctrinas recluidas en la esfera de las abstracciones intelectuales, donde quedan relegadas al mundo de la fantasía, sin descender a la vida cotidiana del pueblo.

Ese actor colectivo es el proletariado moderno. En él palpita su razón de ser, en acción entrañable y orgánica; la causa biológica primera del socialismo actual, con toda su compleja envergadura de movimiento social, de simiente ideológica y de "idea-fuerza", dicho sea en el lenguaje de Fouillée.

El ha tomado en sus manos la antorcha de una ideología que como directiva intelectual sólo se concibe inspirada en el anhelo de suprimir los inconvenientes y males sociales que directamente lo afectan y de los cuales es al mismo tiempo, un exponente y un efecto. Y sin duda ofrece más interés y es más importante para descubrir la génesis y adentrarse realmente en el conocimiento del socialismo, estudiar las actividades sociales de ese factor histórico, seguir sus pasos, observar el carácter y la índole de sus luchas, analizar las causas de sus agitaciones, escudriñar las distintas modalidades de su acción en sus relaciones directas o indirectas con la ideología socialista, que toda otra forma de investigación del origen y evolución de dicha ideología.

.........................................

De entre las múltiples definiciones que se han dado ninguna supera en exactitud, amplitud y precisión la de Juan B. Justo, el gran maestro socialista argentino: "**El socialismo es el movimiento en defensa y por la elevación del pueblo trabajador, que guiado por la ciencia, tiende a realizar una libre e inteligente sociedad humana basada en la propiedad colectiva de los medios de producción.**" ("El socialismo", conferencia en **Discursos y escritos políticos**, página 91.)

Allí quedan aferrados los caracteres típicos y esenciales del producto social o accidente histórico que se quiere definir, eludiéndose los conceptos interpretativos referentes a uno u otro planos de la cuestión, que oscurecen, en vez de aclarar, la visión del objeto y a menudo nos desvían de la verdadera naturaleza o de las reales proyecciones del mismo, defecto en que incurren muchas de las definiciones registradas en la bibliografía.

"En el primer tercio del siglo XIX —dice Jaurès— la fuerza obrera se ejercitaba y luchaba contra el poder del capital, pero sin tener conciencia del fin a donde se dirigía, sin saber que en la forma comunista de la propiedad estaba el fin de su esfuerzo. Y por otra parte el socialismo ignoraba que en el movimiento de la clase obrera estaba su realización viva, su fuerza concreta e histórica."

Hoy esa fuerza trae, cuando actúa con conciencia de clase, su autovisión, un concepto de sí misma, que surge y se manifiesta en cada episodio, en cada vicisitud del movimiento que la obliga a enfrentarse con las realidades vivas de la hora y a forjar o templar en el contacto con ellas los eslabones de su doctrina, que no es ya un aposento para el espíritu, o un pilar de razón para la conciencia del intelectual sedentario, sino un itinerario práctico para el viaje por el mundo de lo que es; un método y un impulso para la acción; un camino para andar y al mismo tiempo, aunque parezca paradójico, un vehículo para recorrerlo.

Cumple con el precepto de que una filosofía sin una política, como dijera Marx, no llega a ser una verdad.

De esa fuente viva de una acción que se inspira en una ideología, pero que al mismo tiempo la forja y la nutre con su sangre, brota la noción de qué es y adónde va el socialismo.

Es en ese campo de observación donde se aprende a distinguir, entre un fárrago de confusiones, la auténtica realidad de la idea socialista, para separarla, como el oro, de la ganga que la rodea.

Visto desde allí el socialismo no aparece como un juego individual de la mente o un fenómeno abstracto cuyo análisis puede interesar a los fines desinteresados de la historia de las ideas a un sociólogo teórico. Allí ya es otra cosa; y es allí donde a nosotros nos interesa situarnos.

En ese yunque se forja y se templa bajo el martillero de la fuerza militante en su roce más o menos exasperado de la realidad objetiva, y al calor de la lucha diaria, el metal de un ideario para la conducta y el combate.

Allí es, finalmente, donde se pulsa, en las agitaciones de las masas obreras, el latido de la historia que nos hace comprobar la exactitud de aquel concepto de Engels según el cual el socialismo **"es el paso del régimen de la necesidad al régimen de la libertad". ("Génesis, esencia y fundamentos del socialismo"**, capítulo I, páginas 13 a 31.)

## EL MANIFIESTO COMUNISTA

No existe en toda la historia de las luchas obreras y del desarrollo de las ideas de transformación social, ningún documento que lo aventaje en trascendencia efectiva y repercusión real sobre el espíritu, la mentalidad y la acción de las fuerzas militantes de los trabajadores organizados. Su aparición marca la apertura de una nueva era del movimiento socialista y obrero mundial. Aparece como una afirmación resonante de la táctica del movimiento socialista de masas, con la que se clausura el período de la conspiración clandestina y de las asociaciones secretas, que fueron hasta entonces las formas predominantes, y en algunos países las únicas, de la acción revolucionaria.

.......................................

Las restricciones impuestas por las autoridades, nada afectas a permitir actividades y propagandas inquietantes por más legítimas que fuesen; las persecuciones contra los elementos dirigentes y organizadores de esa propaganda; las prisiones, los destierros que con ruda prodigalidad aplicaban policías demasiado celosas, explicaban en gran parte esas preferencias por el método de la conspiración oculta. Pero también solían ser los planes y propósitos de la asociación, la índole y finalidades inmediatas de su acción, razones determinantes de la adopción de tal método, el único posible para una tarea de ese género.

Se trataba, pues, de colocar la propaganda sobre otros carriles y de darle otro contenido, cambiando las orientales de la acción, para que ésta pudiera, siendo en realidad más subversiva del orden social, por la profundidad y efectividad de sus alcances, desplegarse en lo posible dentro de las exigencias legales.

.......................................

Se llegaba así al fin del proceso evolutivo que había conducido a la federación desde el comunismo idealista de los artesanos alemanes o el comunismo "filosófico y sentimental" de Weitling; desde la "mezcla de socialismo o comunismo franco-inglés y de filosofía alemana que constituía la doctrina secreta de la Liga", según palabras del propio Marx, a "una observación científica de la estructura económica de la sociedad burguesa, único fundamento teórico sólido", para sustituir el anhelo de realizar "un sistema utópico cualquiera, por una participación consciente en el proceso histórico de la revolución social que se cumplía bajo nuestros ojos" (Karl Marx, **Correspondencia**).

El Manifiesto viene enseguida a sentar el concepto de que el comunismo era más que una doctrina, un movimiento, en el sentido de que no nacía de tal o cual principio, de tal o cual filosofía, sino de los hechos. Y se le considera como teoría, por su contenido doctrinario; debe apreciársele como expresión teórica refleja de la posición del proletariado en la lucha de clases entre los trabajadores y la burguesía, "la síntesis teórica de las condiciones de la liberación del proletariado", que diría Engels.

"Las concepciones teóricas del comunismo —dice el Manifiesto en su parágrafo 35—, no reposan absolutamente sobre ideas,

sobre principios inventados o descubiertos por tales o cuales reformadores del mundo. Ellas no son sino la expresión general de las condiciones de hecho dadas con una lucha de clases existente, con un movimiento histórico que se desarrolla bajo nuestros ojos. La abolición de las condiciones existentes de propiedad no es un carácter especial del comunismo."

En **La ideología alemana**, cuyo manuscrito fuera entregado "a la crítica roedora de las ratas", Marx había escrito: "El comunismo no es para nosotros un estado que debe ser creado, un ideal destinado a orientar la realidad. Llamamos comunismo al movimiento efectivo que suprimirá la situación presente. Las condiciones de este movimiento están dadas por esta situación."

Él expone la tesis de que para el advenimiento del comunismo es necesario que, primero, la burguesía llegue al poder. Donde aún no ha llegado, la revolución vendrá a barrer las ruinas feudales y a conducir al poder a la burguesía liberal y radical a fin de crear las condiciones políticas necesarias para la acción del proletariado.

En ese concepto se basa la estrategia que preconiza para la acción de los comunistas en el movimiento político de la época y para su conducta con respecto a los otros partidos de oposición.

Pero la preocupación que prepondera en todo ese programa revolucionario, en toda esa sólida expresión y fundamentación teórica de directivas para la lucha es la de formar una conciencia de clase en el proletariado y despertar entre los obreros la noción "más clara posible de la oposición que existe entre la burguesía y el proletariado y que los hace enemigos". "La constitución del proletariado en clase —dice en el capítulo II, pág. 34— es el fin inmediato para los comunistas, así como el derribo de la dominación burguesa y la conquista del poder político por el proletariado".

Las partes más notables de ese documento son aquellas en que se explica la génesis, la naturaleza y la misión histórica del proletariado como clase moderna. (**Génesis, esencia y fundamentos del socialismo**, Frugoni, capítulo X, páginas 125 a 144.)

## EL CUERPO VIVO DE LA IDEA SOCIALISTA: EL PROLETARIADO

Es sin duda en el Manifiesto donde por primera vez se hace resaltar y se estudia el papel del proletariado como factor de las más grandes transformaciones. Allí aparece descrita y expuesta, con mucha profundidad de análisis, la relación orgánica que existe entre el proletariado y el socialismo.

Ello es así no sólo porque, según el conocido concepto del propio Engels "el conjunto de ideas que representa el socialismo es sólo reflejo en la inteligencia, por un lado, de la lucha de clases que existe entre los poseedores y los desposeídos, entre los burgueses y los asalariados, y por otro, la anarquía que reina en la producción"; sino porque son esas condiciones la matriz donde se ha generado el elemento que sirve de sustancia activa, de agente primordial y conductor militante de dicho sistema ideológico.

Ya hemos dicho que "el fundamento histórico, la primera razón de ser entrañable y orgánica, la causa biológica", y la fuerza en que, sobre todo, reside la acción social del socialismo de los tiempos modernos, es el proletariado. Nadie ignora que la palabra proletariado viene del latín. Proletari (de proles) se llamaba en el derecho romano a los descendientes que no recibían bienes por herencia, y sólo gozaban de derechos civiles por descender de un verdadero romano, siendo sus derechos políticos menores que los de su hermano favorecido por el testamento paterno con la calidad de assiduus, es decir, de heredero del padre.

En el medio agrícola romano la situación de los proletarios no podía menos de ser difícil, sobre todo porque siendo hijos de agricultores estaban acostumbrados a trabajos exclusivamente rurales, y por consiguiente si eran desheredados en favor de sus hermanos y debían abandonar las tierras de sus padres "perdían al mismo tiempo bienes, trabajo y rentas, quedándoles sólo la posibilidad de entrar al servicio de extraños como siervos políticamente libres o como clientes" (León Bloch, **Luchas sociales en la antigua Roma**, Ed. Claridad, página 53).

Como dice ese autor, en ambos casos los proletarios tenían todos los motivos para quejarse amargamente de su mala suerte, tanto más cuanto que veían a sus hermanos más felices que ellos, dueños absolutos de la heredad paterna. Pero cabe llamar asimismo proletarios a los esclavos, aplicando el término con la acepción actualmente empleada, como lo hacen algunos historiadores, principalmente Mommsen, que los titula proletarios serviles distinguiéndolos de los proletarios que no han caído en la esclavitud y que se denominarían proletarios libres. A unos y otros se les ve agitarse en algunas ocasiones pugnando por romper el yugo que los abruma o por mejorar en cierto grado su suerte social. Cuando son los esclavos los que se rebelan, asistimos a los primeros conflictos entre el trabajo y el capital (Th. Mommsen, **Histoire Romaine**, página 179).

En cuanto a la acción de los proletarios libres en el terreno de esas agitacionese, ella se efectúa en el plano de las luchas políticas y de las relaciones del pueblo y de la plebe con los poderes públicos, donde ese proletariado, en gran parte compuesto por hombres sin ocupación ni oficio, constituye un elemento que si bien sigue y apoya por el móvil de su más claro interés a los Gracos, que lo benefician con la ley agraria y el reparto gratuito de trigo, se halla a merced de las maniobras de quienes se proponen burlarlo, y se esteriliza, como fuerza de renovación social, sumiéndose cada vez más en la corrupción, la venalidad, el ocio y la inconsciencia.

Refiriéndose a la etimología del vocablo, León Bloch admite que la explicación de que la palabra proletarii significa productores de hijos (vale decir que no pueden servir al estado más que por la procreación y no con impuestos de bienes y sangre) es una broma. "En un pueblo campesino el que no posee nada no está tampoco en condiciones de procrear" (obra cit. pág. 53). Pero esa acepción que puede constituir una broma tratándose del ciudadano romano desposeído, señala, en cambio, una condición histórica característica del proletariado moderno que en medio de las peculiaridades del industrialismo capitalista se distingue por ser un productor de mercancías, pero sobre todo de la mercancía "fuerza de trabajo" y un reproductor de dicha fuerza al renovarla en sí mismo y al transmitirla a su prole.

.........................................

En el régimen de la libre concurrencia no sólo compiten los productores entre sí, vendiéndose, a igualdad de condiciones, los más baratos, sino también los productores, que cuando superabundan se excluyen unos a otros del trabajo abatiendo el precio de su fuerza productora. Al reproducirse, pues, los proletarios en la era del industrialismo capitalista, se mantiene, o acrece sus efectivos, el que Marx llamara "ejército de reserva del capital", con el cual éste libra sus batallas contra las naturales aspiraciones de los asalariados a elevar el precio de la mano de obra.

Es precisamente, el interés del capitalismo en la multiplicación de los trabajadores una de las premisas ciertas en que se funda la famosa teoría de los salarios de Ricardo y Turgot de la cual volveremos a hablar y que Lasalle popularizó con el nombre de ley de bronce, y que no es en realidad una ley inquebrantable sino una tendencia, que puede contrarrestarse con éxito, sobre todo por obra de la organización sindical y política de los trabajadores, pero que prepondera en cuanto se deja al capitalismo desenvolver sin trabas sus tendencias íntimas y espontáneas.

Si el patrono paga menos de lo que el obrero necesita para su elementalísima subsistencia, no hay quien se avenga a trabajar o quien pueda hacerlo con cierta eficacia; y si el salario es tan exiguo que le impide al trabajador —como ocurre en nuestros campos dedicados a la ganadería latifundista— multiplicarse y formar una familia, la mano de obra en el campo industrial y fabril se vuelve escasa, y esto la encarece por aquello de que "cuando dos obreros corren tras un obrero, el salario sube". Pero he ahí que el mejoramiento del salario no tarda en traducirse en afluencia de obreros, en parte porque aumenta la población asalariada, en parte porque el oficio mejor remunerado atrae a cuantos son capaces de ejercerlo o de adquirir la capacidad correspondiente.

Sin embargo de las objeciones a que da lugar el sentido fatalista que ha querido imprimirse a la teoría citada, no puede negársele el mérito de hacer resaltar que el proletariado moderno tiene para el capitalista que lo emplea una condición altamen-

te apreciable como productor de hijos y que la prole cuenta mucho en la suerte del proletariado con relación a las posibilidades económicas del capitalista.

Desde ese punto de vista ese proletariado guarda más analogía con el esclavo —el "proletario servil" de Mommsen— que con el verdadero proletario romano, el propiamente dicho, porque si a éste su existencia libre pero pobre le impedía formar una familia y tener hijos, en cambio el proletario moderno encuentra la manera de cumplir con esa especie de inconsciente misión económica que el mismo régimen de explotación consiente con el menor gasto posible, porque sirve a sus fines inmediatos, como el amo del esclavo o del siervo, cuando necesitaba variar su capital humano, le facilitaba o le impedía la procreación.

El capitalista actual para contar con su seguro aumento de personal activo, no necesitaba como los señores rusos de la época de la servidumbre recurrir a los procedimientos bárbaros y despiadados que describe Kropotkin en sus memorias, que no le están permitidos por las leyes ni por las costumbres. Debe advertirse que el señor de esclavos o siervos no tenía interés en su procreación sino en la medida en que los necesitaba para sí y su inmediato provecho, o le eran realmente útiles, porque más allá de ese límite se volvían una carga para él o dejaban de serle provechosos. Esa fue la causa de muchas de esas liberaciones de esclavos a que los señores espontáneamente se entregaban en ciertas épocas de la historia romana

En cambio, el capitalismo puede contemplar complacido el aumento de la procreación proletaria, porque él no debe alimentar a los chicos de los asalariados, y le basta con pagarles a éstos lo indispensable a esa alimentación para que ellos cumplan con el bíblico "creced y multiplicaos".

Nada revela con tanta claridad la importancia de la prole del obrero para el capitalismo como el uso que de ella empezó a hacerse en las manufacturas y fábricas modernas cuando se implantaron los nuevos elementos y métodos de trabajo que trajo consigo la llamada revolución industrial. El consejo dado por el ministro Pitt a los industriales ingleses, durante las guerras napoleónicas, de que echasen mano de los niños para sustituir en los talleres a los hombres ausentes, fue seguido con tal espíritu de aprovechamiento, que en adelante los niños serían empleados más que para suplir la falta de los padres, para excluirlos. Y el resultado de ello habría de ser la rebaja de los salarios.

Se explica, pues, que en presencia de tan sombríos fenómenos de la vida económica, surgiese la teoría de Ricardo, y que más tarde otro gran economista inglés, Stuart Mill, propusiera inducir a los proletarios a no procrear, dando origen a lo que habría de denominarse el neomalthusianismo, para que el ejército de reserva del capital no aumentase, y se pusiese coto y remedio a la desocupación de las masas por el camino biológico de su reducción numérica mediante precauciones genésicas.

## LA CUESTIÓN DE LA PATRIA

Sobre la cuestión de la patria subrayamos una afirmación relacionada con la que más arriba comentamos, y que ha dado motivo a encontradas interpretaciones: "Los obreros no tienen patria." Aunque menos desplazada por los hechos, también ella —que ya había estado en los labios del patriota Saint Just, refiriéndose a los pobres de Francia— se torna de todo punto inexacta cuando no se la interpreta en su verdadero sentido.

Ella no quiere decir "los obreros no deben tener patria", como algunos pretenderían. Ella consigna un hecho que era comprobable, para millones de proletarios y desposeídos, años atrás, y que hoy todavía, sin negar los cambios operados en materia de relaciones del obrero con la patria efectiva, sigue ocurriendo en medios atrasados para muchas víctimas de formas inhumanas de explotación.

"No se les puede privar de lo que no tienen", añade el Manifiesto. Y enseguida aclara la verdadera situación del obrero con respecto a la patria en el mundo capitalista.

Hay allí un vaticinio cierto y una aspiración que ningún socialista deja de compartir, pero de ello no se deduce la desaparición de las naciones y de las patrias, sino su evolución hacia estados de armonía internacional hasta llegar a la su-

presión de las fronteras en el sentido en que hoy las "borra ya por momentos el librecambio, las universalización del mercado, etc.".

Es sin duda un bello ideal el de un mundo que sea políticamente patria única de todos los hombres de la tierra, pero el internacionalismo obrero se apoya entretanto en las naciones, y no cree que para hermanarlas y unirlas se deban abatir ante todo las fronteras que las separan y desentenderse de los problemas planteados por la existencia propia de cada nación y por su derecho a la autonomía como pueblo que necesita un territorio y un inviolable hogar colectivo.

Sabe que lo conducente y necesario a ese fin de confraternización internacional es hacer evolucionar las patrias hacia formas sociales y políticas, hacia condiciones de vida y dirección interna que excluyan todo sentimiento de hostilidad para los otros pueblos y las impulse, en cambio, a vivir en paz y concordia con todos ellos, mostrándose hospitalarios para todos y despojados de toda ambición de dominio y poderío incompatibles con los derechos de las otras naciones.

Bajo el signo del internacionalismo socialista se cumplirá esa evolución, porque no puede negarse que "a medida que se suprima la explotación del hombre por el hombre, se abolirá también la explotación de las naciones por las naciones"; y porque "la hostilidad de las naciones entre sí desaparecerá al mismo tiempo que el antagonismo de clases dentro de cada nación".

La existencia en la actualidad de una nación sin clase capitalista, que a causa de los conflictos internacionales que no ha podido eludir ha debido exaltar el patriotismo y reforzar las bases morales y tradicionales de la patria en los sentimientos del pueblo, demuestra que el problema de la defensa nacional no es —como había dado en decir algún extremismo obrero— un problema superado del que los trabajadores puedan desentenderse mientras no se eliminen de raíz los factores de rivalidad internacional. Esto sin descartar, naturalmente, que se trata de un problema que el socialismo puede siempre encarar con un espíritu distinto del estrecho o falso patriotismo capitalista o militarista.

..........................................

## EL GOBIERNO DEL PROLETARIADO

En otro pasaje muy citado, el Manifiesto expresa que:

"[...] El progreso de la industria, del cual la burguesía ha venido a ser involuntario agente, en vez de mantener el aislamiento de los obreros por la competencia, ha causado su unión revolucionaria por la asociación. Así el desarrollo mismo de la gran industria destruye los propios fundamentos del régimen de producción y de distribución de la riqueza en que se apoya la burguesía que, como hemos visto, engendra, ante todo, a sus propios sepultureros. La ruina de la burguesía y la victoria del proletariado son igualmente inevitables."

¿Qué caracteres asumirá el triunfo de los trabajadores? "Ya hemos expresado —léese en el Manifiesto— que el primer acto de la clase obrera será constituir al proletariado en clase dominante, conquistar un régimen democrático."

Un concepto se impone enseguida a nuestra consideración. La conquista del régimen democrático solo será un hecho para la clase obrera cuando el proletariado se constituya en clase dominante. Con la ascensión del proletariado al poder se producirá el advenimiento del régimen democrático.

Se trata pues, del verdadero gobierno de la mayoría. La clase que constituye la mayoría de la nación habrá ascendido a la dirección y gobierno de la sociedad. (**Fundamentos del socialismo**; capítulo XI páginas 145 a 185.)

## MARX Y ENGELS SE ENCUENTRAN

Debemos señalar, en la evolución mental y espiritual del fundador del "Socialismo Científico", lo que corresponde a su encuentro con Federico Engels, que comparte con él la gloria de haber echado las bases del movimiento socialista contemporáneo y fue no solamente su colaborador abnegado sino asimismo su confidente de todas las horas, su consejero fraternal y alguna vez también su verdadero inspirador.

La amistad de esos dos hombres es uno de los más reconfortantes espectáculos morales que podamos encontrar en la historia intelectual de todos los tiempos. La correspondencia mantenida durante largos años entre esos dos amigos y prolijamente con-

servada por el que sobrevivió a esa perfecta unión de dos altos espíritus, documenta la invariable, la completa, la casi absoluta identificación de esas dos mentalidades y la extraordinaria compenetración de sus inteligencias, como asimismo la devoción con que el uno ponía sus recursos pecuniarios a disposición del otro para que éste pudiera realizar sus trabajos de investigación y de estudio científico al mismo tiempo que sus tareas de organización y propaganda, en lo que no daba un paso sin enterar a su amigo o sin consultarlo con él. Se les ve, en sus cartas, sentir, pensar reaccionar de la misma manera. Son las mismas sus simpatías y sus antipatías; las mismas sus pasiones; las mismas sus ideas Y rivalizaron en el empeño de atribuirse, el uno al otro, el mérito mayor en lo que ambos emprendieron o escribieron o proyectaron en colaboración.

La influencia de su encuentro fue decisiva para el curso de la vida de ambos. Es sin duda ocioso echarse a imaginar cuál hubiera sido el curso de la vida y la obra de uno y otro sin ese encuentro y la subsiguiente amistad que tanto influjo tuvo en sus respectivos destinos. Pero no puede negarse que esa amistad y esa colaboración constituyeron para ambos un apoyo invariable, sin el cual sus fuerzas espirituales no hubieran podido desarrollarse con igual intensidad y tal vez no se hubieran dirigido tan certeramente al fin histórico que con tan inteligente energía y tan esclarecido fervor perseguían.

Ese encuentro se produjo en agosto de 1844, cuando Engels pasando por París, camino de Alemania, fue a visitar a Marx y a poner en sus manos un extenso trabajo, **Crítica de la economía política**, que Marx calificó de "boceto genial" y vio la luz en los **Anales franco-alemanes**. Desde el primer momento se reconocieron hermanados en la posición del espíritu, en la orientación del criterio, en la apreciación de los hechos, de los hombres y de los fenómenos sociales, en los gustos de la inteligencia, en su manera de encarar los problemas de la filosofía y de la historia.

En edad sólo los separaban dos años. Engels era dos años más joven que su genial amigo, habiendo nacido en 1820 y aquél en 1818. Pero empezó a ser conocido antes que Marx en los círculos intelectuales de Alemania y de Inglaterra. Cuatro años después, en 1848 "los científicos" lo señalaban —dice un historiador— como el más talentoso erudito de todos los escritores alemanes [Heinrich Herkner, Historia Universal (Götz), tomo VII]. Y Marx era todavía casi un desconocido.

En la comunidad espiritual que en aquella ocasión quedó sólidamente iniciada, Engels sacrificó en pro de Marx "todo lo que él podía sacrificar". Mucha parte de su labor intelectual no apareció bajo su nombre, sino bajo el nombre de su asociado. Redactó numerosos artículos para la prensa norteamericana con la firma de Marx, que figuran asimismo bajo el nombre de éste en la recopilación que luego apareció con el título de **Revolución y contrarrevolución en Alemania**. Pero algunas veces, como en **La sagrada familia**, Marx le asigna el primer puesto en la carátula a pesar de haber escrito muy pocas páginas (lo sabemos por el reproche que el mismo Engels dirige por ello a su amigo) o escribe pasajes que integran una obra fundamental de Engels, **Origen de la familia, de la propiedad privada y del estado**, o todo un capítulo de un libro no menos importante como el famoso capítulo X del "Anti-Dhuring", no sin que Engels lo haga constar expresamente en el prólogo del mismo libro.

Siendo Engels en esa hermandad el hombre de negocios, aunque carecía de vocación para ello, el industrial por imperio de las circunstancias y la voluntad de su padre pudo ponerse más en contacto directo con las realidades de la vida práctica y penetrar antes que Marx en los centros de producción y de trabajo. Desarrolló así sus cualidades de observador y por ello pudo aportar a la colaboración con Marx un caudal propio de grandísima importancia. Fue para Marx —se ha dicho— "el eje que percibe la realidad".

Se le atribuyen errores de apreciación, por defectos de óptica espiritual. Su obra, verdaderamente notable, **Situación de las clases obreras de Inglaterra**, lo acredita sin embargo como un profundo investigador de la realidad social. "Este libro constituye —se ha dicho— de una manera más decisiva y en una mayor medida que los precedentes, la preparación de la contribución que debía aportar Engels, pocos años más tarde, a la composición del Ma-

nifiesto Comunista" (R. Mondolfo, obra citada, página 119).

Su influencia sobre Marx, que tanto influyó sobre él, es innegable. Hasta se ha pretendido que le contagió sus defectos, que alguien enumera así: unilateralidad, exageración, magnificación de situaciones pretéritas a costa del presente, etc. que habrían sido revelados sobre todo en sus juicios sobre la vida inglesa.

A nuestro entender, contra lo que suele admitirse, donde más se dejó sentir la influencia de Engels sobre Marx fue en el campo de las relaciones de éste con el hegelianismo. El entusiasmo juvenil de Engels por la filosofía hegeliana, y su admiración por el gran filósofo alemán contribuyeron no poco a fijar la posición de Marx con respecto al pensamiento de éste, y es probable que se deba sobre todo a Engels la vinculación de la sociología y de la historiografía marxista al método dialéctico hegeliano.

De la mano de David Strauss había llegado hasta Hegel. "Se emborrachó con la fogosidad del idealismo hegeliano. Especialmente le encantaban los métodos mentales del maestro, la dialéctica y la filosofía de la historia...

"Lo que de tal manera le entusiasmaba era la fe en la razón que rige la historia universal. El proceso del universo es progreso en la conciencia, y por tanto también en la realización de la libertad. La historia demuestra cómo el espíritu poco a poco llega a la conciencia y a la voluntad de la libertad" (H. Herkner, obra cit.).

Algún apologista de Marx se cree obligado a sentar que Engels habría sido utopista (porque no habría sobrepasado el nivel de Hass o de Proudhon) hasta el año 1844 en que conoció a Marx, el cual "gracias a su impregnación de la dialéctica hegeliana sería refractario a toda verdad eterna y a toda forma social definitiva". Pero Engels habría entrado a formar parte de la izquierda hegeliana cuatro años antes de conocer a Marx, y el descubrimiento de sus trabajos juveniles de los años 1839 a 1842, publicados en Berlín del año 1920 al año 1927 demuestran que su formación filosófica fue muy semejante a la de Marx.

A decir verdad uno y otro se habían contagiado de su respectivo hegelismo, o habrían sacado respectivamente refuerzos para su admiración por Hegel, de quien claro está, se apartaban asimismo por varios conceptos. Todo ello va dicho sin olvidar que el estudio de Marx **Economía política y filosofía**, publicado por primera vez recién en el año 1931, parece haberlo escrito en febrero y agosto de 1844, antes por tanto de la visita de Engels a París y que en ese trabajo inconcluso, que quedó en borrador, se ve bien cómo Marx sacó de la filosofía idealista de Hegel los elementos dialécticos de su concepción del mundo y de la historia, y cuán grande era en él la influencia de una parte de la obra de ese filósofo, que critica y refuta, pero en quien al mismo tiempo se inspira, como ocurre también con Feuerbach, según puede verse en ese mismo ensayo.

El hecho es que ambos pasan del idealismo hegeliano, a lo que llaman, sobre todo Engels, "materialismo", con denominación cuya propiedad algunos autores discuten. "Nos propusimos, dice Engels, concebir las nociones de nuestro cerebro de manera materialista, es decir, como imágenes de cosas reales en vez de concebir las cosas reales como otros tantos grados de la idea absoluta. Así la dialéctica sólo es la ciencia de las leyes generales del movimiento. Tanto del mundo externo como del pensamiento humano: dos series de leyes que, siendo idénticas en su sustancia, se distinguen por la forma en que el cerebro humano puede aplicarlas conscientemente, mientras que en la naturaleza se imponen bajo la forma de necesidad exterior." (**L. Feuerbach y el fin de la filosofía alemana**)

Por lo demás, en lo que respecta a la valoración del método dialéctico, acaso Engels había llegado a percibir sin Marx, y probablemente antes que Marx, la modificación introducida por Feuerbach a la concepción de la dialéctica que éste hace pasar de la dialéctica de la idea a la dialéctica del sistema de las necesidades y de las voluntades humanas "en la relación entre las condiciones históricas y la acción de los hombres" (R. Mondolfo, obra citada pág. 105).

Según este autor, Engels había llegado en 1844, "y quizás también antes", al concepto de las relaciones entre las condiciones históricas reales, consideradas como tesis, con la necesidad, considerada como antítesis, y la acción, considerada como síntesis "en un movimiento dialéctico que viene a constituir el proceso histórico concreto".

"Había llegado a ellos por el conocimiento de la industria y de la vida inglesa, habiendo salido de Alemania en 1842, todavía bajo la influencia de Bauer, y de los Libres de Berlín (lo que entonces lo había alejado de Marx), aprendió a estudiar los hechos económicos en Manchester; y al mismo tiempo colaborando en el Northern Start, órgano de los cartistas, y en el New Moral World de Owen, y entrando en contacto con los Fundadores de la Liga de los Justos, trababa relación con las observaciones de los contrastes de clase y con la consideración de la relación de los partidos y de los programas con las condiciones históricas. Y a la luz de la dialéctica hegeliana, dentro de la cual se había formado primeramente su hábito mental, y del positivismo antropológico de Feuerbach, la historia se le aparecía en una visión nueva y distinta de la de los mismos utopistas" (ídem, obra cit. pág. 106).

Por eso pudo decirse con exactitud que lo que Marx había hallado descendiendo desde la filosofía venerable, Engels lo había encontrado en las condiciones miserables del obrero inglés (Aníbal Ponce, **Elogio del Manifiesto Comunista**).

Y si faltaba precisar, como ese escritor dice, sobre la humilde y descarnada realidad económica lo que había sido hasta entonces genial hipótesis del trabajo, las observaciones de Engels en el campo social cumplían esa función; y eso confirma el aserto de que el autor del "Anti-Duhring", sin llegar a la altura mental de su colaborador, sin poseer su genio y su fuerza sintética, ha dejado en la colaboración a través de la cual se ha venido elaborando la doctrina del socialismo marxista, las huellas profundas de una positiva contribución.

Tanto más hondas son esas huellas cuando que Engels poseía en altísimo grado el don de claridad. Su formación espiritual había recibido la influencia de una cultura científica adquirida en el contacto con el genio inglés, que lo había apartado de la inclinación del genio alemán hacia las complicaciones a menudo abstrusas y nebulosas del razonamiento metafísico. Y era dueño de la facultad preciosa de aclarar los más oscuros conceptos de la filosofía alemana, y de verter las propias concepciones doctrinarias con una precisión y diafanidad insuperables. Se comprende el valor inmenso que esa facultad debía tener en la colaboración creadora con su gran amigo, que era sin duda propenso a internarse tanto en la profundidad de las abstracciones de la reflexión, que se volvía oscuro, como se ve sobre todo en sus primeros trabajos. (**Fundamentos**, cap. XII, pág. 188 a 205.)

## FUNDAMENTOS SOCIOLÓGICOS, FILOSÓFICOS Y ECONÓMICOS DEL SOCIALISMO SEGÚN MARX Y ENGELS

.......................................

Este es el socialismo, que, como ya lo hemos visto, se basa en la evolución científicamente estudiada de la realidad social, para formular su doctrina activa y sus principios tácticos de la lucha.

Su contenido teórico está formado fundamentalmente por el caudal de las ideas de Marx y de Engels, y se apoya sobre todo en concepciones científicas de sociología e historia y en exégesis interpretativas e hipótesis de economía política.

Lo que se llama "la teoría científica de la historia", o el "determinismo económico", o la "concepción económica de la historia", o el "materialismo económico", o la "concepción materialista de la historia", o el "materialismo histórico" o el "materialismo dialéctico", (cada denominación marca una diferencia de matiz poniendo el acento sobre determinado sentido de la teoría), es una filosofía de las transformaciones socia- y de los fenómenos históricos que vino a dar al socialismo fundamento científico por tratarse de una explicación que puede ser experimentada y que somete el proceso de la historia, en sus grandes líneas generales, a leyes y principios regulares, eliminativos del azar, del providencialismo y del voluntarismo individual o atomístico, desconectado y absoluto.

En la elaboración de esta doctrina Marx se destaca como el que vuela más alto, ve más lejos y posee más vigorosa personalidad, como lo reconoce Engels puntualizándolo con modestia conmovedora en un pasaje de su libro sobre Feuerbach.

"No puedo negar —dice— haber tomado una cierta parte independiente, antes y durante mi colaboración de cuarenta años con Marx, tanto en la elaboración como en particular en el desenvolvimiento de la teoría. Pero la mayor parte de las ideas directrices fundamentales, particularmente en el dominio económico e histórico y especialmente en su clara formulación definitiva,

se deben a Marx. Lo que yo he aportado, con excepción, todo lo más, de algunas ramas especiales, Marx hubiera podido bien hacerlo sin mí. Pero lo que Marx ha hecho, yo no hubiera podido hacerlo. Marx nos sobrepasa a todos, veía más lejos, más extensa y más rápidamente que todos nosotros. Marx era un genio, nosotros, todo lo más, talentos. Sin él, la teoría estaría muy lejos de ser lo que es. Por eso lleva su nombre con entera justicia."

De acuerdo con esa doctrina el socialismo surge de las entrañas mismas de la vida social como una fatalidad histórica, efecto del desarrollo de las fuerzas productoras en su fricción y antagonismo con las formas sociales prexistentes, que van quedando anticuadas por su creciente inadaptación a las exigencias de ese desarrollo, pero efecto asimismo de la acción de la clase proletaria, que es a su vez un producto histórico; esa teoría tiene de la ciencia social pura y de la ciencia aplicada.

Como una y otra cosa se le puede considerar según se le aprecie en su carácter de concepción exegética y de teoría trascendente o en su carácter de método para armar y orientar un movimiento histórico y fundamentar una acción política. (**Fundamentos**, capítulo XIX, páginas 287 a 315.)

## DESCRIPCIÓN GRÁFICA DE LA CONCEPCIÓN MATERIALISTA DE LA HISTORIA

Si quisiéramos proyectar, a nuestra vez, esa concepción en la graficidad de las imágenes de un cuadro pictórico, pintaríamos primeramente un gran fondo, que sería formado por la naturaleza, el medio físico, geográfico, telúrico, climático, étnico —el suelo, el cielo, la fisiología humana, las exigencias biológicas, etc.— y donde reuniríamos los elementos de la historia natural del hombre. Sobre ese fondo —que podríamos figurar asimismo con una infraestructura— haríamos surgir después los elementos de la historia social que aparecen, desde luego, condicionados por aquéllos, y esos elementos se dispondrían en forma de planos superpuestos en una estructura básica, de los cuales ocuparían el sitio más en contacto con la infraestructura, y por consiguiente en más estricta y directa dependencia de ella, las fuerzas productoras, que son también en gran parte elementos naturales —la fertilidad de la tierra, los ríos, los mares, el viento, los bosques, los animales domésticos, las potencias minerales del subsuelo, etcétera—, pero que aquí aparecen actuando en función de la vida de la sociedad y en colaboración inmediata con el hombre que los aprovecha y domina. El hombre mismo está, entre ellos, como la más importante de las fuerzas productoras, tanto más cuanto que la necesidad y las exigencias y las aspiraciones de los hombres son los móviles y la razón de ser del progreso social. Como son asimismo la inteligencia, el ingenio y el saber del hombre los que crean elementos de producción y perfeccionan y multiplican las fuerzas productoras.

Y sobre ese primer plano de la estructura social, o si se quiere, en torno de ese conjunto vivo y elástico de energías creadoras, se edifica la construcción sistemática de las relaciones económicas, o sea, de los modos de producción y de cambio, con sus respectivas correspondencias específicas entre la propiedad de los elementos de producción y de los productores. Estos modos y esas relaciones están determinados por esas fuerzas.

A su vez el modo y las relaciones de producción determinan una superestructura, un plano en el cual se alzan las formas jurídicas, políticas, morales, y todas las manifestaciones espirituales de la vida intelectual y cultural de la sociedad.

Tenemos así diseñada, por una parte, la correlación entre el medio natural, físico y biológico de que no prescinde por cierto, esa concepción de la historia (si bien evita atribuirle al igual de otras teorías un carácter determinante explícito sobre fenómenos, hechos y formas sociales que nunca podrían explicarse por la sola y simple acción del medio ambiente natural) y las fuerzas y actividades productoras de una sociedad.

Por otra parte, la correlación de estas fuerzas y actividades con los modos de producción y las relaciones y condiciones económicas correspondientes; y finalmente, la correlación de estos modos y relaciones con las instituciones de la superestructura social y las expresiones espirituales intelectuales de la existencia colectiva.

El materialismo dialéctico, en cuanto posición filosófica del razonamiento para

una explicación del mundo a la luz de un método lógico, abarca todo ese cuadro, y se aplica a esos diversos planos, por encima de los cuales hace pasar el reflector aclaratorio de la trilogía hegeliana de la tesis, la antítesis y la síntesis (con el resorte actuante de la unidad y conflicto de los contrarios, de la negación de la negación y el desembocar en el devenir) disociada de su enfoque espiritualista y transformada en una especie de partera lógica materialista de la realidad objetiva en el espíritu subjetivo del observador. Ese materialismo dialéctico —ya lo hemos dicho— transportado, o mejor dicho, limitado al campo de los hechos sociales, o si se quiere de la "materia social" es materialismo histórico

Y es precisamente la actuación en el plano de la historia humana lo que más eleva al materialismo dialéctico sobre el antiguo materialismo (ver nuestros **Ensayos sobre marxismo**, páginas 69 a 72).

Para acercarnos más a la realidad deberíamos poder animar todo aquel cuadro del ejemplo, de un soplo poderoso y constante de vida, porque ni la naturaleza es estática e inmutable ni la existencia de los hombres en sociedad transcurre entre formas fijas y hechos permanentes.

## UNA SEMBLANZA DE MARX

Un hombre de su tiempo; un "contemporáneo", en el sentido de que vivía metido a ciencia y conciencia en la actualidad, impregnándose de ella por todos los poros y penetrándola con su visión aguda y con su acción trascendente, eso era Karl Marx.

Suele darse entre los hombres de su cultura el tipo del que anda por el mundo con los ojos puestos más en el pasado que en el presente, como vuelto de espaldas a la vida de hoy, pues más le atrae al espíritu la de ayer. No quiere esto decir que sea por ello forzosamente retrógrado. Puede ser, incluso, avanzado, reformista y hasta revolucionario. Y a menudo lo es por insatisfecho de un mundo donde no halla las bellezas y encantos de que suelen aparecernos rodeadas las cosas alejadas de nosotros por el tiempo, que las aureola con el prestigio ideal de las distancias irreales.

Y es que la vocación del pasado no da a su espíritu, como posición natural, inclinación a complacerse en lo lejano, y sus conocimientos de la antigüedad le sirven para moverse en un mundo de sombras vivas que envuelve el suyo propio Es moderno en todo, hasta en ideas, pero su gusto espiritual lo naturaliza en lo pretérito y no renuncia a esa ciudadanía cuando anda por el presente, que no encara generalmente sino con el desinterés o el disgusto del esteta que contempla un mal cuadro.

Todo lo contrario era Marx Su yerno y biógrafo Pablo Lafargue expresa que, aun opinando que cada ciencia debe ser cultivada por sí misma y que la investigación científica no puede preocuparse de sus eventuales consecuencias, sostenía que, el sabio si no quiere disminuirse a sí mismo, no debe dejar de participar en la vida pública, no debe quedar encerrado en su cámara o en su laboratorio como un gusano en el queso, sin mezclarse a la vida y a las luchas políticas y sociales de sus contemporáneos. Y le atribuye el siguiente pensamiento; "La ciencia no debe ser un goce egoísta: aquellos que tienen la fortuna de poder dedicarse a estudios científicos deben también ser los primeros en poner sus conocimientos al servicio de la humanidad." "Trabajar para el mundo"; se había dado como lema.

Su cultura era muy vasta y profunda en materia económica; era también un gran conocedor de la literatura clásica y de la filosofía de antiguos y modernos. No faltan quienes le nieguen versación en historia; pero nadie ha de negarle el más perfecto conocimiento de las condiciones de vida de los trabajadores, y las características del trabajo en su tiempo; de todos los aspectos de la vida obrera, de las modalidades de la industria y el comercio en su época y épocas anteriores, del desarrollo jurídico y cultural, así como de los movimientos y acontecimientos políticos contemporáneos en todos los países del mundo.

Con esas bases construyó su concepción sociológica. Con ese bagaje amasó la sustancia profunda de su espíritu y se internó en la milicia de sus ideas, en el trabajo de organización de fuerzas históricas con las que se propuso abrir caminos en la realidad social y no solamente trazarlos en el papel. Sus ideas, su cultura, su clarividencia histórica, su formidable poder reflexivo, habrían de ser como garras para aprehender

el mundo y labrar cauces en la materia de la historia.

No habría de conformarse con que le sirviesen para escribir libros y forjar teorías. La teoría es en él, más que una síntesis de la práctica, una práctica más, una experiencia que él realizaba, un concepto que él ponía en acción.

Y cuando escribe, acciona, lucha, polemiza. Sus libros, aun los más fundamentales y doctrinarios son siempre alegatos, batallas en pro o en contra. Los economistas, desconcertados ante sus textos de economía, lo proclaman un gran sociólogo; los sociólogos, afectan ignorarlo como tal, pero lo proclaman un gran economista.

Planea por encima de ellos y no saben cómo reducirlo a su estrecho concepto de una teoría pura e incontaminada, sino negándolo. Pero él se venga cruelmente de unos y otros, impulsando con sus teorías económicas —que los economistas del capital desdeñan— y con sus concepciones sociológicas —que los sociólogos de la burguesía aparentan olvidar— los más extensos y fecundos movimientos históricos, que interpretados de antemano por él, son la comprobación concluyente de que veía más lejos y hondo que todos ellos juntos.

# EL DETERMINISMO DEL HAMBRE

● *Este título es el primero de* Ensayos sobre marxismo. *A partir de los elementos más remotos, Frugoni va encerrando el tema que culminará en la exposición y justificación del* materialismo histórico. *La extensión y continuidad de razonamiento con que se ha enfocado este capítulo han hecho difícil la tarea de escoger trozos que den una idea cabal de su contenido.*

Es indudable que antes de sentir la necesidad de defenderse de nadie o de nada, el hombre ha sentido la necesidad de nutrirse. Y una teoría que hace remontar los orígenes del conocimiento a la necesidad y función de nutrirse, atribuye a la inteligencia humana una fuente remota que ésa según la cual nace de la sensación del miedo y de la obligación de defenderse. No corresponde a los fines del presente trabajo cotejar ambas hipótesis. He de advertir que para Nicolái el cerebro se hace usable mediante un aprendizaje en que la inteligencia se perfecciona gracias al juego (ontogénicamente) y jugando han aprendido los monos (filogénicamente). Para Turré, la inteligencia aparece en el animal en la tendencia a buscar las sustancias que reclama, la cual obedece a una "inteligencia inferior", que se ha llamado instinto, pero que es en realidad el producto de una sucesión de experiencias. La función de nutrirse, con que comienza en el hombre su conocimiento del mundo exterior o de la realidad objetiva, pertenece a la animalidad, y el proceso que conduce de la sensación trófica a ese primer conocimiento químicamente sustancial de la realidad, es también común a otros animales. El hombre puede, por la conformación de su cerebro, pasar de ese conocimiento inicial, finalista, de lo que necesita para vivir, a las formas más elevadas del conocimiento, al conocimiento puro y especulativo. Y puede ampliar enormemente, ilimitadamente, su conocimiento de la realidad por mil medios que le son propios, como que sólo él puede crearlos. Si el animal tiene la revelación del mundo no sólo por el hambre, el hombre la tiene cada vez más completa por la acción de su vida, que es más compleja y radiada que la de los animales, y por la acción de los instrumentos con que prolonga su organismo y desarrolla su personalidad.

(*Ensayos sobre marxismo*, páginas 26 a 27.)

Así como el hambre, con su consiguiente proceso de experimentación marca el primer tramo en el escalonamiento de la conciencia, el primer resorte en el engranaje orgánico de la psiquis y de la intelección, y es como tal, factor determinante de conocimiento en el animal, las necesidades y actividades del plano económico, que son en el agregado social el equivalente de la función nutritiva, dan origen a las formas sociales y sientan una relación básica, como punto de partida o condición determinante en general, con las orientaciones del espíritu colectivo y las instituciones que lo traducen en el campo jurídico, político, moral y hasta religioso.

No se trata, claro está, del concepto tan exacto como simplista de que en el animal y

en la sociedad, el hombre y su satisfacción están al comienzo de todo, y son, por consiguiente, la base y la raíz de la vida. Antes todavía de llegar al *"primum vivere deinde philosophari"* de los latinos, debe pasarse por el *primo manducare, deinde cogitare* (primero comer, después pensar), que contiene la fórmula cronológica del desarrollo animal, tanto en la historia natural como en el ser humano.

(*"Ensayos"*, páginas 33 a 34.)

Las necesidades del hombre en su relación con el medio en que vive, son las causas primeras de la producción, cuyo modo social constituye, para el concepto marxista, el elemento rector, "en general", del proceso histórico, en vez de serlo una intención teórica, una idea preconcebida, como lo sostienen las interpretaciones teológicas de la historia. La forma que bajo la presión a veces casi automática de las fuerzas económicas va adoptando, determinan "en último análisis", como dice Engels, a manera de base o plataforma, las líneas generales del edificio de la superestructura social. "La estructura económica de la sociedad es la base real sobre la cual se elevará el edificio jurídico y político, de tal suerte que el modo de producción de la vida material domina en general el desenvolvimiento de la vida social, política e intelectual." (C. Marx, *El capital*.)

(Libro citado, páginas 43 a 44.)

La habilidad alcanzada por el hombre para producir sus medios de vida, es, al decir de Morgan, lo más apropiado para establecer el grado de superioridad y de dominio de la humanidad sobre la naturaleza.

"El ser humano es, entre todos los seres, el único que ha logrado hacerse dueño, casi absoluto, de la producción de los elementos de vida. Todas las grandes épocas del progreso de la humanidad coinciden de un modo más o menos directo con las épocas en que se propagan los medios de alimentarse." (Morgan)

¡Producir! Esa palabra encierra el destino del hombre y el secreto de su suerte. Toda la historia humana se tiende desde el hambre hacia su incesante satisfacción . . Hambre del organismo animal al principio; hambre de la vida social después; hambre del espíritu más adelante. Producir alimentos para la primera; producir elementos de convivencia y civilización para la segunda; producir artículos de belleza, frutos del saber, floraciones de cultura para la tercera.

La humanidad trabaja para esas tres hambres. Hunde día tras día sus manos maravillosas en las entrañas del mundo y las levanta cargadas de dones que entrega a las voracidades impacientes y múltiples de la vida. No a todas las bocas llega el pan ni a todos los espíritus la flor. El trabajo no se detiene por eso. Desde el fondo de la vida contemporánea las tres hambres reclaman su parte; pero nunca hay para todos porque algunos retienen para sí lo que no les pertenece, o porque los hombres no han aprendido aún a producir en la solidaridad y en la armonía para que reine constantemente la abundancia.

(*Ensayos sobre marxismo*, páginas 63 a 64.)

## EL FACTOR ESPIRITUAL EN EL MATERIALISMO HISTÓRICO

El materialismo histórico ha sido considerado como una concepción mecanicista y fatalista de la evolución y del fenómeno sociales. A la luz de esa teoría la sociedad aparece como una organización compuesta de una plataforma, la estructura económica, sobre la cual se elevan las instituciones jurídicas, políticas, morales, religiosas, los sistemas de ideas y de sentimientos, las maneras de pensar y sentir colectivas. Los cambios sobrevenidos en la estructura determinan los de la superestructura. Es conocida la imagen de que se vale Kelles Kraus para explicar o describir esa concepción: en el centro de la sociedad sitúa el núcleo económico o sea el conjunto de las actividades económicas, el modo de producción y de cambio, las fuerzas productoras; y en torno de ese núcleo se van disponiendo las instituciones jurídicas, las instituciones políticas, las formas sociales o fenómenos que constituyen la superestructura. Las modificaciones del núcleo central imprimen modificaciones correlativas a los elementos de la superestructura, que rodean a aquél y en aquél descansan dependiendo de las formas que él adopta y adaptándose a esas formas. La categoría económica de los fenómenos sociales —dice ese autor— constituye la base de toda la superestructura, el contenido de toda la forma social. El concepto de determinismo económico predomina en la teoría del materialismo histórico y es la que lo define y lo caracteriza, hasta el punto de que autores como Seligman sostienen que su denominación más apropiada es la de interpretación económica de la historia.

(Conferencia en la Facultad de Derecho de la Universidad de La Plata. Páginas 66 a 67 de *Ensayos sobre marxismo*.)

El materialismo histórico apea al héroe individual de su pedestal de magnífico forjador supremo y espontáneo de los acontecimientos históricos; pero eleva a la función de colaborador en la obra de abrir camino al paso de la humanidad o de impulsarla en alguna dirección de su vida, al modesto, al oscuro, al insignificante ciudadano que gana el pan de cada día con el sudor de su frente como parte integrante de la enorme masa trabajadora y como tal contribuye a poner en movimiento la pesada rueda de la producción, tras de la cual marcha toda la vida de la sociedad, aun en sus manifestaciones más brillantes e ideales. Éste es el hondo sentido democrático de esta teoría. Y aquí arranca sin duda el elemento dinámico que la integra, en cuanto quiere ser no sólo una explicación de la historia, sino asimismo una incitación a realizarla.

Se discute si corresponde a la interpretación económica de la historia la doctrina de la lucha de clases. Hay quienes aceptan el postulado de la causación economicista, es decir, quienes admiten que el acto o el hecho económico está en la raíz de todos los fenómenos sociales; pero no aceptan que la lucha de clases sea la palanca viva de la historia. Sin embargo, si se prescinde de la formación y del antagonismo de las clases, la teoría del materialismo histórico queda privada de su componente más fecundo y de su coronamiento lógico.

No fue Marx el primero en hablar de la lucha de clases. Él lo reconoce en una carta donde dice: "No me cabe el mérito de haber descubierto la lucha de clases en todos los períodos de la historia y la sociedad actual. Mucho antes que yo, los historiadores burgueses habían hecho la anatomía de las clases y los economistas burgueses habían hecho la anatomía económica de las clases mismas."

La historia —empieza diciendo el Manifiesto Comunista— no ha sido sino la historia de la lucha de clases. Éstas son —lo dice el mismo Manifiesto— producto de un largo proceso histórico, fruto de una serie de transformaciones radicales en el régimen de cambio y producción. Esa lucha "conduce en cada etapa a la transformación revolucionaria de todo el régimen social o al exterminio de ambas clases beligerantes". Tenemos, pues, que el factor económico da origen a las clases, y éstas a su vez, al luchar entre sí, impulsan el proceso de transformación social. En otros términos: el factor económico actúa por medio de la lucha de clases, valiéndose de éstas como instrumento. He aquí, entonces, cómo entra la voluntad humana, la iniciativa de la conciencia y del espíritu del hombre, a proceder en el drama de la historia. Ya hemos visto al hombre modesto y oscuro, al pacífico héroe del trabajo y del laboratorio industrial o científico desempeñando su papel, a veces decisivo en el juego de los factores que orientan o empujan a la humanidad. Lo hemos visto como partícula de las grandes masas laboriosas —un aspecto, el aspecto humano de las fuerzas productoras— hacerse sentir en el mecanismo de las relaciones económicas y en el volante de la producción. Ahora lo vamos a ver asumir una intervención más directa, por lo general, al tomar parte en la lucha de clases. Respondiendo a Bruno Bauer, Marx sostiene "que todas las grandes iniciativas de la historia han sido inspiradas por los intereses de las masas y sólo en la medida en que representaban tales intereses conseguían las ideas transformarse en actos. Sin semejante condición, las ideas pueden despertar el entusiasmo, pero son absolutamente incapaces de provocar una acción cualquiera. La idea fracasa siempre que se aparta de los intereses de clase."

(Conferencia citada, páginas 85 a 88 de *Ensayos sobre marxismo*.)

"En los palacios —decía Feuerbach— no se piensa como en las cabañas."

"Al cambiar las condiciones de vida —dice Marx— las relaciones sociales, la existencia social del hombre, cambian también sus ideas, sus opiniones y sus conceptos, su conciencia en una palabra."

Y en el Manifiesto Comunista se lee: "Se habla de ideas que revolucionan a toda una sociedad; con ello no se hace más que dar expresión a un hecho, y es que en el seno de la sociedad antigua han germinado ya los elementos para la nueva, y a la par que se esfuman o derrumban las antiguas condiciones de vida se derrumban y esfuman las ideas antiguas."

Además en el prólogo de la "Crítica de E. Política", se dice que "No es la conciencia del hombre lo que explica su manera de vivir sino su manera de vivir lo que explica su conciencia."

Así como se entiende en el materialismo filosófico que la materia domina al espíritu, así también en el materialismo histórico se entiende que la materia social domina el es-

píritu social y directamente al espíritu humano.

(Páginas 97 a 98, libro y conferencia citados.)

## LOS FINES IDEALES EN LA CONCEPCIÓN MATERIALISTA DE LA HISTORIA

Una interpretación vulgar de la concepción económica de la historia le atribuye la idea de que el interés de las personas es el verdadero motor del mundo. El materialismo histórico no atribuye al interés personal más papel que a la pasión amorosa o a la emoción artística o al entusiasmo por la especulación filosófica o al fervor religioso o al frenesí por la investigación de la verdad científica o al abnegado ardor político de los individuos, en la determinación y orientación de la vida social. Porque ese interés no es sino un móvil individual —acaso no el más difundido y generalizado como impulso preponderante en ciertos casos para la mayoría de los hombres— mientras que el factor determinante de la historia según esa teoría es de carácter social o colectivo. No se trata, en el concepto materialista de la historia formulado por Marx, de intereses atómicos, sino de intereses sociales, de grupo y de masa, o más exactamente de intereses de clase: "Marx no dice —leemos en Max Beer— que cada uno se agita por su interés personal. Ésa no es la enseñanza de Marx, sino más bien de los filósofos moralistas burgueses, como Hebetin (1715-1771) y Bentham (1748-1832), que consideran los intereses del individuo aislado como el único motor de su utilidad social. Marx es más bien de opinión que los hombres obran frecuentemente, en las circunstancias importantes de su vida, contra sus intereses personales identificando sus sentimientos y sus ideas con los que ellos consideran el interés general o el interés de una clase. Según Marx, el interés personal no juega más que un papel sumamente restringido en la historia. Él se atiene principalmente al interés general de la producción social. Sólo este interés cuenta para la construcción de la superestructura ideológica." (Max Beer: *Karl Marx, sa vie et son œuvre.*)

La estimación individualista del interés de cada uno como móvil histórico, no corresponde a la visión del complejo social y de su desenvolvimiento tal como lo hallamos en Marx, que coloca en el centro de todo el proceso histórico caudalosas fuerzas sociales y no resortes inconexos y contradictorios de conveniencias egoístas.

"Si recordáis —dice Jaurès— cómo en su libro *El capital* trata Marx el concepto utilitario inglés; si recordáis con qué desdén, con qué desprecio habla de los teóricos del utilitarismo que, como Jeremías Bentham, pretenden que el hombre no se mueve sino en vista de un interés personal, conscientemente buscado por él, veréis que no existe nada de común entre estas dos doctrinas. Mejor diríamos: es a la inversa. Precisamente porque Marx estimaba que los modos mismos del sentimiento y del pensamiento son determinados en el hombre por la forma esencial de las relaciones económicas de la sociedad en que vive, hace intervenir en la conducta del individuo a las fuerzas sociales, a las fuerzas colectivas, a las fuerzas históricas, a las fuerzas cuya potencia sobrepuja la de los móviles individuales y egoístas. Lo que entendía, lo que él consideraba como esencial en la historia, son las relaciones económicas de producción de los hombres entre sí." (Jean Jaurès: *"El idealismo de la historia".*)

La polémica entre Marx y Bauer aclara bien el sentido impersonal, o mejor dicho, superpersonal que el interés adquiere en cuanto elemento propulsor de la evolución social y política para el concepto de aquél.

En aquello de que "todas las grandes ideas de la historia han sido inspiradas por los intereses de las masas", etc., se ve cómo el interés que Marx erige a la dignidad, de condición indispensable para que las ideas se transformen en acciones de la historia, se transforma él mismo en un motor ideal. Porque en cuanto "se confunde más o menos" con el interés humano entra en la esfera de los móviles desinteresados para el individuo y se torna uno de esos fines altruistas a que los hombres sacrifican a menudo su tranquilidad, su posición, su salud y hasta su vida. Y es así y sólo así, que puede llegar a atribuírsele al materialismo histórico, la "idealización" del interés.

(*Ensayos sobre marxismo*, páginas 102 a 105.)

Lo que ocurre —conviene puntualizarlo— es que en las luchas de la burguesía, como de todas las clases que se reservan o procuran privilegios, el interés de clase, en cuanto esconde un sentido de injusticia o iniquidad frente a las clases oprimidas o despojadas, no es honorable ni decoroso. De ahí que revelarlo como móvil real de las acciones históricas y como contenido verdadero de las ideas

con las cuales se las justifica o exalta, parezca una denuncia peyorativa que vendría a colocar en el sitio de palabras venerables —sentimiento de justicia, idea de progreso, etc.— un concepto desagradable para un juicio moral superior. Pero cuando nos referimos a una clase que lucha por abolir privilegios, ella puede admitir sin desdoro, como la burguesía cuando luchaba contra el régimen feudal, "que las ideas no tienen éxito durable sino en la medida en que ellas traducen intereses de clase". Entonces sus ideas despertaban en las otras clases oprimidas ese entusiasmo, que según Marx, "proviene de la ilusión de que esas ideas representan la liberación humana, en general". Si sus intereses hubiesen coincidido realmente con el objetivo humano de la liberación general, el entusiasmo de las clases oprimidas no provendría de una simple "ilusión".

Por eso cuando nos referimos al proletariado —la única clase que no tiene interés en conservar ni conquistar ningún privilegio, sino en abolirlos todos— no desdoramos su acción histórica atribuyéndola al impulso de un interés de clase. En efecto, como éste se confunde positivamente con el de la humanidad contemporánea expresado por sus más elevadas y generosas aspiraciones, nadie que tome ese interés por la representación de la liberación humana padece una ilusión, sino que da con el exacto y auténtico sentido de la realidad social de los tiempos actuales.

(*Ensayos sobre marxismo*, páginas 107 a 109.)

Marx ha expresado insistentemente que una clase adquiere realidad cuando forma conciencia de la oposición de sus fines con los de las otras. El verdadero interés de clase —ya lo hemos dicho— no es nunca un móvil pequeño, aunque pueda ser cruel e inhumano. Tras él está la suerte, no de un individuo, sino de todo un sector social, y esto basta a concederle categoría de fuerza histórica que no admite ser enjuiciada con la moral de los actos individuales. Los patriotas no se avergüenzan de invocar el interés de su patria, aunque sólo hablen del interés económico y pecuniario. La patria puede legítimamente alimentar un egoísmo (un ministro italiano hablaba del "sagrado egoísmo nacional") que sería condenable en las personas. Tratándose de la clase (la patria, para ciertos patriotas, sólo esconde o disfraza a la clase dominante) en lo que llamamos su interés, pueden caber miras y solicitaciones de alta condición espiritual. El interés de emanciparse es, en una clase oprimida, móvil de dignidad y reparación que merece respeto. El interés de cumplir una misión histórica de justicia, reclama la denominación de "ideal". Y hasta cuando sólo puede verse en ese interés el aspecto económico, estamos frente a un designio que salta, por encima de las conveniencias personales, hacia un plano de preocupaciones vinculadas a la suerte colectiva y a las inquietudes de la historia, lo cual logra comunicarle un decoro espiritual de idea-fuerza.

Ese interés no excluye, en cuanto móvil colectivo, la intervención, a veces decisiva, del ideal puro, desinteresado en el proceso histórico. ¿No tuvo acaso un alto sentido ideal la Revolución de Mayo, pese a que ella respondió, en gran parte por lo menos, al interés vital de romper los grillos del monopolio económico que impedían la expansión de la vida social de estos pueblos y su progreso material y moral? ¿Debemos ocultar esa reivindicación básica porque directamente se refiere a lo económico? ¿Sería más hermoso poder decir que la revolución se hizo no por la libertad económica, sino por la libertad política o por la libertad de conciencia?

(Obra citada, páginas 138 a 139.)

Hemos de insistir en que el materialismo histórico no desconoce la acción de las instituciones y fuerzas que surgen y se agitan en la superestructura. No habría de negar, por cierto, el papel de la educación de los espíritus. Y Marx y Engels, que fueron grandes educadores de espíritu y que tanto hicieron, sobre todo el primero, por infundirles a las masas obreras una ideología, un conjunto de nociones orientadoras de su pensamiento social, no pueden ser sospechosos de ignorar cuánto es posible obtener en materia de dirección y realización de la historia, de los cambios de la mentalidad pública de las multitudes y de las fuerzas sociales personales.

Vivimos un momento histórico en que nos toca asistir a un resurgimiento del fenómeno de los estados "totalitarios" absorbentes y organizados políticamente a manera de máquinas que obedecen a la presión de un resorte central, empuñado por una dictadura impersonal u oligárquica.

Esos estados ejercen un imperio despótico sobre la vida social y se erigen en directores visibles de su desenvolvimiento en todos los planos. Con la escuela, que ponen al inmediato servicio de sus planes de dominación, forjan la mentalidad y la sensibilidad de las generaciones; con la prensa, que reducen al papel

de un órgano más del gobierno, influyen en las inclinaciones de la opinión general; con las fuerzas armadas imponen su voluntad omnímoda a los individuos y a las masas; con la ley penetran en todos los campos de la actividad humana y se esfuerzan en regularla a su antojo, creando un interés del estado que aparece como entidad autónoma y suprema, bajo la cual se aplana todo el mundo material y espiritual —economía, ciencia, arte, derecho, religión, moral— y sobre el cual apenas si queda sitio para las leyes de la naturaleza o para lo que algunos llaman los designios de Dios.

No es posible negarles a esos estados, o mejor a las fuerzas políticas que les han impreso esas modalidades y que los manejan, el poder de decidir de la suerte de sus pueblos y de dirigir —hasta cierta altura de los acontecimientos naturalmente— la historia, determinando episodios y accidentes de no pequeña repercusión sobre el destino de las naciones.

¿Habría, pues, que darle al determinismo político el lugar que el materialismo histórico reserva al determinismo económico? Adviértase, por de pronto, que alguno de los estados totalitarios contemporáneos no oculta, sino que proclama su condición de estado de clase; que actúa en nombre de los intereses de una clase. Y él no sería, pues, otra cosa que un órgano político de esa "conciencia de clase" cuya misión en la historia la sobrepone a cualquier otro resorte de la misma.

En cuanto a los estados que se pretenden superiores a todas las clases y hasta ejecutores de doctrinas de filosofía política y social que niegan las clases (en teoría, pues prácticamente no las destruyen, sino que ahondan las diferencias económicas entre unos y otros), también para ellos es una verdad científica que todo cambio institucional con miras de larga trascendencia resulta transitorio o epidérmico si no responde a cambios correlativos de la plataforma económica o no logra provocar en ésta los hechos sociales decisivos.

No es cierto que esos estados desalojen de la historia el motor de la lucha de clases, como lo pretenden sus apologistas y doctrinarios. Aunque amordacen, paralicen y estrangulen a las clases desposeídas y dividan a las poseedoras, y aun las obliguen a solidarizarse o identificarse siempre más con su destino (condición en que consienten los sectores financieramente más poderosos porque a ese precio creen salvar sus mayores privilegios) no logran eliminar, sino provisoriamente y en el limitado escenario de su noción política, esa lucha que según Marx y Engels constituiría el contenido activo y fermental de toda la historia.

*(Ensayos sobre marxismo,* páginas 144 a 146.)

Marx se ha esforzado en demostrar que la evolución de la sociedad capitalista conduce, por el juego de esa dialéctica de la historia que coloca la antítesis en el corazón de la tesis, como negación de la negación, a una forma de sociedad en que no habrá clases de origen económico. La clase obrera es la llamada a desempeñar el papel de agente de esa transformación. Su conciencia es necesaria, es indispensable al efecto de que ese destino se cumpla. Alguna vez se ha querido señalar una contradicción entre el concepto de una evolución necesaria "fatal" y el llamamiento a una acción de clase para un fin que también advendría sin ésta. Pero el materialismo histórico no es una expresión del fatalismo. Cree en la ley de la causalidad. Sabe que la lucha de clases y la acción consciente de la clase oprimida, es una causa de esa evolución hacia la sociedad socialista. La "antítesis" que trae consigo el régimen capitalista, ese elemento de su desintegración que ha nacido con él, no es otro que el producto vivo y racional del medio de producción y de cambio: el proletariado moderno. La acción de éste constituye una condición para que la desintegración o la muerte del capitalismo se opere. Un proletariado inoperante, inconsciente sigue siendo igual a los instrumentos materiales de producción que la clase poseedora emplea. Recién cuando el proletariado adquiere el sentido de su interés —que se ha de ir ampliando hasta transformarse en alta conciencia colectiva—, sólo entonces empieza a poner en las fuerzas productivas la levadura de voluntad humana que lo erige en factores morales de cambios históricos. "El marxismo —dice Bujarin— no niega la voluntad; la explica." *(Manual de sociología marxista)*

* * *

El propósito de propiciar o impulsar el movimiento histórico hacia las posibilidades de implantación de un régimen sin privilegios económicos y sin diferencias de clase —en el cual ese motor del progreso que por mandato de las leyes orgánicas del sistema capitalista es la lucha de clases, será constituido por una ley esencial de solidaridad, pues cada sistema

social se rige por sus propias leyes (Marx: *El capital*)— constituye un ideal de justicia, al que Marx ha podido aludir sin contradecirse. El sentido de ideal humano, más que de aspiración de clase, es el que adquiere cuando se invoca como principio basado en un sentimiento universal que pertenece al hombre y no solamente al obrero. Entonces la idea de interés económico cede el paso a la de sentimiento moral. Y éste aparece como un móvil desinteresado económicamente, que brota de la sensibilidad y del cerebro humanos al margen de toda solicitación de conveniencia individual o colectiva. No se llega a esta transfiguración de un interés de clase en sentimiento humano sin un proceso ideológico durante el cual la conciencia pública se va impregnando de la razón de ese anhelo y concluye por aceptarlo como verdad moral, superior a todo interés que lo apoye o que lo contraríe.

# EL SOCIALISMO

*Conferencia dictada en el Ateneo, en el año 1924, bajo los auspicios del Centro Cultural "Liceo Nocturno".*

¿QUÉ es el socialismo?

Hace alrededor de tres cuartos de siglo, respondiendo a esta misma pregunta, ante un tribunal de justicia, Proudhon decía que socialismo es la aspiración hacia una sociedad más justa y más humana, a lo cual contestaba, y no sin acierto, el presidente del tribunal: "Entonces yo también puedo considerarme socialista." Y es que la respuesta de Proudhon no define el socialismo.

Apresurémonos a declarar que actualmente sólo puede llamarse socialista el que aspira a la socialización de la propiedad, es decir, a que la propiedad sea un derecho de la sociedad y no del individuo.

Confusiones y ambigüedades en torno a la palabra socialismo y de la palabra socialista, han sido de todos los tiempos. En nuestra América, en el Río de la Plata, tenemos un ejemplo histórico de la diferencia existente entre el contenido que hace noventa o cien años se daba a esa palabra y el contenido que hoy le damos los socialistas.

El poeta argentino Esteban Echeverría, que era —y así se mostró, sobre todo en su estudio sobre el sentido filosófico de la Revolución de Febrero en Francia— un discípulo de Pierre Lerroux y de Saint Simon, tituló "Dogma socialista" el famoso manifiesto de la Asociación de Mayo. En el "Dogma socialista", que el poeta argentino escribió y publicó allá por 1838, se proclama, es cierto, el principio sansimoniano de a cada hombre según su capacidad; a cada capacidad según sus obras. Pero no se dice nada allí del régimen de la propiedad y se erige en sustancia esencial y condición de la democracia, que se persigue como fin supremo, no la desaparición de las clases, sino la igualdad de las mismas, pareciendo que Echeverría atribuye a la democracia política en sí un contenido social y no precisamente socialista; y a ese contenido social alude en el título de su obra, que por eso resulta ahora confuso y poco adecuado. Echeverría había trabado conocimiento en Francia con las escuelas de aquellos reformadores sociales que a fines del siglo XVIII y principios del XIX, aunque debatiéndose en el plano de las abstracciones políticas y filosóficas, de los generosos impulsos filantrópicos, de las puras construcciones mentales, como Babeuf, Fourier, Saint Simon, su discípulo Lerroux, Proudhon, Luis Blanc, etc., abrieron en el espíritu humano una brecha por donde habrían de hacer irrupción más tarde las verdades del socialismo científico, del cual fueron precursores y vanguardia, sean cuales fueren las diferencias de concepción teórica o de acción práctica que de él los separen.

## LA PRODUCCIÓN CAPITALISTA

Del mismo modo que el materialismo del siglo XVIII no armoniza con las conclusiones de la ciencia natural moderna, el socialismo de los reformadores, que todo lo confiaba a un impulso generoso del ánimo de las clases privilegiadas y gobernantes, no se concilia con la nueva concepción materialista de la historia, esa concepción de la que Marx fue fundador, sobre la producción capitalista, cuyos efectos terribles pintaba y analizaba el socialismo durante todo su correspondiente período histórico.

Marx fija el sitio que ocupa esa producción

en el desarrollo de la historia humana y demuestra que una vez cesadas, desaparecidas las circunstancias históricas que la hacen necesaria, debe necesariamente desaparecer. Además, él saca a luz de la crítica lo que podríamos llamar la entraña moral de la producción capitalista, su naturaleza íntima, su resorte oculto; hace el descubrimiento de la "supervalía" o del "plus valor" probando que el capital se queda con una parte más o menos grande del trabajo, no pagado, y que la acumulación de este trabajo no pagado es lo que constituye el capital. Demuestra que mientras el capitalista paga al obrero su fuerza de trabajo tratándola como una mercancía cuyo valor es el que tiene en el mercado, él saca de esa mercancía un valor más grande que el que ha dado por adquirirla.

La fuerza humana de trabajo, dice, es en la explotación capitalista, una mercancía por la cual se paga su valor de cambio, fijado como el de toda mercancía, por el tiempo necesario en producirla.

Ahora bien: el equivalente del tiempo de trabajo necesario para producir la mercancía "fuerza de trabajo" es el precio de todo lo que el obrero necesita para vivir y renovarse o, en otros términos, para entretener su fuerza de trabajo y reproducirla.

Por otra parte, el mismo Marx hace intervenir en la determinación del valor de la fuerza de trabajo, un elemento histórico y moral que basta por sí solo para alejarnos indefinidamente de ese estricto límite fisiológico. Si un obrero, por ejemplo, puede durante seis horas de labor reproducir el valor de su fuerza de trabajo o, para decirlo más claramente, producir su salario, tiene todavía que trabajar unas cuantas horas más —todas las que permitan la legislación industrial o la organización de los obreros, cuando no su resistencia física y su pasividad—, y en esas horas trabajará entonces para costear los otros gastos de la explotación: el costo de la materia prima, los gastos de dirección, de organización, de ordenación del trabajo, etc., y para la ganancia. La ganancia viene a estar entonces constituida por la suma de los valores creados por el obrero durante ese tiempo en que ha trabajado no para costear su salario y demás gastos de explotación, sino después de descontado todo eso.

Queda así explicada la formación del capital, la naturaleza del salario, que no es nunca el producto íntegro del trabajo, y la naturaleza íntima de la explotación capitalista.

Hay todavía otro elemento del que el capital se adueña sin pagarlo. A los capitalistas nada cuestan, dice Marx, las fuerzas creadas por la cooperación y la división del trabajo. Ya Proudhon había observado que cuando se reúnen varias fuerzas individuales surge una nueva fuerza, un cociente de eficacia del trabajo, superior a la simple suma de las fuerzas personales aisladas. Y es siempre Marx quien en su libro "El capital" recurre al ejemplo del escuadrón de caballería cuya fuerza de ataque es superior a la suma de las fuerzas puestas en juego por cada uno de los soldados separadamente. Así en el trabajo es distinta la suma, la simple suma de las fuerzas de los obreros que trabajan aisladamente, a la fuerza que se desenvuelve cuando todos ellos trabajan ordenada y coordinadamente en una misma operación. Es la virtud maravillosa de la cooperación que hace actuar y moviliza a las que Marx ha llamado fuerzas naturales del trabajo social, y los productos de esas fuerzas el capital se los adueña sin retribuirlos. Se dice que le corresponden, que le pertenecen, porque es precisamente misión del capital hacer posible y determinar la cooperación, y, en efecto, en la sociedad capitalista sólo el capital puede costear la formación de esos grandes centros de labor en que se reúnen muchas fuerzas individuales para crear, bajo la égida de la división del trabajo, esa grande y nueva fuerza colectiva; pero en una organización social donde la sociedad desempeñase la misión y tuviera los medios de montar ella por sí sola los mecanismos orgánicos de la producción, prescindiendo de la intervención parasitaria del capital, los productos de esa nueva potencia económica recaerían por entero sobre la colectividad, una colectividad de trabajadores, desde luego.

Y no es ni siquiera necesario encarar el problema desde el punto de vista ético. No hay por qué hablar de justicia, palabra un poco abstracta, que dentro de la concepción del determinismo económico contiene tan sólo una relatividad histórica contingente; basta referirnos a las conveniencias sociales, identificadas con los intereses del trabajador. Y por ese camino se llega, es lo curioso, a una solución de justicia y, lo que es más curioso todavía, a una solución de justicia cuyo fundamento y razón derivan de los principios mismos de la economía burguesa.

## SOCIALISMO Y MOVIMIENTO OBRERO

El mayor mérito de Marx, en concepto de

Jaurès, consiste en haber acercado y confundido la idea socialista y el movimiento obrero. Los reformadores utópicos no aparecen como representantes del proletariado, por lo mismo que el filósofo y pensador del siglo XVIII no se propuso una clase determinada, sino de toda la humanidad. Con Marx el socialismo adquiere además del carácter de concepción teórica científica, la de movimiento y acción mundial, internacional de clase. Ambos caracteres van inseparablemente unidos como los dos elementos constitutivos de una misma sustancia química, como el hidrógeno y el oxígeno que componen el agua. La agitación proletaria sin la ideología socialista, no es socialismo; el socialismo o la ideología socialista abstracta, divorciada de la acción de clase del proletariado, es socialismo en el vacío, a medias, más o menos utópico, perteneciente si acaso al orden de ciertas especulaciones políticas o de ciertas manifestaciones puramente intelectuales, algo así como una especie de flor del aire del espíritu humano

## EL SOCIALISMO EN EL URUGUAY

Un movimiento semejante, es decir, una manifestación local de ese movimiento universal debía por fuerza surgir en nuestro medio donde existe el proletariado, donde hay, en las ciudades y en el campo, una cantidad de hombres sometidos como productores al régimen del salario y del capital; donde existe el régimen jurídico de la propiedad privada de la tierra y demás medios de producción; donde hay, en grado relativo, naturalmente, la sustancia viva, el elemento activo del movimiento y las razones, las causas de organización social que lo hacen necesario en todas partes.

Para propagar las ideas socialistas y propender a la evolución de la vida nacional en sentido socialista, propiciando y preparando la implantación del socialismo, se ha constituido entre nosotros, hace algunos años, un partido, organización política de la clase trabajadora. Ese partido ha expresado en forma sintética, un documento que contiene el esquema de su ideario, los móviles de su acción, así como su acción misma, y a mí me parece conveniente referirme siquiera sea a una parte de este documento, con cuyos puntos de vista, por ser su autor, estoy en un todo de acuerdo. Voy a permitirme leer un breve fragmento de esa declaración de principios:

"En nuestro país rige, como en casi todas partes, el sistema capitalista, origen de tantas miserias, injusticias y desigualdades; y eso hace imprescindible entre nosotros también, la organización del proletariado para la defensa de sus derechos y la realización de las transformaciones fundamentales necesarias para la desaparición de aquéllas.

"Es el nuestro un país donde, como ocurre en todo el continente sudamericano, la propiedad de la tierra asume todavía formas semifeudales, con los despoblados latifundios en que un proletariado ignorante y sumiso vegeta en el atraso y la abyección entre sueltos ganados que son la ingente riqueza de unos pocos grandes señores del suelo nacional.

"Hay, pues, una cuestión agraria por resolver, y que sólo podrá ser resuelta mediante la firme voluntad y el claro criterio de una clase productora consciente de sus intereses y dispuesta a promover, para decisivo impulso del progreso colectivo y para bien de los destinos nacionales, la desaparición del latifundio privado, determinando así el natural desarrollo demográfico que será espontánea consecuencia de dicha desaparición.

"El Partido Socialista surge para ser factor de las sucesivas transformaciones orientadas hacia la implantación del socialismo. Llama al pueblo trabajador a congregarse en sus filas de partido de clase, entendiendo que para formar la gran fuerza consciente que ha de realizar esa metódica y profunda revolución deben aprovecharse los derechos políticos inherentes a la democracia y que la conquista democrática de los poderes públicos es una finalidad vinculada a la posibilidad de esas realizaciones decisivas; al mismo tiempo que propicia la organización de los trabajadores en el campo económico y gremial, por considerarla otro de los medios eficaces de oponerse a los abusos del capitalismo y de obtener el mejoramiento de los productores, condición indispensable a la organización y crecimiento de las grandes huestes emancipadoras."

Esta declaración de principios comienza con la constancia de que la apropiación privada de los medios de producción y de cambio —y podría añadir la riqueza en general— frente a la producción que se realiza en forma social, constituye el signo característico del régimen económico sobre el que descansa la organización del régimen capitalista.

Una de las comprobaciones más trascendentales del manifiesto comunista en que Marx y Engels enunciaron las bases científicas del socialismo moderno, es la de que en el seno del orden social contemporáneo se advierte una contradicción profunda: mientras la pro-

ducción ha llegado a ser un fenómeno eminentemente social, y lo es cada día más, la apropiación continúa siendo individual y exclusivista. [...]

Y si ese conflicto perdura es porque las normas jurídicas que reglamentan el hecho económico de la propiedad, no han evolucionado de acuerdo con las modificaciones sufridas por las fuerzas y los modos de producir; pero el factor económico, las fuerzas materiales del trabajo, creadoras de toda riqueza y sostenedoras de la vida social tendrán que ponerla en consonancia con las formas actuales vivas de dicho factor, adaptándolas en una marcha incesante hacia la nacionalización. Y de ahí que la total desaparición de la propiedad privada de los medios de producción y cambio, deberá operarse indefectiblemente. En otros términos: el movimiento socialista que tiende a modificar o sustituir la constitución jurídica de la sociedad; que suscita o impone nuevas formas de derecho suplantando las antiguas; que trata de suprimir ese conflicto, el de la fuerza productora con el sistema de apropiación en el sentido de la evolución histórica, propiciándola, librándola de obstáculos y respondiendo al imperativo categórico de las circunstancias que la determinan y la impulsan.

## PROPIEDAD Y PROPIETARIOS

El desarrollo mismo de la economía capitalista conduce al capital hacia formas de socialización que ponen bien en evidencia su índole parasitaria. Ese desarrollo, que lleva el crédito a sus últimos extremos y provoca grandes crisis, formidables crisis periódicas, como consecuencia de la anarquía reinante en campo de la producción, da lugar a la socialización de grandes masas de medios de trabajo, como ocurre en las sociedades por acciones. Muchas veces esas grandes fuerzas de producción y de circulación, tienen desde el principio proporciones tan gigantescas que no admiten otra forma de explotación capitalista, como, por ejemplo, los caminos de hierro, las líneas de navegación, etc. A veces el estado se hace cargo de la dirección de esa fuerza productora, y debe hacerlo, por lo demás, cada vez que una de esas poderosas empresas ejerce un monopolio de hecho sobre toda una zona de la riqueza social sometiendo al pueblo todo a un verdadero vasallaje económico.

Entretanto se va viendo a lo que queda reducido el papel social de los capitalistas, que en calidad de accionistas, se limitan a embolsar los dividendos y a cortar de tanto en tanto un cupón para cobrar las rentas correspondientes. *Pero es ley inevitable en la historia que cuando una clase deja de cumplir en la compaginación social una misión útil, necesaria, esa clase se acerca rápidamente al momento de su caída o de su desaparición.* Los nobles y los señores feudales quedaron condenados a desaparecer como clase el día en que la invención de la pólvora y la fabricación de las armas de fuego hizo posible la transformación de cada campesino o de cada artesano en un soldado, y no tuvo ya entonces más razón de ser el mantenimiento de los señores con sus gentes en armas para que hicieran la guerra mientras el pueblo bajo trabajaba. Así también las formas de trabajo, que reducen o que relegan a los capitalistas a un papel absolutamente pasivo decretan la muerte histórica de su clase. Las sociedades por acciones, cuyo número crece cada día, ofrecen la particularidad de que en ellas desaparece todo medio de unión entre el objeto de la propiedad y la persona del propietario. *Los accionistas de esas grandes empresas a menudo ignoran en absoluto la marcha y el funcionamiento de las mismas. En estos países de América actúan muchas de esas colosales empresas, cuyos accionistas no saben ni siquiera el sitio que ocupamos en el mapa y se gastan bonitamente en Londres, Nueva York o París, los dividendos de nuestros ferrocarriles, de nuestros tranvías, de nuestros frigoríficos.* [...]

## LA LUCHA DE CLASES

El socialismo lleva a la clase obrera a esa lucha. Mejor dicho: lleva hasta ella la conciencia de esa lucha y la aptitud colectiva para sostenerla con éxito; pero no la crea, porque ella es inherente, como acabamos de ver, a la organización económica de la sociedad capitalista. Las luchas entre la burguesía y el proletariado preceden al socialismo. Los trabajadores suelen no necesitar de las prédicas socialistas para sentir sus propias penurias y la necesidad de luchar contra ellas.

..........................................

Nosotros deseamos que conquiste el poder pacífica y democráticamente, y que al mismo tiempo que la clase obrera va creciendo en potencialidad de acción, crezca en capacidad de dirección y comprensión, porque no nos parece deseable que la clase obrera de un país se adueñe del gobierno antes de estar preparada para dar racional solución a los problemas inherentes al ejercicio del poder y a los cambios sociales que le tocará llevar a término. [...]

# LA MAQUINA, FACTOR DIRECTO DE EVOLUCION HISTORICA

*Reportaje a Frugoni publicado por el diario "Crítica" de Buenos Aires en abril de 1933*

—¿CREE usted que el maquinismo ha modificado los fundamentos de la vida?

—Spengler, en "El Hombre y la técnica", al sostener que lo que distingue a las civilizaciones no es la forma ni el instrumento, sino el espíritu, (la "edad de piedra" sería la edad del hombre que sólo sabe hacer uso de la piedra), parecería querer indicarnos que, en vez de preguntarnos si el maquinismo ha modificado los fundamentos de la vida, deberíamos preguntarnos si los fundamentos de la vida no han modificado la técnica del hombre. Yo diría que no cabe invertir los términos, porque si el hombre crea herramientas —Franklin lo define como "el animal que crea herramientas"— para responder a un destino y a su naturaleza esencial, sabido es que las cosas por él creadas van formando el cauce de la vida y le imponen su voluntad inerte. La máquina, que, según la observación de Marx es, en sus sucesivos perfeccionamientos, el signo de los diversos estados sociales ("el molino de agua nos pone ante la sociedad feudal; el molino a vapor, ante la sociedad capitalista"), constituye, sin duda, un formidable factor directo de la evolución histórica, como que forma parte de esa gran palanca del mundo material y moral que son las fuerzas productoras, y acaso podría decirse que es, en síntesis, la más tremenda expresión gráfica de esas fuerzas.

—¿Cuál es, a su parecer, el aspecto más importante de esa cuestión?

—No cabe duda que el más importante aspecto de la cuestión planteada por la influencia del maquinismo sobre la vida moderna es el de su conciliación con los intereses humanos de la sociedad. Porque la máquina, que debiera ser esclava de hierro llamada, como creía Aristóteles, a suprimir la esclavitud, esclavizó al hombre en la persona de los proletarios, a quienes sometió a larguísimas jornadas de trabajo, y porque se vuelve, en manos de una clase privilegiada, un medio de opresión económica y de más hondo desequilibrio social. El problema que se presenta, pues, a la sociedad contemporánea, en lo relativo a la acción del maquinismo sobre la suerte humana, es el de la sumisión de la máquina a los intereses generales, el de la sujeción a su racional destino histórico, que no es el de perjudicar al hombre, y especialmente al productor manual, sino el de beneficiarlo y servirlo. Tratándose de un elemento que tanto puede y tanto influye sobre la vida colectiva ¿cómo no comprender que no debe ser librado al interés individual, al afán de lucro o al simple cálculo de las empresas privadas? La socialización de la maquinaria y la regulación de su potencialidad productiva, de acuerdo con

las necesidades sociales, es la solución única del problema.

—¿Ha tenido la máquina influencia sobre la mentalidad humana?

—Si el hombre más piensa y siente según vive que vive según siente y piensa, muy grande debe ser por fuerza el influjo de la máquina, factor poderoso de nuevas formas y maneras de vida, sobre la mentalidad humana. Muy lejos nos llevaría rastrear esa influencia a través de todos los sectores sociales. Piénsese sólo en lo que dentro del campo obrero, tiene que haber sido para la mentalidad y el espíritu de los trabajadores un elemento mecánico que congregaba en torno suyo a multitudes de hombres, que los sustraía de su labor de los campos, de la existencia rudimentaria de los villorrios y de la organización medieval del pequeño taller casi familiar —célula y base del régimen corporativo— para aglomerarlos en grandes fábricas, en vastas usinas.

—¿Qué invención mecánica ha revolucionado más profundamente los gustos y las costumbres modernos?

—Las fuerzas propulsoras han sido, desde luego, las grandes revolucionarias de la técnica industrial. La aparición del vapor como energía, abre la era de la revolución industrial contemporánea, que surge allá por 1830 en Inglaterra, y se desarrolla con la aplicación del gas, entrando en una nueva fase —acaso una nueva revolución técnica— con la electricidad. La culminación del proceso de perfeccionamiento técnico es, por ahora, la organización científica del trabajo y la realización, que equivalen a la aplicación de nuevos medios de producción en cuanto introducen métodos para el mejor aprovechamiento del esfuerzo y de la iniciativa humanos. En el juego de ese proceso, creo que corresponde a los medios mecánicos de transporte el honor de ser los que más profundamente revolucionan las costumbres. Parece comprobado que en la historia de la esclavitud los medios de transporte desempeñan un papel relevante.

—¿Es la desocupación un resultado del maquinismo?

—El maquinismo ha contribuido a la desocupación, acelerando el proceso de superproducción en el régimen económico capitalista, pero si bien es un factor de paro forzoso, no se puede decir que sea la causa fundamental del fenómeno.

—¿Es el causante de la crisis actual?

—Lo mismo puede decirse de todas las crisis, uno de cuyos más graves y dolorosos aspectos es la desocupación, la crisis del trabajo. La crisis es el efecto periódico y previsto de un sistema de producción y de cambio que acumula en su seno elementos para producir siempre más, bajo el espoleo de una ley que le es inmanente y que le ordena multiplicar el provecho en proporción al capital creciente que la industria debe invertir en nuevas instalaciones y maquinarias más perfeccionadas por imposición de la concurrencia. Esta ley lleva a los empresarios a aumentar la parte de capital constante en relación a la parte del capital destinado a salarios. Y dos acumulaciones se van efectuando: la de productos, que por su abundancia se deprecian; y la de obreros desocupados, que pierden capacidad de consumo y deprecian, como "ejército de reserva del capital", la mano de obra.

Todas las preguntas que siguen quedan, a mi juicio, contestadas, en lo fundamental, con los conceptos que he venido exponiendo.

Sin participar del mecanismo optimista del autor de "Sa Magesté La Machine", y dando razón a Philip en su refutación al autor de "Standar", no creo razonable una reacción contra la máquina en nombre de la felicidad humana y de los destinos morales de la civilización. Renegar de la máquina y del maquinismo es renegar del progreso, del genio del hombre y de las glorias de la ciencia. Hay en esta encuesta de "Crítica" una pregunta que vale por toda una solución, ya que formularla es responderla, y responderla es expresar un criterio histórico que arroja intensa claridad sobre el camino técnico de las sociedades: ¿Qué hubiera pasado en el mundo si, en lugar de ser la máquina una aliada del capital, lo hubiera sido de la clase trabajadora? Pues que no hubiera habido crisis de superproducción —que lo son también de infraconsumo relativo— ni hubiera habido explotación inhumana de hombres, mujeres y niños, ni obreros muertos de hambre en medio de la acumulación de productos y riquezas que se destruyen porque no hay quien los compre. La máquina al servicio de la sociedad, deber ser la palabra de orden, si se quiere que ella sea, junto a los obreros, un fantástico hermano de acero que los auxilie y ampare, en vez de ser un terrible competidor que se cobra, con su miseria y su hambre, los dones del progreso traídos a la sociedad y a la historia sobre sus brazos vertiginosos. La máquina produciendo para las necesidades colectivas y no para el provecho del capital. He ahí la fórmula de una economía humanizada.

# VIOLENCIA Y LEGALIDAD

SOSTENÍA Frugoni que *"el socialismo no es tan iluso como para creer, al igual que ... gunos reformadores de otros tiempos, que puede esperarse la emancipación completa del proletariado de la buena voluntad de la burguesía, que no renunciará por cierto a aprovecharse de él"*. ("Génesis, esencia y fundamentos del socialismo", pág. 386, tomo II.) Era consciente de que la legalidad depende en definitiva de las clases dominantes. En el libro citado (pág. 382) sostuvo que el socialismo "no se paga de lo que se han llamado las libertades formales". Y en "Las tres dimensiones de la democracia", pág. 74, escribió que "ciertas libertades jurídicas en el fondo no son sino medios de opresión y de explotación económica; y para los proletarios, nada más que la clásica libertad de morirse de hambre". Y que "el armazón jurídico de lo que se llama régimen de la libre concurrencia, no ha sido nunca sino el régimen de la más dura explotación del hombre por el hombre y del enriquecimiento sin escrúpulos".

No obstante, Frugoni consideraba que "el proletariado debía reclamar enérgicamente las otras libertades, que constituyen para él una necesidad histórica" y aconsejaba "no mirarlas con recelo sino montar guardia junto a ellas cuando se han conquistado" (obra citada, págs. 74 y 75).

En el seno de la propia Asamblea Nacional Constituyente de 1917, ante el coro de los "No apoyados" de los partidos tradicionales, habló de los "engañosos semidioses de la mitología burguesa: el dios progreso, las diosas libertad, igualdad, patria, justicia".

Reclamando la vigencia de la legalidad Frugoni tenía muy claro que ella no regiría sino en la medida del interés de las clases dominantes. No por debilidad, sino por táctica prefería dejar a los enemigos de clase el estigma de desatar la violencia.

En un folleto sobre socialismo, redactado y publicado por él y luego varias veces reeditado por el partido, sostuvo: *"Se le atribuye al Partido Socialista la preconización de la violencia como método regular de acción para que los obreros alcancen sus objetivos, porque nuestro partido adopta el principio de la lucha de clases. Es ésta una solución que no debemos dejar prosperar. Desde luego admitiríamos una acción insurreccional en el caso de que un gobierno, desgarrando la constitución en sus preceptos esenciales, arrebate al pueblo trabajador las libertades y derechos que le son indispensables para organizarse y defenderse frente a las fuerzas coligadas del capitalismo. Sólo ante una situación de arbitraria ilegalidad o de efectiva reacción gubernamental contra los principios democráticos, pensaríamos en conquistar por los caminos de la violencia de abajo lo que nos negara la violencia de arriba."*

Después de referirse al ejercicio de la ac-

ción directa a través de más de cuarenta guerras civiles, en muchas de las cuales se llevaba a los peones a morir por los intereses de sus patrones agregó, refiriéndose a la posibilidad de que el socialismo convocase a una revolución armada: *"Sería ésta, después de todo, la única vez que los trabajadores habrían realizado un esfuerzo de tal índole en provecho propio. Nosotros los exhortaríamos, sí, a que lo hiciesen, porque ninguna finalidad en la historia merece tanto como ésa, cualquier sacrificio del pueblo obrero para alcanzarla."*

A raíz de los sucesos internos en el Partido Socialista ocurridos en 1962, en discrepancia con la resolución mayoritaria favorable a una coalición electoral con un pequeño grupo político del tradicionalismo, encabezó una escisión, y a instancias suyas se reunió en Salto el congreso constituyente de la nueva agrupación socialista. Aquel congreso tuvo lugar el 1º de mayo de 1963 en la ciudad citada. Al aprobarse la declaración de principios, Frugoni propuso, tras una sólida y extensa fundamentación doctrinaria, el siguiente agregado: *"Pero ello no implica renunciar, si las circunstancias históricas lo exigen, a ningún tipo de acción tendiente a impedir, dentro de las condiciones naturales de nuestro medio, que el pueblo sea estafado en su destino histórico."* ¡Tenía 83 años! y continuaba reivindicando el derecho de "contestar con la violencia de abajo a la violencia de arriba". (Los compañeros de Salto guardan como una reliquia ese manuscrito

Violada la legalidad por el decreto de 12 de diciembre de 1968 e incautada la "Casa del Pueblo", opinó que de ningún modo era posible entregar pacíficamente la sede partidaria. Como en 1933 cuando se dispuso a defender como decano con su vida si hubiera sido preciso, la autonomía universitaria, como en 1934 cuando expuso su integridad física apostrofando al dictador en trance de jurar una nueva constitución, en 1968 estaba dispuesto a encabezar una pequeña columna para tomar por la fuerza y con la fuerza defender la "Casa del Pueblo" arrebatada por un acto arbitrario del poder. Aunque provisoriamente se perdiera aquella batalla que habría que librar con fuerzas muy superiores, la derrota provisoria sería sólo aparente, porque mediaría un hecho capaz de conmover a la opinión pública y remover en sus cimientos las célebres "instituciones" que con su silencio cómplice daban su asentimiento a la alcaldada del despojo y la "disolución". Obstó a que Frugoni culminara su vida con este hecho dramático la circunstancia de que perteneciendo él a un grupo que no era la mayoría dentro del partido, otros eran los titulares de los derechos sobre la sede partidaria incautada, todavía hoy condenada a ser un cementerio, bajo la jurisdicción de un juez que no se sabe a qué título la retiene.

Transformado en ciudadano clandestino, aunque cínicamente después de muerto le hayan decretado a sus despojos "honores de ministro de estado", Frugoni sentía el orgullo de ser un proscripto del régimen cuya persecución era el único homenaje que podía aceptársele sin desmedro.

•

# FRUGONI UNIVERSITARIO

*(De la versión taquigráfica de la clase inaugural, año 1927)*

## CÁTEDRA DE LA LEGISLACIÓN DEL TRABAJO

La cátedra que tengo el honor de inaugurar viene a incorporar a los estudios de esta casa una disciplina reciente; un conjunto de conocimientos cuya reunión en asignatura data de muy pocos años en las universidades del mundo. Entre las ramas del derecho y de las ciencias sociales ésta es la más joven, como que las legislaciones del trabajo y de la previsión social que aquí estudiaremos, sólo desde pocos años han adquirido importancia y volumen. No cabe ahora fijar el nacimiento y seguir el desarrollo de esas legislaciones. Baste decir que las grandes leyes de protección a los trabajadores aparecen a fines del siglo XIX y principios del siglo XX, y que las primeras y muy tímidas leyes de fábricas en el mundo moderno —las Factory Acts inglesas— sólo se remontan a los años 1802 y 1818, sin alcanzar sino muchos años después, allá por 1847 y 1850, y tras una muy gradual y parsimoniosa marcha legislativa, complementaciones apreciables.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

El industrialismo moderno ha provocado el nacimiento de ese derecho por doble manera: creando las condiciones sociales y los problemas que le dan base y razón de ser, y creando las grandes masas de obreros organizadas que constituyen la fuerza, directa o indirectamente determinante de su aparición y desarrollo. En el campo jurídico el derecho obrero y la legislación social constituyen un signo característico de la época. Ese derecho abre la vía al paso de una civilización, esa que alguien ha llamado "civilización del trabajo" y que es aquélla en la que nada podrá prevalecer sobre las prerrogativas sociales del hombre como productor.

El campo de acción del estado ha debido ampliarse ante la presión de las nuevas reivindicaciones jurídicas, que dejaron fuera de la realidad histórica las concepciones de un estado pasivo frente a los conflictos del capital con el obrero y sin más misión social que la de actuar como "juez y gendarme" —según la vieja fórmula spenceriana— para la defensa de la propiedad y el orden establecido.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

En el concepto exacto de la legislación moderna no se trata de ser compasivos con los trabajadores, sino de ponerlos, por obra del reconocimiento activo de los que son derechos inmanentes de la personalidad humana y obrera, en las condiciones y situación que corresponden a su potencialidad social y política de clase y que mejor convienen a los intereses de la colectividad.

Y me parece oportuno insistir sobre este concepto de que ya no se trata de ser compasivos con los trabajadores, porque la

protección legal del obrero suele ser uno de los tópicos preferidos de lo que podríamos denominar la "filantropía parasitaria".

Abundan las personas y hasta los grupos y partidos políticos que sientan plaza de altruistas, humanitarios, generosos y sentimentales abogando por dicha protección. Ellos creen que el problema de la situación de los trabajadores y de las condiciones del trabajo, ha de resolverse a base de sentimientos y de principios morales, viendo una cuestión de sensibilidad y de criterio moral, en lo que es una cuestión de organización social y de estructura económica. Voy a explicarme recurriendo a un ejemplo. En la discusión de la ley francesa de 1841 se citaba la siguiente frase del arzobispo de Rouen: "En estos días de progreso y de descubrimientos, es preciso una ley para prohibir matar a los niños con el trabajo."

Frente a esa frase los industriales quedan en situación comprometida, como ogros devoradores de niños... Había, sin duda, en ellos una sensibilidad atrofiada para la percepción de los dolores ajenos en la persona de los niños que explotaban. Los capitalistas suelen no sentir como los obreros. El que aprovecha de una situación no siente —respecto de todo aquello inherente a la misma— como sienten los perjudicados por ésta. Eso es propio de la naturaleza humana. La lucha industrial es dura y endurece los corazones. Además, aunque individualmente cada fabricante sea capaz de conmoverse ante las penurias de sus obreros, su punto de vista respecto del papel que desempeña en la explotación, o si queréis decirlo con otra palabra, en la utilización del trabajo, tampoco suele coincidir con el punto de vista de aquéllos ni con el de los que miramos las cosas desde afuera. A menudo cree que es un benefactor de sus operarios, grandes o chicos, porque les da trabajo y les proporciona la ocasión de ganarse un salario. Cuando se habla del trabajo de los niños y de la necesidad de sus limitaciones, le oímos decir: "¿Qué sería de ellos si no les acogiéramos en las fábricas? Están mejor en el taller y ganándose un jornal, que en la calle muriéndose de hambre." Y no son pocos, en todas partes, los industriales que pueden demostrar cómo vienen las madres proletarias, en cantidades, a pedirles que empleen a sus hijos por lo que quieran darles.

Cuando Pitt dijo a los manufactureros ingleses que se le quejaban de que las guerras napoleónicas sustraían los brazos a las fábricas y las dejaban desiertas de operarios: "Emplead a los niños", pronunció una frase monstruosa que encierra en su brevedad cruel todo el sentido de la organización capitalista.

.......................................

Dos criterios fundamentalmente opuestos llegan a coincidir en el plano de las realizaciones de la legislación obrera, aunque encarándola con preocupaciones y aspiraciones distintas que a menudo se traducen o reflejan en el alcance y el grado de eficacia reformadora de la ley. Unos ven en esa legislación un punto de llegada; otros un punto de partida. Los primeros son aquellos para quienes el régimen social es inmutable en sus fundamentos económicos y sólo le reconocen defectos más o menos graves que pueden ser corregidos. La legislación protectora del obrero tendría esa misión: suprimir en el terreno de las relaciones del trabajo con el capital o en el de la existencia de los productores, los inconvenientes prácticos de un régimen social que con las correcciones impuestas por una legislación sabia y humanitaria, se va acercando a la perfección, o poniéndose por lo menos en condiciones de ser considerado como el menos defectuoso de todos los sistemas posibles de organización económica.

Los segundos son los que aspiran a modificaciones básicas y decisivas, a reformas trascendentes y profundas. Éstos no pueden ver en la simple legislación obrera una meta final, sino un punto de apoyo, y tratan de que ella sea una sucesión de etapas en el camino de renovación constitucional de la sociedad. Es para ellos, como he dicho, un punto de partida, sin duda trasladable, renovado incesantemente en sentido de avance, y siempre superado. En esa legislación, más que el medio de corregir los inconvenientes de una organización fundamentalmente arbitraria o caduca, ven el medio de preparar las condiciones necesarias para sustituirla por otra.

• Pero debo poner punto final a esta que debió ser una breve disertación, a manera de prólogo. No sin antes declarar que me esforzaré en mantener este curso fuera de las normas corrientes de la oratoria, prefiriendo que nuestras clases se desenvuelvan a base de simples conversaciones en tono

familiar. Siempre he pensado que el inevitable tic de histrionismo que hay en toda manifestación atildada de la oratoria, resulta intolerable en la función de la cátedra, y que el arte de enseñar está reñido con ese otro arte un poco escénico de la elocuencia deliberada. Yo quiero ser, como otras veces, un compañero de mis discípulos. Quiero hablarles con llaneza de camarada e inducirlos a colaborar conmigo en la tarea de desarrollar el curso. Aprenderé con ustedes y emprenderemos juntos algunos trabajos de seminario para dar a esta enseñanza una trascendencia práctica de utilidad inmediatamente palpable.

Aspiro a que esta cátedra sea en realidad un órgano vivo de extensión universitaria. Aquí se estudia una materia que no está todavía incorporada al plan de estudios y que puede interesar a muchos que no son estudiantes. Ninguna asignatura trae en mayor grado que ésta la palpitación de la vida moderna en sus manifestaciones sociales, al ambiente de las aulas. Aquí se trata del trabajo, base de la vida social, en sus relaciones con la organización jurídica, aquí se trata de la ley frente a las condiciones y a los problemas sociales del trabajo. Puede decirse que este curso ha de ser una ventana abierta por la cual la universidad se asome a la vida y a la suerte del trabajo. A mí me ha tocado el inmerecido honor de abrir esa ventana. El mayor deseo es que sean muchos los que voluntariamente me acompañen a mirar por ella.

## FRUGONI, DECANO DE LA FACULTAD DE DERECHO

*Texto de la circular emitida al asumir el cargo el 1º de abril de 1932:*

"A los profesores corresponde asumir sus tareas con un sentido muy agudo del deber, llegando hasta la abnegación si es preciso para satisfacer las exigencias de su cargo, en la seguridad de que no ha de faltarles como la más preciada de las compensaciones, el respeto consagratorio que los alumnos no dejan de dispensar a quien adquiere ante ellos, el único prestigio legítimo en una casa como ésta; el de la capacidad y la labor. A los estudiantes, en quienes es apreciable y auspiciosa la creciente preocupación por los problemas universitarios, por la marcha de la facultad, por la eficacia de este centro de estudios, corresponde encarar estos problemas con la vista más atenta a los elevados intereses de la cultura nacional, que a sus propias conveniencias inmediatas, haciendo ellos también acto de abnegación al sacrificar la tendencia natural y hedonista de seguir el camino más fácil, en aras al dictado viril y austero de trabajar cuanto sea necesario para alzar el nivel intelectual de las aulas y de las profesiones. Unos y otros forman una sola corporación y han de confraternizar en el trabajo, sintiéndose asociados a una obra que sólo puede llevarse a cabo debidamente en la armonía y la cordialidad.

Por encima de unos y otros están los destinos de la civilización intelectual del país y de los valores espirituales de la nación que constituyen el más brillante de los patrimonios comunes. Ellos valen más que los egoísmos gremiales de quienes enseñan y de quienes aprenden. En la medida en que estos egoísmos cedan ante aquellas altas solicitaciones del interés colectivo, tanto en un medio de acción como en otro, la universidad irá acercándose al más acabado cumplimiento de su misión.

A las autoridades toca, entre tanto, interpretar esos mandatos superiores que pertenecen al programa de una causa de renovación con la que están comprometidos los estudiantes de la facultad y no pocos profesores. Y en mi carácter de decano trataré de atraer todas las sanas intenciones de mejoramiento a una constante cooperación queriendo asimismo mantenerme en íntimo contacto con todos los componentes del claustro para recibir directamente y tener el oído atento a las sugerencias de su espíritu, en una auscultación cuidadosa que recoja de inmediato los menores latidos de la corporación universitaria. Sólo soy para catedráticos y alumnos, un compañero de trabajo con alguna responsabilidad más en el radio de ciertas funciones. A ellos me dirijo, pues, invocando lazos de compañerismo. Estos han de bastarme para conservar la disciplina necesaria a la mayor eficacia de nuestra labor común. Soy de los que creen que en una casa de la inteligencia, la disciplina no ha de descansar en el principio de la autoridad sino en la armonía espontánea e inteligente de las voluntades."

## MENSAJE DE DECANO EN EL DESTIERRO

*(8 de junio de 1933)*

Desde que la dictadura me sustrajo al ejercicio de mis funciones de decano de la Facultad de Derecho de Montevideo desterrándome como "agitador inconveniente", estoy adeudando a los profesores, autoridades y estudiantes de la misma, como también a los demás universitarios de mi país y aun al pueblo todo, al que la universidad se debe en cuanto órgano y taller de la cultura pública, un planteamiento categórico de mi situación y de mi conducta para que se sepa por las que me creí obligado a proceder, desde mi puesto de decano, en la forma que lo hice. (*) La esperanza de volver pronto a mi patria, donde podría ventilar el asunto cerca de todos los directamente interesados en él, me retuvo en la un tanto desidiosa postura de un mutismo cómodo.

.......................................

Debo aclarar que mucho ha contribuido a mantenerme en aquella actitud el hecho de que mis actos encontraron la comprensión y hasta el aplauso de la mayoría de los universitarios uruguayos, dándose el caso de que en una asamblea de derecho, celebrada inmediatamente después de mi deportación, sólo uno se negara a solidarizarse con mi posición, remitiéndome a Buenos Aires una serena justificación de su negativa en términos de personal estima, cuya lealtad y franqueza deben reconocerse.

A ese profesor, el doctor José Irureta Goyena (h.) —que me reprochaba el haber adoptado, ante "infundados" rumores de intervención en la universidad un temperamento de precipitación que conspiraba contra la neutralidad política de la casa— le respondí señalándole la ingenuidad que entrañaba no advertir que esa pretendida "precipitación" había impedido el atropello de la autonomía universitaria. Pero lo que más puede prestarse a discusión no es la decisión de quedarnos a velar en la casa, para que la intervención —ya resuelta— no lograse eludir el encontrarse en la facultad con el ambiente de repudio moral que le correspondía. Porque una intervención es una cosa tan inaudita e insólita en nuestra universidad, y tan reñida con la elemental noción de los fueros de su autonomía, que una resistencia organizada contra ella constituye un acto obligado para todo universitario que se respete, sin distinción de opiniones partidarias y por encima de cualquier índole de solidaridades políticas. Lo que plantea el verdadero problema existente en el caso es el alcance de las declaraciones formuladas por el decano frente a una situación política, frente a la cual se creyó autorizado a pronunciarse como tal, en documentos que emanaron de su pluma bajo la gravitación de sucesos que la historia juzgará, pero que desde el punto de vista democrático tienen ya su calificación precisa. El problema consiste en saber si las autoridades de una Facultad de Derecho de un país republicano incurren en parcialidad de política militante cuando protestan contra los atropellos a las normas de derecho que en materia política se expresan por los principios de una constitución.

.......................................

El concepto de que la universidad es un órgano técnico para la preparación neutral de aptitudes profesionales o de capacidades culturales, no ha de llevarse tan lejos, sobre todo tratándose de la facultad que enseña derecho privado y público, que la separe del espíritu que preside el engranaje institucional, y la vuelva indiferente a cualquier cambio de estructura política.

.......................................

Yo consideraría en falta con su deber a una Facultad de Derecho que frente a la sorpresa de un golpe de mano que arrasa desde arriba, con la constitución y el parlamento libremente elegidos, quedase tranquilamente entregada a mirar el humo de sus chimeneas intelectuales.

He ahí por qué asumí la responsabilidad de condenar, como decano, la dictadura, y de acompañar a los estudiantes en su agitación contra ella. Hoy me cabe

---

(*) Producido el golpe del 31 de marzo de 1933, Frugoni se dirigió a la Facultad de Derecho encerrándose en la casa de estudios junto a más de trescientos estudiantes que le acompañaron dispuestos a resistir cualquier intento de avasallar la autonomía universitaria. Esa actitud se prolongó hasta el día 1º de abril en que por vía del rector el gobierno le hizo saber que la autonomía sería respetada.

Ante la garantía que se acordaba, previa deliberación entre decano y estudiantes, hicieron abandono del local, oportunidad en que Frugoni fue detenido y conducido al cuartel de Blandengues y de allí conducido al destierro.

la honda satisfacción de ver al conse,. de la facultad, recientemente integrado, tomar una resolución que es todo un gesto de altiva entereza cívica: mantener clausurada la casa mientras no sea reintegrado a sus funciones el decano expatriado como "político agitador"

EMILIO FRUGONI
DECANO DE LA FACULTAD DE DERECHO
EN EL DESTIERRO

## JUBILACIONES OBRERAS

Frugoni acostumbraba llevar su Cátedra de Legislación del Trabajo, fuera del ámbito de la Facultad de Derecho, generalmente a los sindicatos obreros; y daba al desarrollo de las clases un carácter fermental en que promovía verdaderas polémicas entre alumnos, simples oyentes, y profesor.

En la clase dictada el 6 de junio de 1928 en el "Centro Protección de Choferes" sobre jubilaciones obreras, desarrolló la tesis de que las jubilaciones debían extenderse a todos los obreros, no sólo a los pocos que entonces la disfrutaban, y que las cajas debían financiarse con aporte patronal y del estado, exonerándose a los trabajadores "porque éstos con su trabajo nutren el capital y producen la prosperidad de la empresa".

Así fundamentaba Frugoni, desde la cátedra, su "ardiente aspiración" de que de una vez se estableciera un régimen general de jubilaciones obreras:

[...] Nosotros francamente desearíamos que en vez de presenciar la entrada de un gremio hoy y otro gremio mañana al radio de los beneficios y seguros sociales, viéramos entrar de una buena vez, de golpe, a toda la clase trabajadora y asalariada del país al beneficio de las jubilaciones, sobre todo porque a veces se van creando, con motivo de estas leyes parciales, situaciones de desigualdad dentro de los mismos gremios que no dejan de ser antipáticas e irritantes. [...]

Nosotros, por consiguiente, debemos aspirar ardientemente a que en vez de estarse satisfaciendo por secciones las necesidades y aspiraciones de los trabajadores del país, dando hoy entrada a un gremio y mañana a otro al derecho de la jubilación, se dé entrada a todos de golpe, financiando suficientemente el beneficio para que todos queden perfectamente servidos.

..........................................

### El espíritu de clase

Luego debemos también llamar la atención sobre una ventaja que, desde el punto de vista de las ideas renovadoras, podría ofrecer la garantía de la jubilación para todos los asalariados y proletarios de la república. La jubilación de los trabajadores tiene, a nuestro modo de ver, la enorme trascendencia de permitir a los obreros continuar sintiéndose solidarios con las aspiraciones y la suerte de su misma clase durante todos los años de su vida, sin vivir pensando en encontrar la manera de pasar a las filas de una clase privilegiada, para ponerse a cubierto de las peores contingencias del futuro y quedar completamente garantizados contra los peligros de la vejez y de la inhabilitación. En nuestro medio, sobre todo, abundan los trabajadores que están pensando constantemente la manera de dejar de ser trabajadores, que buscan el modo de formar un pequeño capital, adquiriendo una pequeña propiedad para resguardarse en las ventajas que dan los privilegios económicos, lo que se explica y resulta legítimo, porque la vida del trabajador está expuesta a muchas contrariedades y es esencialmente insegura. La inseguridad del proletario, sobre todo la inseguridad frente a las contingencias del mañana, hace que trate de salir lo más pronto posible de los cuadros de la clase trabajadora, recurriendo de alguna manera a la formación de un pequeño capital, de un ahorro, a la conquista de un bien para transformarse en un pequeño propietario o en un pequeño capitalista.

Si nosotros, pues, diéramos a todos los proletarios, a todos los asalariados la seguridad de que podrán quedar a cubierto de la miseria y de las privaciones futuras, sin necesidad de transformarse en pequeños capitalistas o en pequeños propietarios, sin necesidad —por consiguiente— de pasar de las filas de su propia clase a una clase con intereses completamente distintos, donde, al amparo o a la sombra del privilegio van a empezar a sentir y pensar de nueva manera, a veces en oposición con los intereses, aspiraciones y pensamientos de sus antiguos compañeros de clase y de sufrimiento, si les diéramos a todos los obreros esa seguridad, entonces ellos no pensarían en realizar esa especie

de deserción: permanecerían dentro de los cuadros de la clase trabajadora, actuando, pensando y sintiendo como trabajadores, manteniendo una vinculación permanente con el espíritu de su propia clase, lo que ofrece una gran ventaja desde el punto de vista de la lucha de clases, que es, después de todo el gran factor de las más grandes y profundas transformaciones sociales.

Ya, en Francia, algunos hacían notar que el inconveniente de la ley de retiros y pensiones obreras y campesinas —inconveniente para su punto de vista— era que conspiraba contra la permeabilidad de las clases, porque administraba de un modo determinado el ahorro de los trabajadores y les impedía reunir con ese ahorro un pequeño capitalito, comprarse una pequeña propiedad, establecer un pequeño negocio; los obligaba a continuar siendo siempre trabajadores, porque sus ahorros quedaban destinados, por obra de la obligación establecida por la ley, a servir las jubilaciones o al retiro obrero. Para nosotros éste no es un inconveniente; para nosotros es una ventaja. Que la ley administre la capacidad de ahorro de los trabajadores cuando se hace cotizar a los trabajadores mismos, o que la ley, de alguna otra manera, los proteja estableciendo a su favor una renta permanente, una renta jubilatoria que los salve de los peligros de la vejez, enfermedad o inhabilitación, tiene para nosotros la gran ventaja de que vincula al trabajador a su propia clase, de que suprime la inseguridad de la clase asalariada y por consiguiente, acorta, disminuye, atenúa esa especie de trasiego constante que se efectúa entre la clase proletaria y la clase capitalista y, sobre todo, permite que los obreros actúen dentro de su clase con sentimiento y pensamiento de obreros, evitando se vean en ella con espíritu de transeúntes, con ánimo de viajeros esperando abandonar las filas del proletariado para pasar a las posiciones de una clase distinta. Tal es, por otra parte, el estado de ánimo en que se encuentran, dentro de nuestras masas laboriosas, una gran cantidad de elementos de trabajo, hombres que vienen de otros países a éste no con el propósito de correr la suerte de sus compañeros de explotación, de mezclarse a sus agitaciones, a sus propagandas, a sus luchas y a sus aspiraciones, sino a formar parte de las muchedumbres trabajadoras pensando en abandonarlas cuanto antes, pensando en transformarse con un capitalito en pequeños propietarios, de lo cual resulta que viven en el seno de la clase obrera sin sentirse solidarios de las aspiraciones, luchas y ensueños colectivos de los propios obreros.

.....................................

Para el verdadero concepto de esta moderna legislación del trabajo, no se trata, pues, como tantas veces lo he dicho, de ser compasivos con los trabajadores, sino de ponerlos —por medio del reconocimiento activo de los que son derechos inmanentes de la personalidad humana y obrera— en la situación y condiciones que corresponden a la potencialidad social y política de su clase y que mejor convienen a los más altos destinos de la colectividad.

# EL TRABAJO NOCTURNO EN LAS PANADERIAS

*(Fragmentos de un discurso pronunciado en 1916 en una asamblea de obreros panaderos)*

[...] El trabajo nocturno en las panaderías es una de esas causas, de esos factores de tuberculosis en cuya supresión inmediata puede pensarse sin el temor de que para obtenerla haya que esperar grandes transformaciones económicas o sin necesidad de esgrimir la piqueta de las demoliciones definitivas. Si el trabajo nocturno de los panaderos persiste como funesta costumbre en casi todos los países del mundo es por sistema y no porque existan conveniencias técnicas o de cualquier otra índole que lo hagan preferible al trabajo diurno. Implantado en épocas en que la comodidad de la clientela y los intereses patronales se sobreponían con mucho a las necesidades de los obreros, nos hemos acostumbrado a mirar sin sobrecogimiento y sin pena esa absurda disposición de cosas que invierte para toda una clase de hombres, para todo un gremio, para una inmensa legión de productores, el orden lógico, racional y natural de la vida, atándolos al yugo del trabajo de noche mientras los demás hombres pasean, se divierten o descansan, y obligándoles a reparar sus fuerzas de día, creándose una noche artificial mientras el sol ríe en las calles y en las almas, inundando el organismo de los demás seres con el raudal de luz, de vida y de energía que desata magníficamente sobre el mundo. [Grandes aplausos.] Basta pensar en esta inversión del tiempo a que los obreros del pan se ven condenados, para comprender cuan pernicioso para su salud tiene que ser el trabajo que realizan. No repetiré las consideraciones científicas en que acaba de abundar el doctor Almada y que asimismo aquilatan el informe del doctor Rodríguez: mi propósito es indicar desde luego que si el trabajo nocturno resulta pernicioso para la salud orgánica, no menos dañoso resulta desde otro punto de vista, considerado en su aspecto moral, en su relación con la vida del obrero en la sociedad y en la familia. Lo aleja del hogar en las horas nocturnas que son aquellas en que los miembros del grupo doméstico dispersos en sus tareas respectivas, pueden reunirse, al fin de la empeñosa jornada. Él, que durante el día ha debido dormir, como un enfermo, no estará en casa de noche para velar por sus hijos, ni le será dado tampoco congregarse con otros hombres de su misma clase —sino muy de tarde en tarde— en las asambleas donde se ponen en contacto los espíritus de los hermanos de explotación y de injusticia y donde se lleva a la mente de los trabajadores el resplandor de una nueva con-

ciencia histórica. [aplausos] Y ni siquiera puede decirse que al menos el trabajo a esa hora, si lo sustrae a tales goces o a las distracciones, también lo sustrae a la taberna, porque la verdad es que, en virtud precisamente de la naturaleza de su labor, el gremio de los panaderos no es de los que menos tributo rinden al alcoholismo. Y no sólo al alcoholismo lo predisponen las absurdas condiciones en que efectúan su trabajo. La Academia de Medicina de Bruselas hace algunos años declaró que "el trabajo nocturno de los panaderos es factor de las peores enfermedades, como ser: tisis, pigmentación de la piel, catarro agudo, afección pulmonar, etc". El doctor Proust por su parte, dice en su "Traité d'Higiene" que es sin duda al hecho de que los panaderos trabajen durante la noche y a una temperatura elevada, que debe atribuirse la palidez anémica que los caracteriza y la cual es —añado yo— uno de los tantos estigmas con que la explotación capitalista se complace en marcar a las diversas legiones de sus víctimas, deparando a un grupo de productores la "palidez de los panaderos", a otro grupo el hedor nauseabundo de los saladeros, a otro el temblor lamentable que se adhiere a los miembros aún jóvenes en la oscura profundidad de las minas, especie de signos de casta que la opresión económica distribuye como para crear las diferentes razas de esclavos destinados inevitablemente a llenar su penosa misión de explotados en el casillero social respectivo donde al entrar diríase pudieron leer el dantesco "lasciate agni speranza, oh-voi che entrate!"

Ese mismo autor hace notar la débil resistencia que el gremio opone a la invasión de cualquier epidemia. Cita como ejemplo, la peste de Marsella, en que los panaderos fueron diezmados a tal punto, que fue preciso ir a buscar a las ciudades cercanas reemplazantes para subvenir a las necesidades de la población. La fiebre amarilla, según observaciones de Andonard, el tifus, según Moyer, y el cólera según Blondel, abren enormes brechas en las filas de este gremio, cosa que asimismo observara Clot Bey con respecto a la peste en Oriente. Esta susceptibilidad morbosa, que Litre y otras autoridades médicas como las antes citadas hacen resaltar especialmente, tiene su gráfica y sumaria explicación en un párrafo de Favrois, director de la "Revista general de la panadería francesa", quien dice que el panadero es "materialmente cocido en su trabajo nocturno; su pobre cuerpo se ofrece toda la noche como un harapo regado de sudor, que apenas puede reponerse durante el día". Bertillon asegura que la mortalidad de los panaderos sobrepasa notablemente a la mortalidad de la población masculina. El doctor Arata de Buenos Aires ha declarado que más de la mitad de los hombres que elaboran el pan padecen enfermedades contagiosas debidas a la falta de aire y de higiene en los talleres y a la circunstancia de trabajar de noche.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

George Petit ha demostrado que el pan es un propagador de tuberculosis; la temperatura de cocción no alcanza a 100 grados sino en la superficie; el calor es absorbido en gran parte por la evaporación progresiva del agua contenida en la pasta. En su interior apenas llega a la temperatura de 60 grados y esto, sólo durante 15 ó 20 minutos. Y el doctor Galtier ha comprobado que productos tuberculosos calentados durante veinte minutos a 60 grados, han infectado los cobayos del mismo modo que los productos frescos. Relacionando estas experiencias con la comprobación de que muchos, muchísimos panaderos son tuberculosos, comprenderéis que ya no resulta tan exacto aquel viejo dicho que hace del pan el prototipo de la bondad... [risas] "Bueno como el pan", se dice frecuentemente, ignorándose sin duda que hasta el pan es un peligro, y no de los menos alarmantes, para esta frágil deleznable existencia del hombre. [aplausos]

¡El pan! Es el alimento por antonomasia. Así como todos los valores y todas las riquezas tienen su símbolo y su expresión en el oro; así como en las relaciones económicas se ha convenido reducir todas las mercancías a una mercancía tipo, el oro, así también es el pan la representación y el símbolo del sustento humano en el convencionalismo universal del lenguaje. ¡El pan! por cuya conquista se afanan, luchan, sufren, sangran, lloran, rugen, matan y mueren tantos y tantos hombres, todos los días, en todas las regiones de la tierra... [Aplausos.]

El grito del hambre se traduce en su nombre: ¡pan claman los niños desheredados en los tugurios donde se asila la miseria!; ¡pan! gritan los obreros sin trabajo lla-

mando a las puertas de los talleres; ¡pan! gritaron en las grandes conmociones de la historia muchedumbres frenéticas lanzadas al asalto de añejos despotismos para clavar sobre sus ruinas la bandera de una nueva ilusión; ¡pan! gritaba aquella trágica multitud de mujeres de París que en una de las más memorables jornadas de la revolución arrancaron al rey vacilante su firma augusta para la Declaración de los Derechos del Hombre... [grandes aplausos]

No sería incurrir en abuso lírico, si nos asistiese la inspiración de una Guerra Junqueiro, que tan altamente lo ha cantado, entonar aquí un himno fervoroso a ese dorado combustible de la máquina humana; a ese bendito alimento que en la mesa del pobre es sustancia sagrada de una comunión más solemne y conmovedora que la de la hostia —su caricatura— ante el altar [aplausos]... y que santificado en la leyenda evangélica por la identificación con el cuerpo de Dios, parece que verdaderamente llevase en todas las zonas del orbe, como en el milagro de un ingenuo panteísmo, a todas las bocas humanas, así en los palacios como en las boardillas, la corporización del alma del mundo, que cuaja en los granos del trigo, y el corazón eternamente renovado y fecundante de un dios enorme que tuviese por cabellera la melena dorada de los trigales y fuese al mismo tiempo tan sutil como para infundirse en raudales de energía vital en las entrañas del hombre, ofreciéndose a la tortura de sus dientes en el sacrificio convivial y cotidiano de las mesas familiares. [Prolongada ovación.]

Es el alimento popular por excelencia porque si de él no pueden prescindir los ricos de él necesitan imprescindiblemente los pobres, y es él el destinado a acallar su hambre, el hambre de los proletarios a quienes les falta el pan en cuanto les falta el trabajo que les permite participar, precariamente, del derecho a la vida. [aplausos] Todas las clases sociales comulgan con él; lo requieren las mesas suntuosas y las humildes mesas sin manteles; pero lo que lo hace sagrado es que su prestigio se agiganta en los hogares menesterosos, donde se le valora tanto más cuanto menos debe compartir su ascendiente con otros manjares. Diríase que es una concreción del verdadero espíritu de la democracia por cuando brilla como una llama áurea y serena entre las manos del pueblo, que lo sabe carne de su carne, fruto dorado y blanco de sus entrañas, pues él lo ha empastado con sus afanes, su sudor y sus lágrimas, lo ha amasado con el vigor de sus puños; y lo ha cocido con el fuego inextinguible de su corazón, que arde al soplo permanente de las pasiones colectivas y sangra palpitando de profundas angustias en el centro mismo del universo social... [los aplausos cubren la voz del orador]

# FRUGONI CONSTITUYENTE

*(Los transcritos a continuación son fragmentos de algunos de los discursos más importantes pronunciados por el doctor Emilio Frugoni en la Convención Nacional Constituyente que funcionó entre 1916 y 1917. Algunos de esos discursos fueron publicados en 1919 en un volumen titulado "Los nuevos fundamentos".)*

## SESIÓN INAUGURAL

**Señor Frugoni.** — Nuestra palabra en el seno de esta convención, sobre la cual gravitan los destinos de la república, no puede ser sino una palabra de franqueza y de serenidad. De franqueza, porque representantes de un verdadero partido de ideas, con programa y con ideales, hemos venido aquí con propósitos bien definidos, claramente anunciados, que no admiten reticencias ni disimulos; y de serenidad, porque colocados por encima de los apasionamientos y rencillas de la política criolla y siendo la nuestra una obra inspirada en un espíritu absolutamente inmune a fanatismos partidistas e intereses de círculo, nuestra palabra puede y debe aunar a la sencilla energía de la convicción expresada, la tranquila seguridad de un ánimo sin rencores ni idolatrías personales y sin exaltaciones históricas. Nuestro concepto de que sólo se hace obra realmente fecunda y renovadora cuando se ataca, no a los hombres, sino a las instituciones, a los regímenes, a los sistemas, contribuye a dotarnos de una especie de serenidad filosófica, tan distinta siempre de la estéril y pasiva indiferencia, que no goza en el amor ni se santifica en la maternidad. De una especie de serenidad filosófica decía, para juzgar con elevación los hechos de nuestra vida democrática y encarar sin ofuscaciones los problemas que nos salen al paso. No es que tengamos la pretensión de poseer el secreto de la contemplación desde arriba, con la superioridad un tanto olímpica de quienes por larga experiencia y peregrinaje de la vida, han escalado las cumbres más abajo de las cuales estalla el rayo y las nubes se deshacen en lluvia.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Por lo demás, la oportunidad que ahora se nos ofrece para exponer nuestros propósitos como miembros de la H. A. Constituyente, llega para nosotros después de una larga campaña de difusión y propaganda en que hemos tenido muchas ocasiones de explicarle al pueblo las ideas que han de constituír aquí el norte de nuestra acción. No podemos tener por eso tanto interés en programar propósitos ahora, como deben tenerlo, sin duda, las otras agrupaciones que, antes de los comicios, poco o nada han dicho al pueblo sobre sus pun-

tos de vista respecto de la reforma constitucional, o han cambiado de parecer y de programa si antes de los comicios los tuvieron. (**Aplausos.**) Queremos, sin embargo, aprovechar esta nueva ocasión para manifestar desde luego, que nos sentimos orgullosos de haber traído a la A. Constituyente un mandato imperativo expreso y categórico de los hombres que nos votaron.

Acaso nada sirva tanto como esta declaración, para expresar con nitidez el nuevo concepto de las responsabilidades, deberes y derechos democráticos que nosotros representamos frente al criterio de las viejas agrupaciones políticas. Frente a los representantes de las fracciones históricas que reivindican y proclaman su derecho a no reconocer compromiso alguno con sus electores que los obligue a seguir un camino determinado, nosotros sentimos una inmensa satisfacción al decir que nos debemos por entero a un programa, porque tenemos la seguridad de que al hacer esta afirmación damos un ejemplo edificante de verdadero sentimiento democrático y dejamos sentado el único criterio en virtud del cual la soberanía popular puede hacerse efectiva, pues así se la obliga a manifestarse, a adquirir conciencia de sí, a concretarse en aspiraciones y propósitos; y el único criterio también en virtud del cual esa soberanía una vez manifestada no a de poder luego ser escamoteada impunemente en el seno de las corporaciones que han de constituir su encarnación y su órgano. (**¡Muy bien!) (Aplausos.)**

Es, pues, para nosotros alto orgullo poder decir que pertenecemos y representamos a un partido que ha sido capaz de imponernos un mandato, porque ello significa que ése es un partido consciente y que tiene ideas. (**¡Muy bien!)**

Nos separan de las otras agrupaciones políticas de la república profundas diferencias esenciales. Estamos frente a ellas y contra ellas por razones de criterio, por el amor que profesamos a determinados principios, porque constituimos un partido de clase, el partido político de la clase trabajadora, mientras que ellas constituyen partidos de la burguesía, o de la burocracia, que es también una forma de la burguesía, por más que en sus filas figuren —permítaseme decirlo: en mi entender desgraciadamente— también muchos trabajadores.

No hemos, pues, de olvidar en ningún instante que estamos aquí para defender en todo lo que sea pertinente, los intereses de esa clase, los únicos intereses de clase que se identifican en todo momento con las conveniencias más altas y más sagradas de la nación, ni hemos tampoco de disimular con eufemismos uno de nuestros más inmediatos y permanentes objetivos: el de educar políticamente al pueblo combatiendo los errores y los defectos de la organización política tradicional.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Porque no somos el partido de la ilusión, damos importancia capitalísima a las reformas de carácter económico, entendiendo que las leyes constitucionales que más falta nos hacen, son aquellas que tengan la virtud de remover profundamente nuestro agregado social, modificando en lo posible su estructura básica y determinando, no una flamante constitución puramente nominal y escrita, sino una nueva constitución real y efectiva de la república. (**¡Muy bien!)**

Sin descuidar las instituciones políticas que queremos sean verdadera y ampliamente democráticas para que el pueblo tenga en ellas buenos instrumentos con que traducir en hechos su voluntad, damos toda la importancia que se merecen a las reformas tendientes a colocar al pueblo en situación de hacer buen uso de esas instituciones al capacitarse moral e intelectualmente sobre la base de una mayor seguridad y justicia para la suerte de la clase productora y de un mayor ensanchamiento de los horizontes de la vida económica de la república, estrechada y sofocada por los defectos de nuestra pésima estructura agraria y por la consiguiente consunción o parálisis de las energías nacionales. Y porque somos el partido del ideal, porque no somos, como algunos de nuestros detractores pretenden, un partido que se inspira en un estrecho utilitarismo, tan sólo preocupado de los aspectos materiales de la vida, este afán nuestro por conquistar para las clases trabajadoras una mejor situación económica, halla precisamente su más grande estímulo en la convicción de que es así como realmente se preparan y se defienden los destinos morales de la nación y de la humanidad.

Un pueblo miserable no es un pueblo libre ni puede ser un pueblo culto. No hay progreso cultural ni ético posible si no se eleva el nivel material de vida de las cla-

ses sumidas en la sombra angustiosa de la indigencia.

Al contrario de lo que nos decía en su conceptuoso discurso el doctor Campigteguy, nosotros no creemos que los hechos materiales emanen de los hechos morales, sino que éstos emanan de aquéllos.

Hegel, que veía en el mundo exterior un reflejo y un producto de la idea, hacía marchar la historia —según la frase de Carlos Marx— sobre la cabeza; pero Marx, al darle a los hechos materiales de la vida económica su ubicación correspondiente en relación con las consecuencias morales, invirtió los términos, haciendo que la historia caminase sobre sus pies.

Estos países de América tienen todavía que resolver el problema de la población. Sin ella no es posible que el progreso técnico-económico adquiera el impulso necesario a la estabilidad, y a veces a la "realidad" de las instituciones adelantadas que nosotros nos hemos asimilado y de las cuales nos enorgullecemos.

El desierto continúa siendo el gran enemigo de la civilización americana; es la barrera horizontal del progreso; el vacío físico que hace imposible la vida de la luz y de la cultura. Y el desierto está todavía a las puertas de nuestras ciudades. Debemos combatirlo, debemos reducirlo, debemos poblarlo para crearle a la nación condiciones favorables a su desenvolvimiento material y moral. Debemos combatirlo fraccionando la propiedad rural, para que los desocupados de nuestros centros urbanos pueblen el campo al hacerse accesible la tierra al trabajo productor; y nunca "trayendo" a estas playas una inmigración miserable e inculta reclutada por medios artificiales, siempre ilegítimos, sino "atrayendo" una inmigración deseable, que venga espontáneamente, respondiendo a las mejores condiciones de trabajo y de vida que habremos creado si somos capaces de provocar con eficacia el desarrollo económico del país; combatiendo de frente y con energía el mal del latifundismo, y si implantamos con propósito serio y asentándolas sobre terreno firme, buenas instituciones de previsión y de justicia social. **(¡Muy bien!) (Aplausos.)**

Atacar el privilegio por espíritu de justicia y para evitar que perjudique la libre expansión de todas las actividades pesando sobre el trabajo y la suerte de los hombres laboriosos, es para nosotros un deber y una necesidad.

Un distinguido colega, el convencional doctor Duvimioso Terra decía en una de las sesiones preparatorias de esta convención, que el socialismo no tiene todavía mucha razón de ser en nuestro país. Hace tiempo que hemos contestado a esa objeción advirtiendo a quienes la formulan que confunden las condiciones favorables al desenvolvimiento del socialismo con las que le dan razón de ser, porque si ellos nos dicen que el industrialismo no se ha desarrollado aún suficientemente en nuestros país, nosotros les preguntamos si acaso por eso entre nosotros no existe la miseria. Donde hay miseria, donde hay desocupación, donde rige el sistema del salariado, donde rige el sistema de la propiedad privada de los medios de producción, donde, sobre todo, la propiedad individual de la tierra ha alcanzado su más alto exponente, el socialismo podrá no tener, por falta de grandes masas obreras, ambiente general ideológico favorable, pero tiene sin duda alguna muchas y muy poderosas razones para existir. **(¡Muy bien! Aplausos en la barra.)**

Los pobres paisanos de nuestra campaña, verdaderos siervos nómadas de nuestra gleba latifundista, no saben ciertamente, lo que es socialismo, ni saben siquiera lo que son uniones gremiales, esas primeras manifestaciones casi instintivas de la lucha de clases; pero, ¡cuánta falta haría que pudiesen entablar esa lucha redentora por su mejoramiento y su elevación, y cuánta falta le haría al país entero poder llevar mediante un salvador concepto de las más hondas necesidades nacionales, hasta esa clase oprimida el soplo de grandes aspiraciones de liberación económica y de progreso moral! **(Aplausos.)**

Hay dos clases de adversarios del socialismo. Unos le reprochan el ser demasiado iluso y fantasista; otros, yéndose al extremo opuesto, le reprochan el ser un demoledor implacable, brutal de bellas ideologías, de sagrados sentimentalismos, porque hace del factor económico la palanca de la historia y trata de despertar, para colocarla por encima de todo, la conciencia de sus intereses de clase en los oprimidos.

El socialismo moderno ha despojado, en efecto, de su falsa grandeza a lo que alguien llamara los engañosos semidioses de la mitología burguesa: el dios progreso, las dio-

sas libertad, igualdad, patria, justicia... (No apoyados.)... cuyos conceptos ha transformado, perfeccionado o completado al darles un nuevo sentido, amplio y humano muy distinto por cierto del estrecho y arbitrario sentido capitalista que la burguesía triunfante acababa de darles.

El socialismo es una acción, una lucha en favor del proletariado, por medio de la cual se prepara el advenimiento de una sociedad más armónica y sabiamente organizada, sobre la base de la propiedad colectiva de los medios de producción. Es, pues, un conjunto de aspiraciones y, al mismo tiempo, movimiento incesante, metódico y sensato hacia un elevado ideal jurídico, hacia nuevas formas sociales que realicen la verdadera justicia integral. Es así como reúne a la solidez científica de sus conclusiones, el entusiasmo idealista y generoso de las más bellas aspiraciones de la humanidad. No está hecho exclusivamente, como algunos de nuestros adversarios pretenden, de frío razonamiento utilitario que todo lo supedita al estómago y que sólo exalta en las luchas e inquietudes humanas lo propulsor del interés. Por el contrario, hay en él un impulso tan grande, tan poderoso, de idealidad altruista, que realiza el milagro de infundir gloriosa y palpitante vida sentimental a las más serias y graníticas construcciones de la idea, uniendo y confundiendo en una síntesis admirable la tendencia al perfeccionamiento del espíritu humano y el anhelo de suprimir las mayores fuentes de dolor y de mal en la vida, esa aspiración que vemos alentar líricamente en el sentimentalismo utópico de los primeros reformadores; uniendo y confundiendo, decía, esa tendencia y ese anhelo que elevan el alma de los hombres a las excelsas regiones donde resplandecen los más luminosos y fecundos ideales, con la serena austeridad de las verdades científicas, que se alzan impasibles e imponentes, como marmóreos dioses olímpicos, presidiendo y encaminando con su gesto soberano la tumultuosa caravana de los corazones sedientos de justicia y de amor. (Prolongados aplausos.)

Como es eminentemente práctico, no se conforma con ser un haz de bellas aspiraciones ni con vislumbrar un ideal, sino que se hace acción, acción de todos los días, de todas las horas, acción del presente, para el presente, para el presente y para el porvenir; arma su ideal de procedimientos eficaces de realización progresiva; de manera que su paso fecunda la senda, tal como el río, que mientras marcha hacia su destino lejano, va fertilizando los campos por donde cruza. Aliando el sentido práctico del método que esgrime, con la excelsitud de la idealidad que lo ilumina; combinando su clara noción de las realidades ambientes con sus impulsos generosos; mirando a los astros altísimos, pero sin olvidarse de colocar primero la planta bien asentada en terreno firme; persiguiendo grandes realizaciones futuras a través de útiles y a veces modestas realizaciones inmediatas, se asemeja un poco a aquel personaje de Ibsen, el constructor Solnes, que hacía templos, y luego casas para hombres, y después una torre muy alta. El socialismo, práctico y razonable, construye albergues para los hombres, se preocupa de su situación presente, porque eso es indispensable y fundamental, pero al mismo tiempo, inflamado de ideal y ansioso de porvenir, va construyendo penosamente, a pesar de los derrumbamientos parciales que de tanto en tanto sobrevienen, —y esta monstruosa conflagración europea que presenciamos es uno de esos grandes derrumbamientos—, va construyendo penosamente, decía, la alta torre de la sociedad futura, desde donde la humanidad de mañana podrá abarcar más amplios horizontes y descubrir nuevas constelaciones. Pero mientras al personaje de Ibsen, al constructor Solnes, le toca caer, presa del vértigo, desde lo alto, cuando quiere coronar con una bandera su obra, el socialismo coronará gloriosamente la suya, clavando en su cumbre la bandera del derecho, de la justicia, de la fraternidad; porque no es un castillo de soberbia y de ensueño el que construye, sino un sólido edificio de ciencia, de experiencia, de verdad y de amor. (**Grandes aplausos en la sala y en la barra.**)

## EL VOTO SECRETO

..........................................

**Señor Frugoni.** — Las manifestaciones que deseo formular me parecen oportunas en vista de esa campaña y de las noticias circulantes días atrás sobre ciertas intenciones de la mayoría de los legisladores gubernistas, que parecían dispuestos, y tal vez lo estén aún, a suprimir en una forma o en

otra, directa o indirectamente, el voto secreto, impuesto por la ley para el plebiscito de ratificación de la obra de esta Asamblea Constituyente, consecuentes en un todo con aquellas públicas y anteriores manifestaciones contrarias a dicho instituto, de cuya implantación, sin embargo, se vanagloriaban antes de que hubiera dado en la práctica resultados tan favorables para la pureza y libertad del sufragio, aunque tan desfavorables para los intereses políticos del partido del poder. Como se trata de un partido que gusta decorar su acción con la bandera de los principios avanzados, sin perjuicio de abandonar esa bandera cuando la cree peligrosa para sus verdaderos fines y propósitos, nosotros los socialistas creemos necesario defender, en nombre, precisamente, de los principios avanzados y de las más genuinas aspiraciones populares, de que pretenden todavía ser portavoces los elementos de esa agrupación, la garantía democrática del voto secreto, por ellos negada, repudiada y calumniada. Y creemos del caso defenderla, no ya desde el punto de vista de los principios generales de la buena ciencia política, tan bien expuestos por el doctor Beltrán en el dictamen que acompaña este proyecto, sino desde el punto de vista de la situación y de los intereses de los trabajadores, ya que esos elementos han dado en coquetear con los obreros, tratando de captarse sus simpatías con iniciativas modernas, simpáticas y hasta con actos, con beneficiosos actos positivos, lo que por cierto es muy plausible y mucho los honra; pero también con declamaciones efectistas a menudo desmentidas por los hechos, lo que por cierto es muy reprobable y los honra muy poco.

Aún no hemos olvidado que llegaron a denominarse "socialistas sin bandera o sin programa", según la expresión de uno de sus más elocuentes líderes, y cuando sobrevienen unas elecciones se hace del batllismo un lema de significación avanzada y se le agita a los ojos de las muchedumbres populares a modo de una deslumbradora promesa de grandes reivindicaciones. Y bien: cuantos aman realmente a los trabajadores y se preocupan en serio de su suerte, tienen por fuerza que ser partidarios acérrimos del voto secreto, porque el voto secreto contiene la liberación política del proletariado.

Los datos que el informe nos suministra sobre lo ocurrido en Alemania con los sufragios de los obreros son altamente ilustrativos a este respecto. Eso es algo que ha ocurrido en todos los países del mundo donde se ha aplicado esa garantía electoral.

En América, en un país vecino, en la ciudad de Buenos Aires, el voto secreto dio de golpe al partido de la clase obrera personería importantísima en el pleito político nacional. Pero no tenemos siquiera necesidad de recurrir a los ejemplos ajenos, porque tenemos bastante con los propios. En nuestro país, en las elecciones celebradas para la composición de esta Asamblea Constituyente, el Partido Socialista llevó, principalmente en virtud del voto secreto, tres veces más sufragios que en las elecciones realizadas algunos meses después sin tan importante requisito. Y es que el voto secreto detiene la opresión patronal, ataja la influencia conminatoria de los patronos sobre el ánimo de los proletarios, al penetrar éstos en la zona libre de los comicios, donde aquél les permite reasumir por entero su voluntad para hacerla valer como un factor positivo en la decisión de las contiendas electorales. La tiranía económica, que a menudo se traduce en imposiciones de diverso orden y hace ilusoria la libertad política prometida a todos los ciudadanos de un país por las constituciones democráticas, halla en el voto secreto, al borde mismo de las urnas, una barrera infranqueable, una barrera que le es imposible trasponer. Los ciudadanos, aun los que se hallan en las peores situaciones económicas, los más sometidos material y moralmente, en el cuarto cerrado se reintegran a su propia personalidad cívica, volviendo sin temores e impunemente a sus verdaderos sentimientos y convicciones partidarias.

De sobra saben esto los enemigos que tiene ahora entre nosotros este gran instrumento de emancipación política, que repudian precisamente porque impide al gobierno obtener los sufragios forzados de miles de funcionarios públicos y de trabajadores del estado a quienes se les coloca en la vergonzosa disyuntiva de o votar por los candidatos oficialistas o quedarse en la calle. **(¡Muy bien!) (Aplausos.)**

Es, pues, ésta una conquista democrática que a nadie puede interesar tanto como a los trabajadores, a los proletarios, a los que no han alcanzado la independencia económica y están, por tanto, a merced de to-

das las imposiciones que se les hacen a la sombra o en virtud de la dura ley de la necesidad.

La libertad cívica, la verdadera libertad cívica en países como el nuestro, donde tan fácilmente se hace escarnio de los principios esenciales, fundamentales, de la democracia, suele ser, cuando no un instrumento inactivo, un acto esforzado de hombres resueltos, o un lujo sólo permitido a los que están a cubierto de toda represalia o pueden desafiar sin temores el espíritu de venganza de los poderosos. (¡**Muy bien!**)

A raíz de las elecciones recientes del 14 de enero, ocurrió que mientras los diarios de oposición ponían de manifiesto la coacción ejercida por el gobierno sobre los trabajadores o los servidores del estado, los diarios oficialistas denunciaban numerosos casos de coacción y hasta de venganza patronal ejercida por las empresas privadas sobre sus respectivos empleados.

¿Cómo podían no reclamar para los oprimidos el único amparo que los pone a cubierto de las ruines venganzas de aquellos que creen poder comprar, conjuntamente con la fuerza del trabajo, la conciencia cívica de los asalariados? (¡**Muy bien!**)

Es tan flagrante, señor presidente, tan enorme la contradicción en que incurren los políticos que diciéndose amigos de los trabajadores niegan, sin embargo, el voto secreto, que uno de ellos, en un artículo aparecido en uno de esos mismos diarios, comprendía la necesidad de defender su tesis sobre la base de que en nuestro país no hay ciudadanos privados de la libertad, del derecho de votar por quienes deseen; de que no existe entre nosotros signo alguno de esa esclavitud económica que acompaña al hombre fuera del taller o de la oficina para dictarle, al pie mismo de las urnas, todavía, la voluntad del patrón o del jefe, poniendo en sus manos la lista que debe votar; pero el mismo número del diario en que aparecía ese artículo, se encargaba de refutarlo y de desmentirlo con una larga columna de denuncias concretas y firmadas, que demostraban cómo había habido muchos trabajadores y empleados de empresas particulares que se hallaron en situación idéntica a la de aquellos servidores del estado que debieron sufragar bajo la presión ineludible de sus superiores.

Sería el caso, o es, indiscutiblemente, el caso, de pensar que es mentida, que es farsaica esa preocupación que afectan tener por la suerte de los asalariados quienes así les niegan el único medio que, hoy por hoy, puede en nuestra república defender a muchos de ellos de esa prolongación del despotismo capitalista, dándoles el derecho de pronunciarse, al menos en el acto preciso y decisivo del sufragio, con la más completa y tranquila sinceridad.

Sin duda alguna esa es una de las actitudes que sirven admirablemente para dar relieve a la diferencia que existe entre los que un día se llamaron a sí mismos, con frase más o menos feliz, "socialistas sin bandera", y los socialistas de verdad.

Yo los he visto en discursos parlamentarios, en artículos y en proclamas, alardear de su intenso amor por las clases productoras, condolerse de la situación de los obreros, sometidos a jornadas excesivas y a salarios mezquinos. Yo recuerdo, —¡cómo no recordarlo, si en estos mismos días se están produciendo!— los infinitos artículos que aparecen en la prensa oficial, reconociendo las reivindicaciones y las legítimas aspiraciones del proletariado; y recuerdo, sobre todo, las interesantes disertaciones sentimentales del doctor Arena, pintándonos el horror de la miseria y de los padecimientos soportados por los trabajadores bajo el yugo pesado e inflexible del capital. Yo recuerdo, si no estoy equivocado, haber leído que se le llenaban los ojos de lágrimas cuando evocaba los dolores y las tristezas de los miserables, de los desamparados, de los desvalidos, de los hambrientos; las angustias de toda esa caravana doliente, que va a dejar todos los días, en las fábricas, en las canteras, en los talleres, en las usinas, jirones de su existencia entre las ruedas implacables del engranaje de la explotación capitalista, o arrastra su hambre por las calles llenas de paseantes felices, ofreciéndose de puerta en puerta, por cualquier precio, como una pobre y lamentable mercancía humana, a las garras de la explotación. ¡Y yo pregunto, cómo, corazones que así se conmueven ante los cuadros de tortura e injusticia social, no se conduelen asimismo, ante el dolor y el oprobio de esas situaciones de sometimiento moral que impiden a los hombres considerarse hombres en el campo de las nobles luchas civiles, puesto

que los obligan a no ser sino un instrumento de la voluntad y del capricho de quien les paga!

**Sr. Segundo (don Juan José).** — ¿Me permite una interrupción?

Hago moción, señor presidente, ya que va a sonar la hora, para que se prorrogue la sesión hasta que el doctor Frugoni concluya su brillante discurso.

**Sr. Ramírez.** — Hay que consultar al orador. Si el señor Frugoni está fatigado, no.

**Sr. Frugoni.** — Podré hablar diez minutos o un cuarto de hora...

**Sr. Ramírez.** — Eso quedaría librado al mismo señor Frugoni.

**Sr. Frugoni.** — ...porque deseo todavía decir algunas cosas.

**Sr. Ramírez.** — Entonces, que siga hasta la hora reglamentaria.

**Sr. presidente.** — Continúa con la palabra el doctor Frugoni.

**Sr. Frugoni.** — Pongan esos sentimentales amigos de los trabajadores la mano sobre su conciencia, y sentirán que si es doloroso contemplar a las muchedumbres obreras padeciendo los abusos de la explotación capitalista, también es doloroso verlas a merced, en otra forma, del capital que tan mezquinamente las remunera para que continúen sirviéndolo todavía fuera del taller y de la oficina, en un renunciamiento forzoso de la dignidad del ciudadano y contribuyendo así, muchas veces, con su voto falseado, al triunfo de los peores enemigos de su clase.

Yo los invitaría a presenciar, conmigo, en día de elecciones, el triste espectáculo de esos pobres trabajadores de aduana, peones del Corralón Municipal y de muchas otras reparticiones públicas, que deben concurrir a la hora indicada a los clubes partidistas a recoger su boleta, para ser luego expedidos en carruajes o automóviles hacia las diversas mesas receptoras con el objeto de cumplir la férrea e inflexible consigna, o a presenciar el cuadro de aquellos otros pobres padres de familia que al día siguiente de las elecciones son arrojados a la miseria ¡por el delito de haber querido ser fieles a sus íntimas convicciones partidarias!... (**¡Muy bien!**) (**Aplausos en la sala y en la barra.**)

...y si no se les llenan nuevamente los ojos de lágrimas ante ese cuadro, lágrimas, esta vez, de indignación y de vergüenza, es porque ya las han derramado todas o sólo las tienen para ponerlas al servicio de los proyectos del gobierno. (**¡Muy bien!**) (**Aplausos en la sala y en la barra.**)

El voto secreto, pues, que defiende al oprimido económicamente, que lo defiende en su dignidad y en su derecho de ciudadano, sólo puede ser negado por los enemigos de la clase obrera o por aquellos aparentes amigos que si creen que la ley debe contemplar las aspiraciones del proletariado y tender a mejorar su situación, quieren que todo lo que los proletarios reciban por ese medio les venga impuesto como una especie de gracia que desciende desde lo alto, por obra de unos cuantos señores magnánimos, enternecidos y condescendientes, a condición de que no se les incomode en sus posiciones políticas, y no como una conquista de la conciencia del proletariado mismo y de su voluntad fecunda, libremente expresada. (**¡Muy bien!**)

Nosotros, los socialistas de verdad, no podemos admitir que ninguna casta política se abrogue el privilegio exclusivo de beneficiar a los trabajadores con leyes protectoras, con leyes favorables, queremos, en cambio, que el proletariado este en condiciones de imponerlas, haciendo entender a los partidos que las realizan que no regalan nada, que no brindan ningún obsequio al cual los beneficiados deban quedar agradecidos, sino que restablecen derechos que nadie, absolutamente nadie, está autorizado a desconocer! (**¡Muy bien!**) (**Aplausos.**)

.......................................

Decía, al terminar el acto, que nosotros oponemos el concepto de la justicia social, que debe presidir todo el desenvolvimiento legislativo, al de aquellos que hacen de la acción de los legisladores y políticos, en el sentido del nuevo derecho obrero, una especie de manifestación de la caridad del estado, que se mostraría generoso, cuando en realidad lo que hace es mostrarse justo o menos injusto.

Ningún partido tiene, pues, el derecho de negarle al pueblo sus facultades inalienables de acción, de cambio de unas cuantas leyes protectoras, que los más altos destinos de la sociedad, y hasta de la raza, reclaman e imponen.

Los partidos burgueses que se empeñan en salir al encuentro de los trabajadores con promesas de protección y halagos a sus

anhelos de mejoramiento, sin otro fin que el de mantenerlos atados a su política y contar con sus votos, no pueden mirar con muy buenos ojos la organización del proletariado en el terreno político sobre la base de un partido especial, cuya concreta razón de ser es, clara y precisamente la defensa de los intereses obreros y la de todas aquellas aspiraciones humanas necesarias a la elevación de la clase oprimida, y por tanto, al desenvolvimiento del espíritu de justicia y de solidaridad de las relaciones sociales.

Ellos, —y digo ellos porque esto que manifiesto no va dirigido a una sola de las fracciones tradicionales, sino a las dos—, pretenden hacer creer a los trabajadores, especialmente cuando se acercan las elecciones, que no tienen necesidad de abandonar sus filas para ir a engrosar las de un partido propio, sino que, contribuyen asimismo a su propio mejoramiento, aun cuando los hagan votar por hombres que no han contraído al respecto ningún compromiso formal, o por hombres que tienen las ideas más contrarias, las de unos a las de otros, puesto que unos pueden ser, por ejemplo, liberales y los otros católicos o unos ser más o menos avanzados y otros reaccionarios, sin dejar de pertenecer por eso al mismo partido; o por hombres, finalmente, cuyas ideas son abierta y conocidamente opuestas a las principales reivindicaciones proletarias. Y así, mientras los hacen votar por conservadores y reaccionarios, les dicen que votan por aspiraciones modernas, —cuando las tienen—, y si esta anomalía llega a levantar en el ánimo de algunos individuos resistencias más o menos marcadas, todavía queda el precioso recurso del tradicionalismo, resorte que con tanta habilidad saben tocar en todo tiempo los factores de la política criolla. Detrás de las divisas blanca o colorada y al son de las músicas tradicionalistas, marchan los ciudadanos más liberales a votar, a lo mejor, por candidatos católicos, o los trabajadores, que necesitan reformas sociales, a votar por los conservadores más empedernidos.

Entretanto, esos partidos parecen decir a los trabajadores: "No os afanéis por emancipar vuestra conciencia de las sugestiones que os vinculan a nosotros; no tratéis de organizaros políticamente en grupo aparte: no hace falta. Lo importante para vuestra suerte es que nosotros continuemos gobernando, aun cuando vosotros no podáis votar con independencia, o no sepais votar conscientemente."

Pero nada más denigrante para una clase social y para un pueblo, ni nada más peligroso tampoco para su suerte material y moral que ese sistema de los defensores de oficio y de los tutores perpetuos. Por una parte las reformas obreras, cuyo advenimiento depende exclusivamente de la voluntad de grupos políticos ajenos a la clase trabajadora, ya sabemos cuánto tardan en venir, cómo vienen cuando vienen, en qué forma se las explota y en qué forma se cumplen. Y por otra parte, esas reformas, libradas enteramente al interés, siempre tan cambiante y sinuoso de los que gobiernan, permanecen inseguras, inestables, puesto que los únicos que tienen real interés en defenderlas no pueden hacerlo con eficacia cuando peligran.

...........................................

La organización gremial en nuestra república es muy insignificante todavía y casi inexistente; y no porque, como pretende "El Día" en el artículo de hoy, hayamos ya resuelto o poco menos, entre nosotros, el problema obrero, o porque esté cerrado para siempre el ciclo de las grandes huelgas, sino porque el movimiento industrial, especialmente en estos instantes de crisis, es en esta república muy precario y anémico, por culpa principalmente de los partidos que en cien años de vida independiente, es decir, en cien años de gobierno, no han tenido tiempo de implantar todavía las grandes reformas económicas que provoquen, con una mejor distribución de la tierra, el desenvolvimiento vigoroso de todas las energías nacionales.

Por otra parte, los sindicatos gremiales sólo pueden ser eficaces, —y esto hasta cierto punto—, para defender conquistas legales determinadas, las relativas al trabajo, y en realidad aquí se trataría de la defensa de una sola reforma legal, la ley de las ocho horas, que es la única ley de carácter obrero que, a pesar de las declamaciones oficialistas, existe en la república, prescindiendo de otra pequeña leyecita que se refiere a la previsión de accidentes del trabajo, y esa misma y única ley ya sabemos todos qué mal y qué poco se cumple.

Para defender, pues, esa ley y obtener

otras similares, así como para el sostenimiento de otras que no se refieren de un modo tan directo al terreno de las relaciones entre el trabajo y el capital, sino al estado civil de las personas, al sistema impositivo, etc., es necesaria una gran organización política poderosa, que tenga propósitos claros concretos, definidos y diferenciales, como sólo el Partido Socialista los tiene entre nosotros. Hace falta, pues, que todos los obreros y todos los hombres deseosos de transformaciones sociales se agrupen en un gran bloque de conciencias y voluntades, unidos por el vínculo de un programa real, para imponer ese programa inconfundible, frente a todas las oscilaciones, vacilaciones y veleidades de los otros partidos.

..............................................

Pero para concluir, señor presidente, y para volver al tema del voto secreto, que es lo que en este instante nos interesa: si a nosotros se nos obligara a elegir entre la supresión de uno solo de los derechos que consideramos esenciales para la libertad de acción y defensa propia de la clase trabajadora, y la supresión de una plumada de todas las leyes protectoras dictadas por los grupos políticos de la burguesía haciendo concesiones a las exigencias de los tiempos modernos o a la fuerza más o menos poderosa y temible del proletariado, nosotros elegiríamos sin vacilar lo segundo. Porque mientras el proletariado mantiene su libertad de acción, podemos abrigar siempre la esperanza de que llegará, más tarde o más temprano, en una forma o en otra, a imponer sus reivindicaciones, en tanto que si la pierde, a cambio de unas cuantas leyes protectoras que mejoran su situación, pero que dependen exclusivamente de la voluntad de la burguesía gobernante, nada tendrá en las manos que pueda considerarse permanente y seguro. Y entre los derechos que nosotros consideramos esenciales para la libertad de acción y defensa de la clase trabajadora, incluimos, al lado del de asociación, del de reunión y de huelga, el derecho de poder votar con entera independencia porque sólo así la organización política de la clase obrera podrá dar todos sus frutos y ejercer su presión eficiente en las orientaciones de la vida social o en la obra del mejoramiento progresivo de los trabajadores.

**Señor Cortinas.** — ¿Me permite una interrupción?

**Señor Frugoni.** — Sí, señor.

**Señor Cortinas.** — Entonces es el caso de hacerle justicia a los partidos independientes, que proponiendo garantías electorales tan amplias como las que proponen, facilitan esa emancipación del proletariado.

**Señor Frugoni.** — No lo desconozco, señor constituyente. Estas palabras van precisamente dirigidas, no contra los partidos que quieran reconocer al proletariado el derecho de votar con absoluta independencia, sino contra los partidos que pretenden negarlo.

Nosotros, los socialistas de verdad, queremos que el pueblo trabajador deseche la tutela de los partidos políticos de la burguesía; que pase a constituir un partido propio; a engrosar las filas de un partido cuyo programa traduce las más genuinas aspiraciones de la clase trabajadora, y cuyos actos, respondiendo a ese programa, —expresión de una verdadera conciencia colectiva de clase—, no dependen de la voluntad personal de nadie, sino de la voluntad más alta de esa misma conciencia. Y es así como el pueblo trabajador de esta república ha de llegar a erigirse en defensor de sí mismo, en tutor de sus propios intereses, negando su adhesión a todos aquellos hombres que quieren labrarse un prestigio de espíritus altamente reformadores y hasta de personajes providenciales a costa de libertades políticas que los obreros conscientes reclaman, para ser ellos, como corresponde, los factores decisivos y seguros de su propia elevación.

He terminado.

## LOS DERECHOS POLÍTICOS DE LA MUJER

..............................................

**Sr. Frugoni.** — Se ha repetido en esta misma asamblea por boca de varios de sus miembros que concederle a la mujer la ciudadanía es desnaturalizar su misión en la familia y en la sociedad, pues el ejercicio de los derechos inherentes, que nosotros queremos reconocerle la apartarán del hogar y de las ocupaciones que le son propias.

Esta objeción, nos mete de lleno en el problema del feminismo integral; es la pri-

mera objeción que sale al paso de todas las aspiraciones feministas, y, si el término suena mal en algunos oídos, digamos simplemente femeninas, sea cual fuere el terreno a que se refieran.

Cuando se trata de ampliar los horizontes morales de la personalidad femenina, de completar su cultura, de prepararla para la comprensión y estudio de los problemas que preocupan a la mente contemporánea, lo mismo que cuando se trata de capacitarla para la lucha por la vida, facilitándole el acceso a ciertas profesiones y dándole armas para que pueda luchar en el campo de las actividades económicas, a donde se ve arrastrada por la fuerza ineludible de las contingencias sociales, son siempre muchos los que exclaman: eso es trastornar el orden lógico de las cosas, es conspirar contra el destino natural de la mujer, es sacarla del verdadero quicio de las actividades correspondientes a su naturaleza y a la misión que le incumbe.

Es, pues, inevitable que al tratarse de conferirle la ciudadanía que comprende el derecho de votar y el de ser elegida, se formule la consabida objeción; y he aquí lo primero que se me ocurre preguntar a mí a quienes la formulan: ¿acaso no existen en nuestro país, —hablo solamente de nuestro país para localizar la cuestión—, millares de mujeres arrancadas de su hogar durante muchas horas al día, y a veces por completo, como sucede en el caso de las sirvientas, que, sin duda, ocupan en nuestras sociedades modernas y en países como el nuestro, una posición muy semejante a la de los esclavos de la antigüedad? ¿Acaso no hay varios millares de mujeres alejadas de los quehaceres domésticos, obligadas a ganarse el pan en ocupaciones que ninguna afinidad tienen con esas de carácter familiar a que los antifeministas quisieran verlas exclusivamente consagradas?

La absorción de la mujer por tareas ajenas a su tradicional dedicación doméstica; su irrupción en el terreno de actividades que antes se consideraban privativas del hombre; su entrada al campo abierto de la producción industrial o del trabajo comercial y profesional, son fenómenos que se vienen produciendo en todas partes del mundo, como consecuencia característica de las condiciones sociales de la vida moderna.

El industrialismo capitalista, en el despliegue de su gran potencia desquiciadora de antiguos moldes y de antiguas costumbres, ejerce una atracción fatal e irresistible de verdadero "maelstroom" económico en el océano de la vida social, llevando a todas partes un sacudimiento profundo, removiendo las aguas tranquilas de los viejos hábitos y relaciones familiares y haciendo que en su vórtice caigan, como presas irredimibles, no tan sólo los hombres sino también las mujeres y hasta los niños.

El antiguo taller del artesano que trabajaba rodeado de su familia y donde las mujeres podían aportar el contributo de su esfuerzo productivo, hilando en la rueca o tejiendo en el telar, sin tener que abandonar por eso el cuidado de la prole ni las demás tareas domésticas, ese pequeño taller, que era una prolongación del hogar, o el hogar mismo, ha debido ceder su paso a la gran manufactura, a la fábrica moderna, a la fábrica monstruosa, donde ruge y triunfa, sobrepujándose constantemente a sí mismo, el siempre renovado prodigio de la maquinaria. La idílica rueca y el taller a mano han debido dejar su sitio a los maravillosos organismos de acero que multiplican al infinito el trabajo del hombre; y la máquina, corazón potente que llena con sus latidos el ámbito de los nuevos talleres, fue el centro en torno del cual han debido congregarse las muchedumbres laboriosas, el proletariado moderno, primera creación del capitalismo, caravana de trabajadores libertados de la servidumbre de la gleba o desalojados del taller familiar, para ser puestos completamente al servicio de la nueva potestad económica que se adueñaba del mundo. **(Aplausos en la barra.)**

La máquina, ese esclavo de hierro, que, según la expresión de un filósofo antiguo, estaba llamado a libertar al esclavo de carne y hueso, empleada como instrumento de explotación, llegó a ser un Moloch, un monstruo insaciable que se alimenta de carne humana, y hasta un feroz Minotauro, porque también devora pequeñuelos. Sus tentáculos de hierro hicieron presa en todos los miembros de la familia proletaria, que fue así dispersada a los cuatro vientos de la explotación industrial. El salario del padre debió ser completado con el de la madre y con el de los hijos, que, por otra parte, le hacen la competencia...

**Señor Mendiondo.** — ¿Me permite una

interrupción...? El señor constituyente hace un parangón que no tiene lógica: involucra el trabajo de la mujer con los derechos políticos, que son una cosa muy distinta.

**Señor Frugoni.** — Si el señor constituyente quiere tener la amabilidad de escucharme con un poquito de paciencia, tal vez, de aquí a un rato, se dé perfecta cuenta de la relación que existe entre lo que estoy diciendo y los derechos políticos de las mujeres, que deseo defender.

Decía, señor presidente, que el hogar del pobre fue deshecho, quedó como triturado por el engranaje de la explotación, y las nuevas Margaritas no cantaron ya su canción del "Rey de Thulé" hilando en la rueca, sino que debieron permanecer inclinadas atentamente ante una máquina complicada y vertiginosa, en el vasto local de una usina llena de jóvenes y viejas operarias.

Por otra parte, el desarrollo técnico industrial y las facilidades crecientes de los intercambios comerciales, hicieron inútiles muchas tareas domésticas, como por ejemplo: la elaboración del pan, el tejido de las telas, la confección de las ropas. Y todo ello acreció la necesidad del trabajo femenino fuera de casa como un medio de evitar el parasitismo, gravoso, deprimente para el nivel material de la familia y para la condición moral de la mujer, porque la obliga a permanecer sometida, aun muchas veces contra sus más ardientes deseos, al hombre —padre, esposo o hermano—, que produce y que gana. Y nada contribuyó tanto a formar un nuevo concepto de la condición de la mujer, en la familia y en la sociedad, como esa necesidad creciente que tuvo de ganarse la vida en el comercio y en la industria, derivando así sus actividades hacia zonas cada vez más apartadas del hogar y de sus preocupaciones.

Es, sin duda, doloroso ver a la mujer apartada del cuidado de los suyos, y llevada por el viento de la vida a trabajos que a menudo la afean, la agostan y la deforman; pero ello ofrece siquiera la compensación, no despreciable, de despertar en el espíritu femenino ansias de emancipación, anhelo de mejoramiento y dignificación, el deseo de ocupar al lado del hombre, no el sitio de una inconsciente sometida, simple instrumento de placer o máquina de procrear, o lamentable bestia de carga, o las tres cosas a la vez, sino el sitio de una altiva, noble y consciente compañera del hombre. **(Aplausos en la barra.)**

De ahí surge el feminismo en todas sus manifestaciones; de ahí surge ese gran movimiento colectivo en pro de los derechos tan injustamente negados a la más alta mitad del género humano, —para valerme de una frase consagrada—.

Ese dolor del trabajo en competencia con el hombre, ha sido fecundo para la mujer, porque encerraba el germen de las más potentes aspiraciones de emancipación femenina y de los mayores esfuerzos en pro de su elevación material, moral e intelectual.

Habiendo cambiado su situación de hecho, tenían necesariamente que operarse cambios de derecho, operarse modificaciones en la condición jurídica y política de esa eterna oprimida; y obsérvese bien que no son estos cambios de derecho los que la apartan del hogar, donde estuvo recluida como una prisionera, y donde hoy mismo soporta una absurda servidumbre moral e intelectual, y a veces material también, sino esos cambios en su situación de hecho, que, cuando no vienen acompañados de los progresos jurídicos necesarios a la defensa y a la expansión de la personalidad, sólo significan el cambio de la esclavitud doméstica por otra esclavitud.

..........................................

**Señor presidente.** — Continúa el doctor Frugoni con la palabra.

**Señor Frugoni** — El señor constituyente Secco Illa me ha interrumpido precisamente en el instante en que yo me proponía ser un tanto cortés y galante con los elementos católicos de esta asamblea...

**Señor Secco Illa** — Muchísimas gracias.

**Señor Frugoni** — ...porque iba a decir que si mi compañero de delegación citaba frases de la Biblia y de los padres de la iglesia, yo, para atenuar un poco la mala impresión que esas citas pudieran haber producido en el ánimo de los componentes católicos de esta asamblea, iba a traer a colación una frase de un personaje que es cristiano también, pero que fue, sobre todo, un gran enemigo del catolicismo, para que se vea que nosotros no escogemos nuestras citas con el único propósito de mortificar a los creyentes de ninguna religión determinada. Un monje conocidísimo, —sobre todo, creo, del distinguido constituyente doctor Secco Illa—, Martín Lutero...

**Señor Secco Illa** — De nombre. (**Risas.**)

**Señor Frugoni** — ..creía, recogiendo un concepto que primaba en su época, que la mujer no debe tener más misión que la de hacer hijos; si se fatiga y padece, decía con los alumbramientos, y al último muere de ellos, no importa que muera solamente de dar vida, pues para eso es. Hoy, estas palabras del austero padre de la reforma suenan a extravío brutal; hoy nadie cree que las mujeres no tengan más misión que la de hacer hijos; hoy queremos que si llegan a ser madres, sean madres que sepan cuidar y criar a sus hijos; que sepan educarlos, que sepan inculcarles nobles y elevados sentimientos —ciencia difícil, por cierto, que no pueden tener las pobres mujeres que sólo viven para la función física de la maternidad—. Tampoco es admisible que esa suprema misión de ser madre, aun en el más alto y espiritual sentido de la palabra, haya de erigirse en una condena al renunciamiento de otros puros goces de la vida y de otras actividades fecundas.

Por lo demás, cuando se pretende que los derechos y libertades femeninas son perjudiciales al mejor cumplimiento de esos indicados fines naturales, ocurre advertir que no todas las mujeres son llamadas al ejercicio de la augusta función maternal, pues no son pocas las que quedan proscriptas, generalmente bien a pesar suyo, del desempeño de tan trascendental papel biológico y sociológico.

No debemos olvidar el inmenso número de las que no logran arribar al matrimonio y que sin el apoyo de un compañero, por lo tanto, sin el refugio de un acto viril que las ponga a cubierto de las vicisitudes del mundo, quedan condenadas a la más triste de las suertes, cuando no están habilitadas por su educación, por las costumbres y por las leyes, para constituirse en su propio sostén y hasta en sostén de los suyos, hallando en la aptitud para el trabajo decoroso y bien remunerado el medio de sustraerse al yugo de los oficios más esclavizados y peor retribuidos, o al peligro de la prostitución, esa plaga que asume en los tiempos modernos proporciones terribles, baldón infamante del orden social que la origina o la estimula, la más formidable acusación que pueda dirigirse contra el régimen económico de donde brota como una monstruosa rama de frutos envenenados. (**¡Muy bien!**)

Se dice vulgarmente: la mujer para el hogar. Se ha dicho esto mismo hasta el cansancio, en esta asamblea por parte de algunos de los señores convencionales: "¡la mujer para el hogar!" pero quienes tal cosa dicen, no advierten que más lógico sería decir primero: el hogar para la mujer.

Muchas son, en efecto, las que carecen de él, las que no podrían tenerlo nunca, las que sí han tenido uno al lado de sus padres, lo han perdido al morir éstos o al haberse dispersado todos los miembros de la familia a los golpes del viento de la adversidad y de la miseria. Reconozcámosles, pues, el derecho de formarse uno con el concurso de sus propias fuerzas, o de reconstruirse el antiguo por la virtud de su trabajo, al amparo de leyes que les permitan sentirse libres y dueñas por entero de sí mismas en el uso y despliegue de todas sus facultades naturales. Pero sobre todo, si queremos que el hogar sea para la mujer, no tan sólo debemos tratar de que lo tenga, sino también de mejorar su situación dentro de él, haciéndoselo agradable por el bienestar que en él encuentre y por la posición que en él ocupe.

La familia proletaria no tiene hogar. Hacinada en un cuartucho de un inmundo e insalubre conventillo, sus miembros, con excepción acaso de la madre, que lava la ropa y hace la comida, —cuando no va también a la fábrica— apenas están en casa el tiempo preciso para comer y dormir...

**Señor Segundo (don Juan José)** — Y para lavar.

**Señor Frugoni** — ...decidles a las hijas de una de esas familias —obligadas para no morirse de hambre, a trabajar en la fábrica, en el taller o en la oficina—, que deben ser mujeres de su casa —usando de la socorrida expresión—, que deben dedicarse exclusivamente a los cuidados del hogar; y estas palabras parecerán encerrar el más sangriento de los sarcasmos: para ser mujeres de su casa es preciso tenerla, y ellas no la tienen.

En realidad, suelen ser mujeres de su casa a su modo, pues trabajan fuera de la casa para el mantenimiento de la casa y para su propio mantenimiento. A veces, no van a trabajar fuera: cosen o bordan o aparan en su propio domicilio, y entonces no son más que lamentables engranajes de la fábrica que las emplea, o de la empresa

que las ocupa; y el hogar mismo, donde no hay tiempo para cuidar debidamente a los pequeñuelos, ni para ninguna saludable expansión del espíritu; el hogar, donde se trabaja durante jornadas excesivas, tanto más excesivas cuanto más mezquino es el salario, que generalmente lo es mucho; el hogar mismo no es, en este caso, más que una prolongación del taller, un reducido anexo de la fábrica. No es por cierto envidiable la situación de las mujeres que ven agotar en las fábricas sus primaverales encantos y arruinada su salud, sometidas a tareas abrumadoras y mal remuneradas; pero no es mejor la suerte de las que deben permanecer en sus casas desde la mañana hasta la noche, trabajando sin descanso, cosiendo, por ejemplo, en cuartos privados en absoluto de aire y luz.

Yo pregunto qué gana la sociedad y qué gana la especie cuando las obreras que llenan un taller son consignadas, por conveniencia de sus mismos patronos, a sus respectivos domicilios, para hacer allí lo que podrían hacer en la fábrica, en mejor local, generalmente con mejores jornales, y siempre amparadas, cuando menos, por leyes limitativas del horario y por medidas higiénicas que en su hogar no tienen entrada.

Nada gana la sociedad ni nada gana la especie; sino que, por el contrario, pierden mucho, pues todo ello se traduce en disminución de los jornales y aniquilamiento de la salud. Y entretanto, señor presidente, un deber surge claro, preciso y categórico; el de renococer a todas las mujeres que así se ganan el pan con el sudor de su frente, —según el precepto bíblico—, y así se incorporan con dolor al movimiento productivo de la colectividad, los derechos civiles que les aseguren el goce de su salario y la administración de sus propios bienes; y conjuntamente con esos derechos civiles, el derecho político de intervenir en la elaboración de leyes que las pongan a cubierto de los excesos de la explotación industrial, en la confección de las normas jurídicas que han de regir su trabajo y su vida. **(¡Muy bien!)**

Estas facultades, a las que no son mujeres de su casa porque no pueden o no quieren serlo, no van a perturbarlas. A las que lo son, no impedirán que continúen siéndolo.

Pretender negar estas facultades a todas las mujeres, casadas o no, con hogar o sin él, por el hecho de que en algún caso excepcionalísimo estas facultades puedan ser más o menos perturbadoras para las virtudes domésticas, es generalizar demasiado el criterio del señor constituyente Segundo, que considera un argumento formidable contra nuestra tesis, un argumento poderoso para no concederle absolutamente a ninguna mujer el derecho del voto, la observación de que a una señora embarazada podría resultarle peligrosísimo ponerse en viaje en nuestra campaña —donde los caminos suelen ser tan malos— para ir a depositar su voto en las urnas un día de elecciones.

**Señor Segundo (don Juan José)** — ¿Me permite una interrupción?

.........................................

**Señor Frugoni** — A mi disertación, que estaba asumiendo caracteres un tanto dramáticos, le hacía falta, sin duda, un intervalo cómico. El señor constituyente Segundo ha tenido a bien facilitarlo...

**Señor Segundo (don Juan José)** — Porque lo provocó el señor constituyente; yo estaba muy sosegado.

**Señor Frugoni** — ...introduciendo este risueño intermedio. Le agradezco la intervención hilarante, porque con ella contribuye a hacer un poco más amena mi disertación.

**Señor Segundo (don Juan José)** — Con mucho gusto.

**Señor Frugoni** — Yo iba diciendo, señor presidente, o quería empezar a decir, que me resulta enormemente absurdo que las personas que tienen la misión de guiar a las generaciones en sus primeros pasos, de cuidarlas para que se críen fuertes, sanas y morales, en los primeros años de la vida, de los cuales suelen depender todos los demás, no tengan el derecho de intervenir, siquiera sea con su voto, en la solución de los problemas que afectan a la suerte presente y futura de esas mismas generaciones. Mucho se ha cantado, y mucho se canta en todos los tonos la importancia, la belleza y la grandeza de la función desempeñada por las madres y por las educadoras; mucho se exalta y nunca se exaltará bastante la gloria y el sacrificio de la maternidad, de la maternidad física y de la moral, porque el magisterio es también, en cierto modo, una forma de maternidad. Todos amamos y reverenciamos a nuestras madres, y a nuestras maestras los que las hemos tenido; pero, contradicción inadmisible: les negamos,

les usurpamos, les robamos un derecho que reconocemos a sus criaturas...

.........................................

**Señor Segundo (don Juan José)** — El señor constituyente Frugoni debería ocuparse de que en esos conventillos donde están esas criaturas andrajosas y sucias, en lugar de pensar la madre en ir a votar se ocupara de bañar y arreglar a sus hijos. **(Hilaridad.) (Aplausos en la barra.)**

**Señor Frugoni** — Ese cuadro, lo que significa es que los legisladores, entre los cuales se encuentra el propio señor Segundo deberían preocuparse de mejorar las condiciones económicas de esas pobres mujeres y de esos pobres niños. **(Aplausos en la barra.)**

**Señor Segundo (don Juan José)** — Y la manera de preocuparme yo, es decirles a las mujeres que no vayan a votar y que se ocupen de bañar a sus hijos.

**Señor Frugoni** — Tal vez si las mujeres fueran a votar sabrían elegir legisladores que se preocuparan de su suerte y de sus condiciones.

**Señor Segundo (don Juan José)** — Debo advertirle que yo me tendría fe como candidato entre las mujeres.

**Señor Mibelli (don Celestino)** — Si las mujeres tuvieran el derecho al voto, probablemente harían que fueran otras personas a bañarse.

.........................................

Aquellas naciones, Francia, Inglaterra, Rusia, Bélgica, Alemania, tal vez Italia y Austria cuando reanuden la normalidad de su vida laboriosa y pacífica, lo harán abriendo para la mujer de par en par las puertas de la vida pública, para que la comparta con el hombre, como con el hombre comparte todos los esfuerzos, todos los sacrificios y las vicisitudes, todas las penurias y las alternativas, todas las angustias, todas las derrotas y todos los triunfos de la vida de la nación. **(Aplausos en la barra.)**

Y bien: si nosotros no hacemos lo mismo, si nosotros nos obstinamos en mantener el precepto constitucional que estamos discutiendo, habremos quedado rezagados, señor presidente, rezagados por mucho tiempo; nosotros, que tenemos la obligación, por nuestra condición de pueblo joven sin la impedimenta de ciertas tradiciones arraigadas y de ciertos perjuicios seculares, de marchar a la vanguardia en el camino de la evolución legislativa.

Demos, pues, personería a la mujer en nuestra vida institucional; incorporémosla a la soberanía de nuestro pueblo; y habremos hecho de ese modo obra de reparación, de franqueza y de lealtad, siendo fieles en un todo a los verdaderos principios de la democracia y a los dictados inesquivables de un verdadero sentimiento de justicia.

He terminado. — **(Prolongados aplausos en la sala y en la barra.)**

## CONCEPTO DE UNA CONSTITUCIÓN

.........................................

**Señor Frugoni.** — Quiero aprovechar la ocasión, señor presidente, para hacer una exposición algo detenida del concepto que tenemos de lo que debe ser la nueva constitución de un país como el nuestro, para explicar mejor nuestro criterio y nuestra actitud en el caso que nos ocupa, y fundamentar, de paso, el proyecto por nosotros elaborado, que continuaremos sosteniendo a pesar del convenio realizado por los representantes de los dos partidos tradicionales. Espero que la honorable asamblea acogerá sin mayores alarmas este propósito mío, porque gracias y en atención a la exposición que voy a hacer ahora, podremos evitarnos insistir mayormente en los conceptos vertidos más adelante, cuando se discutan por separado las diversas enmiendas o los diversos capítulos de la carta fundamental.

Al contrario del representante de la delegación católica en el seno de la Comisión de Reformas, que no aceptó por considerarla excesiva la extensión acordada a la reforma constitucional por este proyecto, nosotros entendemos que uno de los mayores defectos de este plan de enmiendas consiste, precisamente en no contener más que reformas de carácter puramente político.

La nueva constitución de un estado no puede ser ya, como lo es en la nuestra una simple norma para la organización y el juego de los poderes, ni una simple declaración sobre la soberanía y respeto del régimen de garantías. Esto pudo ser mientras predominaba el liberalismo abstencionista, que dedicaba casi exclusivamente las constituciones a darles forma a los poderes, de-

limitando sus atribuciones respectivas, y a crear el régimen de garantías. Pero hoy, bajo el ascendiente de los problemas sociales y ante la necesidad que ha habido de asignarle al estado una función cada vez más profundamente social, las constituciones deben elaborarse sobre la base de un principio activo que extienda la intervención de la ley de acuerdo con las solicitaciones de la utilidad general, y obligue a los poderes públicos a hacer todo lo que se considere conveniente, en vez de limitarse a impedir que hagan lo que a nadie o a pocos conviene.

.......................................

La nueva Constitución de la República no debe ser, señor presidente, la fachada, más o menos vistosa de un edificio incompleto y en el fondo primitivo. Tal será si ha de circunscribirse a modificar las formas exteriores de ejercer el gobierno y a fijar la extensión de las diversas y respectivas atribuciones de los distintos poderes, sin abrir cauces ni crear estímulos a la vida nacional en los órdenes primordiales, sin promover con eficacia el desenvolvimiento económico del país, sin garantizar el progreso cultural y social en todos los terrenos, imponiéndolo mediante obligaciones a las clases que lo resisten o lo obstaculizan y mediante el amparo, real y positivo, a los derechos más respetables, así como a las más vitales conveniencias de la nación.

Un código que sólo nos diera adelantadas formas políticas, nos proporcionaría buenos instrumentos de democracia que acaso no sabríamos manejar.

Estos países de América, apenas se vieron libres y dueños absolutos de sus destinos, se apresuraron a implantar instituciones políticas que permitiesen hacer efectiva la soberanía popular en el gobierno de la nación, y procedieron perfectísimamente bien; pero se vieron de ese modo armados de instrumentos de los cuales no sabían hacer aún el uso debido.

El derecho del sufragio, por ejemplo, base y principio esencial de la democracia, en manos de un pueblo atrasado, ignorante, sin clara noción de sus verdaderos intereses, a merced de la sugestión de los caudillos o de cualquier otra sugestión espuria, sólo puede dar resultados muy mediocres, cuando no francamente malos.

El sufragio universal, dice Berstein, para una muchedumbre intelectualmente inferior puede no ser sino el derecho de elegir a sus propios verdugos. No hemos de creer, por esto, sin embargo, que a esos pueblos haya de privárseles de derecho tan necesario, tan imprescindible para la vida democrática; como no hemos de creer que la mejor manera de evitar que los hombres ingieran ciertos alimentos perjudiciales para su salud, consista en arrancarles los dientes.

Ningún vegetariano, por fanático que sea, pensaría en semejante solución para impedir que los hombres coman carne. (Hilaridad.)

Lo que reclamamos es que se coloque al pueblo en condiciones de ejercer ese derecho, es decir, de aplicar debidamente sus medios naturales.

En materia de educación política bien sé yo que la mejor escuela es la práctica, porque a este respecto, como respecto de muchas otras cosas, se aprende a andar, caminando. Ejerciendo las facultades cívicas, es como se aprende a ejercerlas. Es necesario, primero, que el pueblo pueda votar para que luego llegue a saber votar. El mismo Berstein nos dice que el sufragio universal es un instrumento que concluye por transformar a los representantes del pueblo en servidores del pueblo, y nos recuerda que en Alemania el sufragio universal empezó por ser un instrumento en manos de Bismarck, pero que finalmente fue el sufragio universal quien concluyó por servirse del célebre "canciller de hierro".

Pero suelen existir circunstancias de orden material que imposibilitan, que impiden el ejercicio mismo del derecho o que se oponen poderosamente a que este ejercicio se haga en debida forma, de modo que la acción, la influencia educadora que la función podría tener por sí sola, queda contrarrestada, anulada en la práctica, por la influencia de tales circunstancias.

Para que la constitución escrita de un país no sea puramente nominal, debe tener por base la constitución real de la sociedad, porque las leyes que contrarían fuerzas más poderosas que las suyas, naturalmente, quedan condenadas a no cumplirse. Darle a un país el título de democracia y no poner a su pueblo en condiciones de comprender y de ejercer la democracia, es casi tanto como pretender, según el conocido ejemplo de Lasalle, que una higuera deje de serlo,

porque le colguemos un letrero que diga: esto es un manzano.

Yo no ignoro que consideraciones parecidas suelen servir para que los enamorados del quietismo legislativo y de la teoría de que las leyes deben marchar siempre a remolque de las costumbres, limitándose a consagrar los hechos consumados, sin atreverse nunca a modificarlas, arriben falsamente a la conclusión de que es inútil y anticientífico tratar de apresurar, con el impulso de la ley, el proceso de la evolución histórica.

Olvidan, quienes así razonan, que si las leyes y constituciones escritas son ineficaces cuando no responden a la constitución real de una sociedad, es sencillamente —quiero decirlo aunque esto parezca una razón de monsieur de la Pallisse— porque su fuerza es muy pequeña, o nula en absoluto, frente a las fuerzas en que se sustentan las costumbres y los intereses creados. Pero hay costumbres y hay intereses creados que sólo se mantienen, que sólo subsisten porque se les tolera, o que se basan en fuerzas que la nueva ley, traduciendo intereses más apremiantes, podría fácilmente contrarrestar en cuanto esos intereses adquiriesen conciencia de sí mismos y se dispusieran a sobreponerse.

Las instituciones de un país suelen estar siempre compuestas de una buena parte de formas jurídicas sobrevivientes, que perduran aun cuando pertenezcan a anteriores estadios de evolución, y que, por tanto, dificultan en crecimiento, el desenvolvimiento de las fuerzas vivas y modernas.

La ley escrita que echa por tierra una de esas formas jurídicas anacrónicas, traduce potencias sociales actualmente más poderosas, lo cual debe responder a necesidades sentidas y a una nueva constitución real que se va plasmando por debajo de la vieja constitución consagrada por la antigua ley escrita, a la cual resquebraja y obliga a modificarse a medida de sus cambios y de su desarrollo.

El problema de la eficacia de la ley, es, pues, el problema de la fuerza, no de la simple fuerza en la cual creyeron encontrar base estable muchas situaciones que fueron, precisamente por eso, por no tener en su favor más que el apoyo de las bayonetas, situaciones efímeras. Y es que, como muy bien lo había dicho Tayllerand, las bayonetas sirven para todo, menos para sentarse encima, con lo que quería dar a entender que no pueden constituir por sí solas apoyo seguro para ningún poder del estado. La institución que tenga, pues, de su parte el apoyo más eficaz en los intereses sociales, es la que vence y se impone. De modo que cuando hablamos de la necesidad de que las constituciones escritas sean también reales, no es que queramos adaptar la ley a los vicios estructurales ni a los anacronismos consuetudinarios de la sociedad, sino que, por el contrario, queremos modificar la estructura de la sociedad y combatir las costumbres de antemano condenadas por la fatalidad del progreso histórico, haciendo que esa estructura se adapte al espíritu de la nueva ley, que viene inspirada en intereses hoy superiores a los que antes determinaron aquellas formas anticuadas y aquellos anacronismos.

La ley escrita será así real, y cuando prometa, por ejemplo, la libertad política para todos los ciudadanos de una nación, no hará una vana promesa, si al mismo tiempo se preocupa de suprimir las condiciones que hacen a unos hombres, en todos los terrenos, dependientes de la voluntad de otros hombres. Pero se dirá: para que esto suceda, la ley debe representar una fuerza poderosa que necesariamente no estará en su favor mientras subsistan esas condiciones sociales precisamente esas mismas condiciones sociales que son entonces el signo de la constitución real.

Desde luego, no se advierte, al decir esto que en numerosos casos, sobre todo en países como el nuestro, el estado es una especie de fuerza social autónoma frente a las otras fuerzas sociales desorientadas o dispersas, por lo cual bastará, en esos casos, que se proponga hacerlo, para que pueda más que ciertos intereses creados, que ciertas instituciones consagradas y que ciertos presuntos derechos adquiridos.

Por otra parte, bastará que los intereses contrariados, muy poderosos, adquieran conciencia de sí mismos, como ya he dicho, y se dispongan a imponerse, para que ello suceda.

Existen, por ejemplo, ciertos privilegios de clase que conspiran contra los intereses de todas las clases sociales. ¿Cómo podrían persistir, cómo podrían mantenerse si todos los otros intereses afectados, en conjunto muy poderosos, se aunan en una perfecta

comprensión de sí mismos, para defenderse por medio de las instituciones jurídicas?

La ley y el estado serían entonces su órgano, el órgano de los intereses rebelados, y las disposiciones legales pasarían a ser, así, no ya el cartel inútil con que un hortelano demente pretende trocar una palmera en un roble, sino la herramienta eficaz con que se limpia de plantas nocivas y parasitarias el huerto para que puedan crecer, prósperos y lozanos, los árboles de bendición.

He ahí, señor presidente, la idea que nosotros tenemos de la obra que podría salir del seno de esta convención, si ella supiera sobreponer por encima de ciertos preconceptos y de ciertas conveniencias especiales, las supremas conveniencias del pueblo en su vasto conjunto.

Consagraremos moldes políticos muy perfectos tal vez, pero esos órganos no podrán funcionar debidamente si no los animamos de un espíritu que sólo puede venir de un pueblo capacitado y materialmente libre.

Ese espíritu tendremos que crearlo con la ayuda de instituciones que amparen la suerte y la situación de los hombres de trabajo, que establezcan en el país bases seguras para el desarrollo autónomo de la personalidad del pueblo, que socialicen a lo menos en parte, la prosperidad económica y el bienestar de los individuos, para que la patria sea realmente de todos, no en el sentido estrecho de quienes gritando: "patria para todos", en ruidosas manifestaciones partidistas, solamente parecían reclamar, presupuesto nacional para todos, pues eran los mismos que no querían oír hablar del fraccionamiento de los latifundios por la acción del impuesto progresivo sobre la renta del suelo, sino en el sentido amplio, fundamental y fecundo de que el territorio no sea patrimonio exclusivo de una casta privilegiada, y de que cuantos hombres viven bajo la égida de nuestras leyes encuentren oportunidades de trabajo que les permitan reintegrarse a la actividad general y sentirse beneficiados por la ley suprema de una solidaridad efectiva entre todos los componentes del cuerpo palpitante y evolutivo de la nación... **(Apoyados.) (Aplausos en la sala y en la barra.)**

.........................................

El modo de realizarse la evolución jurídica, dice un sociólogo contemporáneo, presenta elementos comunes debido a la común naturaleza humana, a la tendencia hacia la uniformidad de las condiciones sociales, y a la adaptación y asimilación.

Y bien: esto, señor presidente, lejos de librarnos del deber de modificar, de reformar nuestra constitución de acuerdo con nuestras necesidades, nos impone, por el contrario, la obligación de darnos la constitución que necesitamos, adelantándonos a otras sociedades, porque no existe razón para que en vez de dar nosotros el ejemplo de las reformas que nos convienen tengamos que recibirlas de otras naciones. No olvidemos que como pueblo joven estamos en condiciones muy favorables para innovar. Estos países nuevos tienen una gran elasticidad de adaptación, precisamente porque el tiempo no ha endurecido aún el esqueleto de su constitución real con las osificaciones de intereses creados y de costumbres seculares que tanto dificultan la evolución jurídica en las sociedades viejas.

.........................................

Las legislaciones son organismos en continuo desarrollo, a los cuales no se les puede imponer un alto en su crecimiento sin violar leyes vitales y sin exponernos a retrocesos definitivos.

Con este criterio, señor presidente, hemos proyectado una nueva constitución en la cual, sin descuidar las instituciones políticas que queremos sean amplias y verdaderamente democráticas para garantizar y estimular la intervención decisiva del pueblo en el manejo de la cosa pública, nos preocupamos de regular las relaciones de los hombres en el terreno del trabajo; de suprimir obstáculos al racional desenvolvimiento del país; de velar por su progreso en todo sentido; de amparar la suerte de los elementos fundamentales de la riqueza y del engrandecimiento nacionales, protegiendo al hombre como productor al mismo tiempo que lo elevamos como ciudadano.

Esta preocupación nuestra por la suerte del hombre como productor y por el porvenir económico del país acusa un interés real y bien entendido por los destinos morales de la república. Porque es preciso colocar al pueblo en buenas condiciones de vida para que se eleve moral e intelectualmente y para que pueda hacer uso de todos sus derechos con la más completa libertad y conciencia.

Todas las constituciones modernas, co-

mo observa Alberdi, tienden a asegurar e. goce de la libertad; pero la verdad es, señor presidente, que si no se establecen los medios de obtener dicho fin, éste queda reducido a una simple aspiración abstracta e inasequible. Lo importante es, pues, dotar al pueblo de los medios que le permitan hacer uso de todos los derechos inherentes a la libertad que se proclama.

Las primeras constituciones de estos países de América fueron dictadas bajo el pensamiento predominante entonces en el espíritu público, de la independencia nacional, porque los hombres que las dictaron estaban todavía vibrantes de las luchas mantenidas por romper el yugo extranjero.

Fueron, pues, en tal virtud, siendo el problema de la época la cuestión política, constituciones de simple organización política las que dictaron.

Por otra parte, tratándose de sociedades rudimentarias, ni siquiera se diseñaba aún en ellas el germen de los problemas futuros, por lo cual no es de extrañarse que hayan desamparado el porvenir en países en que el porvenir lo es todo.

Hoy estamos frente a otros problemas y bajo otras solicitaciones. Entonces, lo que había que hacer, antes que nada, era organizar la nación; hoy, lo que urge —ya se ha dicho— es organizar la civilización.

El progreso nos ha colocado, frente a frente, ante exigencias sociales que imponen una revisión del viejo concepto de las funciones del estado. Por eso creemos útil incorporar a las disposiciones constitucionales los principios de legislación social que consideramos imprescindibles para defender a la raza, a la colectividad y al individuo, ya que, según el pensamiento de Marco Aurelio, que encierra una profunda enseñanza de conducta legislativa, "lo que beneficia al panal, beneficia a la abeja; lo que beneficia a la abeja, beneficia al panal". En los vastos dominios de la producción contemporánea, las abejas suelen ser sacrificadas sin advertirse que ese sacrificio perjudica al panal.

Se olvida a menudo, aquella otra verdad sentada por Diderot en la enciclopedia, cuando hacía la definición de la palabra "jornalero", usada como sinónimo de "asalariado": "Si el jornalero es miserable, la nación es miserable también."

Obedeciendo a este pensamiento, nosotros hemos querido tutelar las libertades que son esenciales para que los trabajadores puedan defenderse y resistir los excesos de la explotación. Conviene a los más altos intereses nacionales el mejoramiento de la clase productora y su constitución en una fuerza autónoma suficientemente capacitada para impedir su depresión económica y obtener, por la virtud de su unidad de miras, de aspiraciones y de esfuerzos, una elevación progresiva.

Las libertades que necesita, pues, para desplegar esa fecunda virtud, deben ser tuteladas como un patrimonio sagrado de la sociedad y de la especie, patrimonio al cual están íntimamente vinculados los más gloriosos destinos históricos de la república. Y es que tenía mucha razón, señor presidente, el gran Jaurès, cuando decía, no hace todavía muchos años, entre nosotros, con aquella su enorme voz, que era todo un elemento de la naturaleza: "El trabajo es la base de la nación, como es la base de la vida; y mientras el trabajo esté desunido, mientras los trabajadores se vean despreciados, mientras estén perseguidos, mientras se les impida pugnar por sus derechos, será imposible construir la casa de la nación sobre esas piedras pulverizadas." Y añadía: "Los que dictan leyes de represión los que persiguen a las asociaciones obreras, los que impiden a los sindicatos de trabajadores desenvolverse libremente, se me figuran hombres que con una mano quisieran construir un edificio mientras que con la otra van reduciendo a polvo todas las piedras que deben colocar."

Por eso debemos evitar que gobiernos reaccionarios o ignorantes de las supremas conveniencias nacionales puedan dictar, en un recodo de nuestra sinuosa vida política, sin mayores dificultades, esas leyes atentatorias, o, aun sin dictarlas, cometer, a la sombra del silencio constitucional, actos tan reprobables como los que hemos estado presenciando estos días con motivo de la reciente huelga de los frigoríficos.

Cuidemos, señor presidente, de todos los factores de la producción, y, principalmente, el más importante, que es el hombre.

Entre los fenómenos de las sociedades contemporáneas, ninguno tiene tan marcado carácter social como la producción. En ella colaboran todas las fuerzas de la colectividad; ella pone a contribución todas las energías del medio; en ella intervienen millares de hombres, de mujeres y de niños;

las condiciones en que se efectúa tienen, pues, por fuerza, que interesar, que afectar a la sociedad entera. Un taller de nuestros días no es una simple prolongación del domicilio privado: es un verdadero sitio público, desde que en él se congregan muchedumbres de productores cuya vida, cuya conducta y cuya salud no pueden ser del resorte exclusivo de un patrón o de un gerente.

El estado tiene que penetrar en esas casas donde se decide, día a día, la suerte de tantas personas y de tantas familias.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Nada más lógico. Pues bien: las fábricas, los talleres, las usinas, no deben ser tampoco sitios vedados a la reglamentación de la ley pública, sino que, por el contrario, el estado en una penetración pacífica que acaso pudiera parecer un anticipo de la socialización de los centros y medios de producción, debe llevar el amparo de su soberanía a todos los grandes intereses humanos y nacionales que están permanentemente en juego dentro de esos vastos recintos.

Para el antiguo, para el viejo concepto individualista, la libertad era siempre, exclusivamente, un fin en sí mismo; pero hoy, nosotros entendemos que si la libertad es un fin, también debe ser a su vez un medio para la realización de fines más altos.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Por otra parte, los medios que pueden hacer que la libertad no quede reducida a una falsa promesa de las constituciones, —al menos para la mayoría del pueblo—, no pueden limitarse a reformar los resortes institucionales de mero carácter político, como por ejemplo, la organización del Poder Ejecutivo o del gobierno de los departamentos. Cuando falta la libertad económica, todas las otras libertades llegan a ser fácilmente un mito. Un pueblo pobre no es un pueblo libre, por lo mismo que un hombre sin independencia económica carece realmente de independencia.

He aquí, en pocas palabras, un texto de filosofía política que deberían aprenderse de memoria todos cuantos pretenden regir los destinos de una nación y marcar derroteros a su marcha o abrir cauces a su desenvolvimiento.

No hay tiranía como la de la miseria, porque lleva en sí el resumen de todas las sumisiones y el germen de todos los renunciamientos.

¿De qué le sirven a un pueblo las más adelantadas leyes políticas, cuando ese pueblo se muere de hambre? Todas las libertades y todos los derechos acordados por la letra solemne de las más amplias y bellas constituciones ¿no son acaso meras palabras, falsas promesas, letra muerta, cuando les falta a los ciudadanos la facultad de ejercerlos, es decir, la sagrada facultad de vivir, que es naturalmente la base de toda acción, y la independencia económica, condición de toda otra independencia, sin la cual hasta los más elementales derechos resultan impracticables e ilusorios?

Y no se trata, señor presidente, ni siquiera de interpretar el viejo precepto latino de: "Primum vivere deinde philosophari", porque no es solamente para filosofar que los pueblos y los hombres quieren vivir; se trata de vivir primeramente, para luego, mejorar y dignificar la vida. Esta también es filosofía, filosofía práctica que no desdeñaron, por cierto, los idealistas experimentales de nuestra política, con la única salvedad de que la aplicaron al revés, por cuanto parecían muy empeñados en mejorarnos la vida, pero sin dejarnos vivir. **(Hilaridad.)**

Es así como tuvieron para nuestro pueblo atenciones filantrópicas tan conmovedoras como las de las comidas gratuitas en las comisarías y cuarteles, pero no cejaron nunca en su empeño de abrumarlo con toda clase de impuestos sobre los consumos imprescindibles, con lo cual llegaron a parecerse bastante a aquel famoso don Juan de Robres que hizo el hospital, pero antes había hecho los pobres. **(Hilaridad.)**

Nosotros insistimos en estos problemas de interés material tan vinculados a la suerte moral de la colectividad, sin duda por aquello de que sanar el cuerpo es salvar el espíritu, así como sólo puede surgir de un recio tronco de leña, potente y airosa, la espiritualidad de la llama. Pero no hagamos frases, señor presidente, porque haciéndolas se corre el riesgo de estropear con la mala retórica la belleza de ciertas verdades, que como ciertas mujeres ganan mucho desnudas... **(Hilaridad.)**

Digamos, sencillamente, que pugnar por la implantación de las condiciones convenientes a una mayor intensidad de la producción; por la aplicación de los medios ten-

dientes a una mejor distribución de la misma; por la legislación que defienda a la clase trabajadora de las arbitrariedades, injusticias y exacciones del fisco; por la que impida abusos inhumanos de la explotación y repare al obrero contra dolorosas contingencias económicas, entre las cuales se debate hoy casi indefenso, es tratar de sustraer, de rescatar un número cada vez mayor de hombres a ese estado de servidumbre de hecho, que anula en la práctica para centenares, para millares de ciudadanos, todas las libertades políticas y todas las conquistas morales.

No olvidemos que en nuestros campos tenemos todavía una especie de feudalismo, con su cortejo de siervos y de ilotas, y no olvidemos que la esclavitud perdió a Atenas, sin que pudieran salvarla ni la ciencia de los sabios, ni el espíritu inmortal de los filósofos, ni el genio inimitable de sus artistas.

Queremos un país rico, mejor dicho, próspero, no por la riqueza, por la inmensa riqueza de unos pocos, que hacen la miseria de los más, sino por la intensidad de una producción bien distribuida y traducida en altas retribuciones del trabajo. "Prosperidad y no riqueza", dice un escritor francés contemporáneo. "Prosperidad es el dominio sobre las cosas; riqueza es el dominio sobre los hombres." Y si nosotros queremos rico a nuestro país de ese modo, es porque anhelamos la elevación del nivel de vida de nuestro pueblo, condición de su mejoramiento intelectual, entendiendo que la riqueza y el bienestar son base indispensable del progreso cultural y ético de una nación.

.......................................

Nosotros no debemos dormirnos en la satisfacción de haber alcanzado por el esfuerzo de nuestros abuelos en la historia la independencia política de la nacionalidad, ni en la de habernos dado un régimen de libertades públicas que se ha ido perfeccionando poco a poco en las leyes y en las costumbres, aunque a este último respecto mucho queda por hacer todavía. Recordemos, que nos queda por conquistar la libertad económica para nuestro pueblo, conquista que nos convoca a las más ásperas luchas, porque teniendo como base la emancipación integral de los individuos, sólo habrá de alcanzarse abriendo brecha en los intereses de las clases privilegiadas.

Una constitución moderna, señor presidente, no puede olvidar este aspecto de la reorganización de un país; ella tiene que abrir espacio a las aspiraciones y a los esfuerzos que pugnan por encaminar la democracia hacia la integridad luminosa de sus destinos.

Fieles a este pensamiento, nosotros, modestos convencionales de la delegación socialista, nos sentimos orgullosos de haber traducido en un proyecto de realizaciones inmediatamente factible un alto sentimiento nacional y humano y un bien entendido amor por la patria, que halla inútil y peligroso manifestarse en la aparatosa veneración de símbolos externos, tan fácilmente explotables para los peores fines y con las peores intenciones, toda vez que tiene la fecunda ocasión de pronunciarse a cada instante en la lucha por la elevación de las condiciones de trabajo y de vida del pueblo útil, y por el engrandecimiento real y glorioso de la república, mediante el triunfo del espíritu de justicia en las instituciones nacionales, gracias al cual podríamos convocar entonces sin engaños a todos los hombres de la tierra a compartir nuestro pan, a vivir bajo nuestro cielo, a fecundar campos con el músculo y el sudor de sus frentes y a despertar el tesoro dormido de nuestras tierras vírgenes con el golpe de la azada y el promisor desgarramiento del arado. **(¡Muy bien!) (Aplausos en la barra.)**

Por estas razones, que lamento hayan absorbido por demasiado tiempo la atención de la asamblea, nosotros consideramos que el plan de enmiendas que vamos a empezar a discutir debe ser completado, y digo solamente completado, porque habiendo sido todas y cada una de sus cláusulas objeto de un pacto hoy inmodificable, entre la mayoría de los señores convencionales, no es posible pensar en que pueda también ser corregido.

He terminado.

# FRUGONI PERIODISTA

## ARIEL Y CALIBÁN

*Parte final de un artículo de polémica con "El País"*

Al pueblo explotado suele ocurrirle cuando reclama mejores condiciones de vida frente a los "idealistas" cómodamente arrellanados en el banquete del privilegio, que éstos, con olímpico desden le increpen llamándole: "materialista".

Para los periodistas defensores de las ventajas materiales de la burguesía, los socialistas carecemos de idealismo porque exhortamos a las masas proletarias a preocuparse de la defensa de sus intereses. Pero ¿cuál es el idealismo de la burguesía y de los profesionales de la política criolla? Ese "idealismo" consiste en exigirle idealidad a los desposeídos, negándoles al mismo tiempo las condiciones de existencia necesaria para que, sobre la salud del cuerpo, se eleve cada vez más radiante la llama del espíritu. Ese idealismo consiste en oponer las más reales barreras al avance del sentimiento de justicia social, apuntalando las instituciones que creadas por un estrecho egoísmo de clase, hacen perdurar las desigualdades económicas e imponen en el mundo la ley de hierro de los intereses capitalistas. Y se quiere hacer creer que son ellos, los satisfechos y los parásitos mentales del prejuicio organizado los Arieles, los detentores de esa noble virtud de las especulaciones idealistas y los únicos que poseen la abnegación y el espíritu de sacrificio. Ellos, los que se reparten el botín de las riquezas colectivas o navegan con gran tranquilidad de ánimo en las aguas de un plácido conservantismo, dejándose arrullar por los parabienes de los poderosos y el ritmo habitual de una existencia sin privaciones... Para ser socialistas es preciso renunciar a muchas cosas, chocar con muchas fuerzas, soportar francas o disimuladas persecuciones. Nada exige más espíritu de sacrificio que la lucha en nuestras filas. ¿Que no nos guía la luz de ningún ideal? ¡Y quiénes nos lo dicen! Precisamente los representantes de partidos sin ideas, y por consiguiente sin ideales. "Sé estómago" gritaríamos al pueblo, según ellos. ¡Cuán ridícula acusación! Somos el único partido que se esfuerza en hacer del proletariado un gran cerebro. Los paladines del privilegio son los que se empeñan en que el pueblo no sea sino un estómago... Un estómago vacío.

## MI RENUNCIA Y YO

*Fragmentos de una polémica periodística*

El doctor Legnani me ha tomado como tema de uno de sus artículos de exégesis política. Médico al fin, me exhibe en esa su

clínica un tanto dulcamaresca de las columnas de "El Día" a título de sujeto cuya enfermedad descubre y describe con gran lujo de detalles y de imaginación. Ve en mi renuncia del Consejo del Patronato de Delincuentes y Menores, una manifestación patológica de fobia antibatllista y la juzga un episodio más de la lucha del socialismo contra el batllismo.

Yo, desde cierto punto de vista podría sentirme encantado de las derivaciones que el doctor Legnani ha querido darle a los fundamentos de mi renuncia y hasta podría decirme, como aquel enfermo de hospital al oír los términos ditirámbicos con que un ilustre profesor se expresaba ante el corro atento de sus discípulos enseñándoles la magnífica rareza de un tumor precioso para el estudio e investigación científica:

"¡Caramba! Nunca han hablado tan bien de mí..."

Pero no es ese, precisamente, mi estado de ánimo, sino más bien el de aquel otro enfermo que cuando un profesor de nuestra facultad, equivocando el diagnóstico, hablaba ante los alumnos de los fuertes vómitos que habían sobrevenido al paciente, al interrumpirle para decir que no había tenido tales vómitos, obtuvo un:

"¡Cállese usted la boca y no me contradiga, so ignorante...!"

Yo he de decirle al doctor Legnani que no hay en mi renuncia tales "vómitos" contra el batllismo, sino ataques a malas prácticas de gobierno y referencias a dos malas designaciones de una de las cuales es culpable el batllismo, siendo culpable de la otra el nacionalismo.

.........................................

Pero no he de sostener en serio —claro está— que el doctor Legnani para formular su diagnóstico se concrete a esa nota renuncia. Tiene sin duda en cuenta, actos anteriores de mi modesta vida pública y de mi partido; y de aquello y esto arranca para atribuirme una especie de ofuscación colérica engendrada por el fastidio que nos causaría nuestra impotencia para crecer políticamente ante la obra del batllismo, el cual "alcanza idénticas metas que las que se propone y no alcanza el estrepitoso socialismo".

Según el doctor Legnani, los Leandros de nuestros ideales quedaron huérfanos de Crispines porque todos se volcaron hacia el lado de los Leandros batllistas. En su caprichosa alegoría los Crispines son los sufragios... Y eso sería lo que nos encalabrina. Sin embargo no parece estar muy convencido de la certeza científica de su explicación psicológica porque a poco de andar reconoce que menos hábiles que el cribismo —así lo dice él— nos restamos votos dándonos un programa. Y he ahí como se va acercando sin quererlo, a la explicación verdadera de nuestra lucha contra el batllismo y demás partidos burgueses. ¡Tenemos un programa! Un programa que obliga y que responde a ideas concretas e ideales definidos. El doctor Legnani cree, por lo visto, que podríamos no tenerlo o cambiarlo... Pero entonces no seríamos lo que somos, aunque tuviésemos más votos, como los tienen hasta hoy los católicos de la Unión Cívica. Nuestros Leandros son así. Prefieren quedarse sin Crispines antes que disponer de muchos Crispines a condición de no seguir siendo Leandros.

.........................................

Pero consecuentes con el criterio que nos llevaba a estar junto al batllismo en esas campañas, estábamos y estamos frente a él cuando combatimos las fuerzas regresivas del tradicionalismo político, el atavismo de la divisa a que se mantiene aferrado precisamente, por cálculo electoral; cuando atacamos la plaga del burocratismo que él fomenta; cuando denunciamos la política fiscal de encarecimiento y despojo que él alienta o desarrolla; cuando abominamos de la corrupción de los caracteres por medio de la prebenda oficial o del juego oficializado, dos virus terribles que él cultiva amorosamente ...

He ahí explicada, por si realmente hacía falta nuestra conducta de ayer, y de hoy, con respecto al batllismo. Compárese esa conducta con la que, según propia confesión del doctor Legnani adopta el batllismo respecto de nosotros. Oigámosle: "¿Que los proyectos de Frugoni son más completos y bonitos? ¿Que fueron presentados antes y no fueron apoyados? Y bien ¡tenga paciencia! No convenía prestigiar a Frugoni. A favor del prestigio se pretenden luego cosas que no cuadran. Convenía en vez prestigiar al batllismo. La política es así. No se enoje, o enójese, pero será enojo inútil."

Ya lo ven ustedes: la política del bat-

llismo es así. El doctor Cima, y sus cómplices en el senado, retardando catorce años la reglamentación del trabajo de mujeres y niños para no transformar en ley un proyecto mío, ponen en práctica esa política. Yo lo había dicho y ahora el doctor Legnani confirma mi aserto. Y no deja de ser gracioso que habiéndose propuesto este distinguido hombre público desentrañar la psicología de mis actitudes políticas haya concluido por revelarnos el secreto —secreto a voces— de ciertas maniobras del batllismo. Y no menos gracioso es que después de haberme enseñado que no debo esperar el concurso de los batllistas para mis iniciativas o proposiciones, me induzca a prestarme a colaborar cada vez que a ello se me invite. Si los que se dicen avanzados manifiestan no estar dispuestos a acompañarme, en ningún momento, ¿de quiénes debo esperar el necesario concurso? ¿De los reaccionarios? Mi renuncia, como se ve, acaba de recibir el refuerzo de una justificación inesperada.

("Imparcial" - 1927)

## MIRANDO A LA DISTANCIA

Sería cosa de nunca acabar hacer el recuento de todo lo que en su obra o en su declamatoria el batllismo ha pedido prestado a nuestro programa mínimo; y más largo sería aún de contar todo lo que no está ni en su declamatoria siquiera. Lo indudable es que si el señor Batlle quisiera sinceramente ver el triunfo y la consolidación de una política avanzada en la república, no debería mirar con malos ojos la formación y el crecimiento de un partido como el nuestro que es la única garantía segura de una orientación de la conciencia popular hacia el perfeccionamiento de las buenas realizaciones batllistas —reconozco que las hay— y el afianzamiento de una política de reparación y avance civil ¿Que para eso basta y sobra con el batllismo? Pero el batllismo es una cosa transitoria de duración limitada por la vida de un hombre. Cuando este hombre desaparezca, el batllismo se fraccionará, se disgregará, cambiará de fisonomía en varios trozos rivales que sólo han de parecerse al núcleo originario en sus culpas, vicios y defectos, que son muchos y de grueso calibre. La vinculación al tradicionalismo, por un lado y el carácter personalista por otro, quitan al batllismo toda posibilidad de perduración en un largo trayecto del futuro. Si el señor Batlle ha soñado con dejar detrás de sí una organización que le sobreviva a través de luengas etapas de la vida nacional no debió ni amarrarse al mástil del tradicionalismo ni darle a su partido, con la imposición personalista, un sentido de tránsito y fugacidad dentro de las ilimitadas perspectivas de la historia de un pueblo. Los partidos que en todas partes se constituyen en sostenes permanentes de la evolución democrática son los partidos socialistas que combinan sus esfuerzos, a través de la distancia y de las fronteras. Pero el batllismo —dirá el señor Batlle— no puede formar parte de la Internacional porque no es internacionalista ni quiere abolir la propiedad privada de los medios de producción y de cambio. Es verdad. Pero entonces ¿por qué dice que el batllismo es "más avanzado" que el Partido Socialista y lo suple con ventaja en nuestro país, pues hace todo lo que el socialismo proclama? El batllismo nos combate con un sordo rencor mortal porque, entre otros motivos, ve o presiente que seremos sus enterradores. ¡Como si el enterrador tuviese la culpa de que el tiempo realice su obra y la muerte arroje a los pies del sepulturero su cosecha macabra!

Mayo de 1925

## CARTA ABIERTA A LEGNANI

Señor doctor Mateo Legnani:

No sería sincero si por puro alarde de intrepidez epistolar, le dijese que estaba impaciente por contestarle. Usted me solicitó amablemente que no me pronunciase sino al final de la última de sus cartas. Yo quedé aguardando ese final y lamento haya llegado tan pronto —si es que naturalmente ha llegado— porque mucho me agradaba sumergirme cada dos o tres días en el mar arrullador de su prosa o hacer plácidamente la plancha sobre "la espumosa espalda de las olas" como diría Homero, balanceándome en un delicioso olvido de mí mismo, y de mis acreedores... sobre todo de estos últimos.

Un político francés de los que descendían con frecuencia al llamado "terreno del honor", tuvo que batirse cierta vez al aire libre con otro político famoso por la desmedida prolongación de sus piernas, y lue-

go decía a los periodistas que lo rodearon al finalizar el encuentro, que era cosa bastante entretenida batirse con tal adversario. Porque mientras se cruzaban los sables y el duelo se desarrollaba con sus incidencias más o menos peligrosas, él había podido contemplar por entre las piernas de su contendor, el cuadro virgiliano del paisaje circundante.

Algo parecido podría yo decir de mi encuentro con usted. Sus cartas ponían ante mis ojos un panorama mental sumamente pintoresco, con la ventaja de que en vez de ser, como en el caso de aquellos duelistas, un paisaje único y fijo, el ofrecido a mi contemplación, era una rápida sucesión de cuadros animados, desfile algo cinematográfico de un sinnúmero de zonas ideales del conocimiento humano y de la humana sabiduría.

Usted me ha hecho viajar mucho con sus epístolas. Más que simples cartas políticas o sociológicas me resultaron cartas geográficas. He pasado de la Grecia de Platón a la Italia del Renacimiento; de las ideas de Nietzsche a la vanidad de D'Anunzio; de la filosofía de Bergson a la clínica dental de nuestro común amigo Coelho de Oliveira. Y todavía en cierto momento me dice usted: "No nos detengamos. Pasemos el Atlántico y el Pacífico [...] En Europa y en Asia [...]"

.......................................

Usted trajo a colación aquel recuerdo de nuestra juventud para llegar a la conclusión de que debí haberme concretado al cultivo de la poesía y no meterme nunca en política. Usted es un gran psicólogo. Sabe bien que a un hombre que hace versos —sea de la calidad que fueren—, le halaga oírse llamar poeta. De mí he de decirle que pertenezco al número de aquellos que, cuando escriben versos, tienen siempre el temor de que sólo sean versos y no poesía y además se reprochan con incurable amargura el haber escrito, —por incapacidad, por impaciencia, por ofuscación o traición del criterio estético— muchos que no son sino versos... Por eso, cuando alguien que no es uno de esos ignorantes que confunden poesía con versos y poetas con versificadores, nos llaman poetas, sentimos algo así como si por nuestros oídos hubiera pasado, penetrando hasta nuestro corazón, el aura amable de las consagraciones futuras.

Si yo tuviese sensibilidad moral de literato (no hay nadie más imbécil que el literato), me sentiría desarmado ante su empeño en exaltar mis facultades poéticas, y a condición de que me siguiera considerando como poeta, estaría dispuesto a concederle que no debería meterme en política.

Porque me creo inmune del virus del profesionalismo literario que suele corromper las almas y corroer el espíritu de los hombres hasta reducirlo, como hacen con el corazón de la madera ciertos diminutos insectos, a un puñado de aserrín de vanidad, de egocentrismo y de egoísmo. Son pocos los literatos que se sustraen a la acción de ese virus; y acaso sólo un remedio existe para salvarse de esa infección de la literatura; erguir la personalidad y el espíritu por encima del ambiente y de la preocupación literarios; sacarlos a solearse y airearse al espacio libre de la vida ciudadana; militar en defensa de ideales activos, erigirse en factor de realidades históricas, ponerse a la obra de estudiar los problemas de interés público y contribuir a solucionarlos, adquirir puntos de vista sobre las cuestiones de orden general, solidarizarse con las vicisitudes de su pueblo y mezclarse a los afanes de la multitud frente a las dificultades o solicitaciones de la vida social, económica y política, que a nadie deben dejar indiferente. ¿Por qué quiere usted condenarnos a los poetas a no bajar al palenque de la política? ¿Para que nos quedemos en "literatos"?

.......................................

Desde que Aristóteles dijo que "el hombre es un animal político", quedó reconocido a los poetas el derecho de hacer política. A menos que se entienda que los poetas no son hombres... Si no han de serlo, mal podrán ser poetas.

Un concepto a mi modo de ver estrechamente "literario" quiere mantener al liróforo alejado de toda actividad despojada de carácter artístico. Hay quienes hablan del "poeta puro" como si éste fuese el que se encierra en su torre de marfil para entregarse tan solo a la afiebrada cohabitación con las musas. Se confunde al poeta con su producción. En nuestros tiempos sólo pueden consagrarse en absoluto a los acordes de la lira los que disponen de rentas o los que consiguen vivir de la profesión poética. Éstos son por fuerza, los menos "puros" de todos, por cuanto su exclusiva especialización literaria es obra de la necesidad y es

condición de su sustento económico. Si su obra pertenece al género de la "poesía pura" no ha de ser entonces por el hecho de que ellos se sustraigan a toda preocupación política o civil, desde que no pueden sustraerse a la materialista preocupación pecuniaria. Los rentistas están en mejores condiciones para ser líricos "puros"; pero si al dedicarse exclusivamente al ejercicio de su arte, pueden afinar admirablemente su sensibilidad y perfeccionar sus medios de expresión —cuando tienen talento— muy excepcionalmente llegarán por ese sólo camino a ser poetas hondos y fuertes, penetrados de destino y de humanidad. Si llegan a serlo, será a pesar de su retraimiento de las inquietudes agrias y fecundas de la existencia colectiva. Ya no es posible creer que a los poetas se les debe encerrar en jaulas de oro para que canten bien. No son ruiseñores que cantan mejor cuando se les ciega. Ni su voz para ser pura ha de equipararse a la de aquellos tenores castrados de la Capilla Sixtina. El canto de los poetas es distinto al de los ruiseñores y al de los Farinelli. Podrá ser menos agradable, pero ha de ser más humano. El que no es hombre en su vida, no llegará a ser poeta en su obra.

Y en los tiempos actuales el que se aparta de las agitaciones populares y rehúye las contiendas civiles, no vive completamente su existencia de hombre. No adquiere la plenitud de una personalidad prolífera. No llega a ser hombre completo. De ahí que tampoco pueda llegar a ser poeta completo.

.........................................

Usted se planta ante el espectáculo de esas asambleas batllistas en que los componentes gritan como posesos: "Viva Batlle", sin saber quién es y sin saber a dónde los lleva, y usted tiene la ruda franqueza —que no le agradecerán sus correligionarios— de confesar que eso es muy feo y le horroriza. Pero no se va, y añade como justificación de su permanencia: "Ése es el barro. Con él hay que trabajar. Para transformarlo, precisamente."

Mire, doctor Legnani: allí el barro no son estos pobres paisanos ignorantes, borrachos de fanatismo tradicionalista y de idolatrías personales. El barro son esos caudillejos que "hacen la guiñada", porque ellos son los que se afanan en mantener sucia de tradicionalismo y de partidarismo anacrónico la mente de las multitudes ingenuas. Lo que quiere decir que cuando usted cree trabajar junto a esos caudillejos, para transformar el barro espiritual de esas muchedumbres, en realidad trabaja para perpetuar en ellas el atavismo embrutecedor. El batllismo aprovecha de esos fanatismos y los explota, ¿cómo ha de ser, entonces, un factor de su desaparición, un remedio para esa enfermedad? Créame, doctor Legnani, si cuando usted sale de esas asambleas se ve las manos sucias de barro, no se haga la ilusión de que es la arcilla esencial en que usted ha querido modelar una estatua, transformando el espíritu de las multitudes desde una tribuna del tradicionalismo político. Es tan sólo el efecto de haber estrechado las manos cómplices de los caudillejos y directores de esas masas que lo horrorizan...

.........................................

Así tampoco advierte que es un crimen corromper la fibra moral de la ciudadanía con lo que usted llama "ubicacionismo", y estibar en la administración pública las energías de miles de hombres jóvenes y fuertes para que se transformen en parásitos como pretendido medio de abrir el país a las fuerzas vivas sin colocación.

¡Y después nos desvivimos por perfeccionar la escuela y hacer de la instrucción pública una gran orientadora del carácter que prepare hombres sanos de cuerpo y de alma!... ¿Para qué? ¡Si fuera de la escuela han de hallarse rodeados, por todas partes, de los más formidables elementos de corrupción, de disolución y de envilecimiento! ¡Si en el ambiente de la vida ciudadana, en el hogar, en la oficina, en la calle, respirarán sus pulmones, desde el nacimiento hasta la muerte, todos los virus desparramados pródigamente por una política a la que el árbol no le deja ver la selva, y que, afanosa de inmediatas ventajas, sacrifica a sus urgencias materialistas el porvenir y la salud moral de las generaciones!

No crea usted, doctor Legnani, que los partidos con más idealidad son los menos eficaces. No obran con altura los que no piensan alto.

Y ahora, sólo réstame, retribuyendo la serena cortesía personal de sus réplicas, manifestarle que en las mías, si he puesto como acostumbro, empeño persuasivo y pasión, amén de algún inocuo rasgo sonrien-

te, no he querido poner nunca veneno ni irrespetuosidad para su persona.

("Imparcial" - 1927)

## UN "PIDO LA PALABRA"

*(Del diario "La Razón", año 1919)*

El señor Batlle y Ordóñez, en la inconfinada polémica que mantiene con el doctor Díaz, ha vuelto a decir (véase su artículo de ayer) que muchos socialistas le acompañaron en las elecciones del histórico 30 de julio. La insistencia en sostener esa tontería y la traviesa malignidad con que quiere desconocer a nuestro partido su carácter de tal por no haber podido llevar sino dos representantes a la Constituyente, parecerían descubrir el propósito de tirarnos de la lengua... Puede que nos hagamos ilusiones... Sea como fuere, al pedir la palabra para responder a esas dos "provocaciones" inesperadas, no pretendemos terciar (¡líbrenos Dios!) en esa controversia que el señor Batlle, como de costumbre, se propone ganar por el cansancio del contendor... y de los lectores. Preferimos concretarnos a lo que tan de cerca nos atañe, felices —eso sí— de que el porfiado discutidor de Piedras Blancas, revele el deseo de cambiar algunos tiritos con nosotros, sobre todo ahora que, para mejor retribuirle, nos proponemos sacar un diario cuyo primer número verá la luz el 2 de setiembre.

¿Quiénes son los "muchos socialistas" que votaron con él el 30 de julio?

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

El socialismo adopta un medio específico de acción: la lucha de clases, en el terreno político y económico; y persigue una finalidad característica: la socialización de la propiedad. Dicho método excluye la actuación en partidos que no sean ese partido de clase de los trabajadores; y dicha finalidad distingue a los socialistas de los simples obreristas sin tendencia social.

Los "socialistas" que acompañaron en aquel momento al señor Batlle eludian la obligación esencial y adjetiva de entrar a la lucha de clases, en el campo político, dentro de los cuadros del partido obrero, y no propugnaban tampoco —estamos seguros— ninguna idea de reformas constitucionales "socialistas". ¿Por qué los llama el señor Batlle "socialistas"? Es una confusión deliberada muy cara al batllismo, siempre dispuesto a embaucar a las masas populares con rótulos prestigiosos.

Hubo un tiempo en que los batllistas se calificaron, por boca del meridional doctor Arena, socialistas... sin bandera. También Sampognaro (¡imagínense ustedes!) se dijo socialista. Y el doctor Viera, al asumir la presidencia como discípulo y lugarteniente del señor Batlle, prometió hacer socialismo. Para ellos hacer lo que hizo Batlle era hacer socialismo, porque esa denominación constituyó como una consigna aceptada por los partidarios y los adversarios. Aquéllos llamaban a esa política "socialismo" para prestigiarla ante las multitudes obreras; éstos la llamaban así para desprestigiarla entre los elementos conservadores.

Recordando sus tiempos de vinculación política con el "Iluminado", mi buen amigo el doctor Carvallido (hoy vierista), que tiene, sin duda, desde entonces un concepto muy endeble del socialismo, se proclamaba hace unos días socialista, en la cámara, ante el risueño estupor de algunos oyentes irónicos.

Socialistas de esa especie son los que votaron el 30 de julio la lista colorada. Los socialistas... sin bandera, como Arena y Sampognaro, estaban todos con el oficialismo.

¡Y eran legión! Se explica... Ser socialista sin bandera, es decir, sin ideales y con garantía de obtener altos sueldos del erario público, resultaba una ganga.

No le extrañe, pues al señor Batlle que los socialistas con bandera seamos tan pocos. Nunca hemos puesto nuestro orgullo en ser muchos, sino en ser conscientes, altivos y desinteresados. Porque tenemos un programa definido no podemos crecer tan rápidamente como las agrupaciones cívicas caóticas que, al igual del batllismo, extienden sus tentáculos electorales hacia todas las zonas de la opinión, ofreciéndoles a los obreros reformas avanzadas y dándoles a los enemigos de los obreros como Viera y compañía, puestos bien rentados o de decisiva influencia sobre la suerte de la república; conciliando las declamaciones socializantes, con el militarismo, el tradicionalismo y el caudillismo; confundiendo en un abrazo, dentro de la misma beligerancia partidaria, a los proletarios y a los grandes abastecedores; poniendo los ideales modernos y los principios renovadores a cada instante proclamados, bajo el amparo y el

"prestigio" de la divisa anacrónica y del general Galarza.

Nuestro camino es difícil y las fuerzas contra las cuales debemos abrirnos paso cuentan con el concurso formidable de los prejuicios arraigados, de los viejos hábitos mentales y sentimentales, de la inercia cerebral de un pueblo políticamente anquilosado por la embrutecedora idolatría personalista y el fanático partidarismo histórico.

## CON DON PEPE "EL TRANQUILO"

*(Fragmentos de una polémica con Batlle)*

Siempre es de buen efecto, ante ciertos espíritus bobalicones, asumir en una discusión aires de imperturbable serenidad. El señor Batlle no lo ignora, y por eso, apenas nota en una discusión haber perdido los estribos, trata de recuperarlos, incorporándose nuevamente sobre el lomo de su dialéctica en actitud compuesta y tranquila, como de quien se esfuerza en ocultar que la procesión anda por dentro... Lo malo para el señor Batlle es que su dialéctica no tarda en dar corcovos reveladores de una marcada nerviosidad en la mano del jinete. Por otra parte, la dialéctica que según Sócrates es "la comadrona de las ideas", al señor Batlle no le sirve para partear ideas sino para enredarlas. Él advierte, recogiendo una comprobación vulgarísima que no tiene más razón quien más grita; pero esto no quiere decir que por fuerza ha de tenerla quien más calla. [...]

No podía faltar en la extensa "expresión de agravios" del señor Batlle la referencia efectista a la obra de su partido. Reedita una vez más aquello de la eliminación de la razón de ser del socialismo entre nosotros por el obrerismo colorado, reproduciendo una frase que está en boca de todos los politiqueros del coloradismo, sin distinción de grupos en esta hora de infinitas ramificaciones coloradas, inclusive los conservadores riveristas, los jefaturiales brumistas y los indefinibles vieristas... ¡De oírlos a ellos, hace ya muchos años que los socialistas debíamos haber arriado bandera y habernos plegado a la política que ellos hacen y encarnan!

Se lo oímos decir de sus labios al doctor Viera, cuando subió a la presidencia de la república en su calidad de batllista perfecto; nos lo repitió Sampognaro, que como batllista se instaló en la Jefatura de Policía para permanecer allí una larga temporada; nos lo dijeron, cada uno a su vez, casi todos los que rodeando hoy a Viera o a Brum o a Batlle, como antes rodeaban en los felices tiempos de la armonía familiar y de la convivencia idílica, a la trinidad completa de la cual Batlle fuera el espíritu santo; han colaborado en las realizaciones de ese obrerismo en cuyo mérito, el Partido Socialista debería desaparecer... Y hoy, resultan con tanto derecho a invocarlo, los vieristas que votaron o proyectaron las leyes obreras avanzadas de que se hace caudal para negarnos la razón de existir, como los batllistas que consintieron con ellos en las palizas a los trabajadores, en el empleo del ejército como rompehuelgas, en las persecuciones a la organización gremial, y aprobaron con ellos las medidas atentatorias de nuestra "semana roja", con su infame "caza al ruso", y sus prisiones injustas de propagandistas obreros.

.......................................

"Un verdadero socialista —dice el señor Batlle— nos miraría con simpatía."

Un verdadero amigo de los obreros —decimos nosotros— no se esforzaría en alejarlos de las filas de un partido propio, con programa definido, con propósitos inspirados en los intereses de clase del proletariado y en las más altas aspiraciones humanas, para llevarlos a servir los intereses de una agrupación sin programa, como es el batllismo, y dentro de la cual se confunden hombres de opuestas tendencias e ideas, desde el conservador Rafael Tabárez al casi anarquista Varela Andrade; desde el católico diputado Aldaya al anticlerical Lareu... "¿Con quiénes podría contar el señor Frugoni en la cámara para la sanción de sus proyectos —añade— si no con nosotros?" El señor Frugoni cuando fue a la cámara libró muchas batallas ¿Contra quienes? Eran batllistas sus contendores. Contra el propio Batlle tuvo que batirse, al defender el derecho de huelga de los trabajadores del estado, y al abonar por la reforma tributaria, con la rebaja o supresión de impuestos a los consumos, y al oponerse a los sueldos fastuosos y a las oficinas inútiles, y al rechazar el voto de los guardias civiles, y al impugnar la creación de nuevas unidades militares, y al proponer la reducción del presupuesto de guerra, y al denunciar graves irregularidades en algunas reparticiones públicas. En la Constituyente

los delegados socialistas hallaron a blancos y batllistas coligados para regalarles los bienes nacionales a la iglesia y con batllistas chocaron al sostener la incorporación del voto secreto y la representación proporcional —que hoy obtienen del señor Batlle tan efusivas devociones verbales— al texto de la nueva constitución. Mañana, los diputados socialistas reñirán nuevas batallas contra la coalición de todas las fuerzas coloradas hoy distribuidas —porque así conviene a los efectos electorales— en diversos sectores del "frente único"; y no han de contar, por cierto, para la aprobación de muchas de sus proposiciones con el apoyo de diputados como el señor Santana de Colonia, proclamado por el batllismo candidato a primer titular en ese departamento, no obstante ser un ferviente católico...

Por eso enseñamos a los obreros que no confíen la defensa de sus intereses de clase a ninguno de esos partidos que los llevan a votar por reaccionarios auténticos y por avanzados de ocasión sino que se defiendan ellos mismos organizándose políticamente en el Partido Socialista, cuyos principios e ideas traducen y refuerzan la aspiración específica del proletariado consciente a la implantación de la justicia social y a su propia emancipación completa, como luminoso coronamiento de las conquistas parciales alcanzadas en una lucha tenaz e incesante contra la explotación, la iniquidad, el privilegio y la rutina.

("Justicia", año 1919)

# INFANTICIDAS

*Para mostrar a Frugoni periodista, cuya caudalosa producción se halla dispersa en diarios, periódicos y revistas, a lo largo de setenta años, hemos elegido especialmente este artículo publicado en 1909, por la naturaleza del tema y la forma como el autor se bate en contra de los prejuicios de una moralina pacata, tal vez entonces más en boga que hoy.*

COPIOSA información policial llena a menudo las columnas de nuestros diarios con los pormenores espeluznantes del crimen cometido por alguna madre desnaturalizada. El relato, aunque desprovisto de toda novedad por la frecuencia con que la pícara vida acumula ante nosotros tan desagradables sucesos, no carece nunca sin embargo de interés porque hay cosas que no por repetidas dejan de ser interesantes... De vez en cuando alguien encuentra en el antro inmundo de un resumidero y dentro del cajón de los desperdicios el cuerpecito exánime de una criatura recién nacida. Después de prolijas investigaciones, la policía —sin necesidad muchas veces de extremar su acostumbrada perspicacia— descubre la autora del repugnante delito. Acorralada a preguntas por un funcionario celoso, cuyo retrato exhiben muy luego los órganos de publicidad en premio de su astuta hazaña de detective, a la pobre delincuente no le queda más remedio que confesarse culpable y narrar punto por punto la odisea del alumbramiento con el epílogo de su acción delictuosa. Los hombres honrados, los venerables burgueses que siempre han sabido dirigir con cauta pericia sus pasos por los senderos de una moral constantemente rasante con los dominios del código, leyendo con avidez la hábil narración de las gacetillas policiales tienen una dura palabra condenatoria para la madre criminal. También la tienen y acaso no menos dura, las correctas matronas que por no afear la línea escultural de su cuerpo o por no sobrecargar su elegante existencia mundana con las responsabilidades y cuidados impuestos por una prole numerosa, sólo una o dos veces rindieron a la maternidad el tributo de sus entrañas naturalmente fecundas y hoy practican, siguiendo sabias y sutiles indicaciones médicas, con la discreta complicidad de sus esposos, inconfesados escamoteos de alcoba...

La tienen, y aún más acerba si cabe, todas esas estériles sacerdotisas de una castidad aparente, que niegan a la llama del sumo amor el combustible de sus carnes atormentadas por el deseo, y enclaustradas en el culto absurdo de una virginidad del cuerpo, que por no ser madres, no aciertan a ser puras de espíritu, ni siquiera mujeres...

Y todos estos traficantes honorables que día a día hacen escarnio de la maternidad, amasando su fortuna con el sudor de pobres obreras a quienes el trabajo excesivo les depara, o la melancolía de la esterilidad o los peligros del aborto o las tristezas de una generación enclenque; y todos esos seductores vulgares lanzados a la caza de la carne indefensa para satisfacer torpes avideces, tenorios sin poesía y sin belleza que no pensaron nunca en dar al vástago inesperadamente brotado de sus dispersas semillas el apoyo de un padre y eludieron constantemente la responsabilidad de las consecuencias abandonando a sus víctimas al azar de su propia mala suerte; y todos y todas, en fin, los que a diario escarnecen la maternidad con la cruel obstinación de sus actos o con la inhumana coyunda de sus prejuicios, arrojan implacables su piedra de fariseos para lapidar a la pecadora...

El anatema ante un caso de esos surge universal y terrible. Los que son nerviosos exponentes del sentir colectivo, dan al suceso una publicidad tan abrumadora e inexorable que constituye por sí sola un castigo ejemplar para la desdichada infanticida.

La policía, por su parte, interesada en atribuir trascendencia y bulto a su nueva victoria, facilita oficiosamente informes detallados y no descansa hasta que el retrato de la delincuente, ayer respetada y honesta (como

esa pobre muchacha de quien tanto hablaron estos días las crónicas, hija probablemente de unos padres honrados que allá en la placidez campesina de la vida rural siguen creyéndola pura y feliz) aparezca con su aureola trágica en las páginas de los grandes semanarios ilustrados junto, claro está, a la satisfecha efigie del funcionario investigador. . ¡Un infanticidio! No es para menos. ¿Queréis crimen más atroz, más inhumano que el de una madre estrangulando a su hijo y arrojando sus restos diminutos al fondo pestilente de un albañal? Matar al niño, a la propia criatura de sus entrañas, flor de su carne, sustancia de sus huesos, algo tan santo o inocente como el capullo de la vida. Las fieras ignoran tamaña ferocidad... Bien, pero yo pregunto: ¿saben las fieras lo que es "el horror al hijo"? No, no lo saben. Ese horror trágico y desconcertante es privilegio de estas infelices hembras del hombre, a quienes el convencionalismo social castiga con la deshonra, es decir con el desprecio y la persecución, si tienen algún día la debilidad de ser madres sin previo permiso del juez o del sacerdote... Sólo entre hombres la maternidad puede llegar a ser un delito. La moral corriente, divorciada de la naturaleza, ha hecho del amor prolífico un fantasma pavoroso del cual huyen las mujeres poseídas del sagrado terror... Y como el hijo es a veces el oprobio, la desgracia, la maldición social, la madre muere en el seno de la mujer y el crimen se impone como una salvación inicua. Las siembras del amor suelen ser siembras de desventuras, porque dan frutos malditos y amargos en el limo infecto de nuestras vidas encenegadas de falsedad y error...

No es culpable el amor: la culpa reside en el prejuicio y en la impostura ambientes que han reducido a espinas las rosas rojas del perenne rosal. Como tampoco son culpables esas desgraciadas que por ocultar su deshonra estrangulan a sus hijos y los arrojan al húmedo vientre viscoso de un caño maestro. Hay una grande y verdadera delincuente en todas estas oscuras y vulgares tragedias de la maternidad vergonzante: la sociedad, con sus formidables convencionalismos y sus horrendas subversiones de la ley natural. Seamos sinceros y reconozcamos que en ese crimen brutal —y tan humano hoy en día— de una madre que mata a su hijo, todos nosotros, sí, todos nosotros, tomamos nuestra parte. Un poco hemos contribuido todos a oprimir el cuello tierno como un tallo de tuberosa, de esos lúgubres recién nacidos sacrificados rudamente al Minotauro de las tiranías sociales. "Todos en él pusisteis vuestras manos" —pudiera decirnos con cierta razón el clásico. Nunca mejor que frente a tales ejemplos se comprende la verdad de la frase de Jaurès: "Somos solidarios hasta en el crimen"... En efecto: por cumplir con un deber de la naturaleza mujeres hay que se hallan de pronto en pugna —y delatadas por la prueba irrefutable de un hijo— con los deberes de la sociedad. ¿Qué les aguarda entonces? La vergüenza, la tortura moral, acaso el despeñarse de una vida destrozada para siempre hacia abismos de miseria o depravación... Algunas se matan; otras, en el momento de la angustiosa ofuscación, ciegas, desesperadas, locas, sepultan donde nadie lo ve el testimonio de su falta oprobiosa. Vislumbraron —no hay duda— en esos instantes tremendos, nuestros rostros adustos y despectivos, ¡oh matronas impecables! vieron vuestras sonrisas mordientes y escucharon vuestras ofensivas conversaciones, como la Gretchen de Fausto ante las muchachas del pueblo, ¡oh jóvenes pudorosas que sabéis usar prudencia dando a chupar el dedo a Cupido para engañar su gula impaciente!; previeron vuestros gestos escandalizados, solteronas beatas que encerráis en el pecho enjuto una sorda ira contra el amor, cuyos goces estáis condenadas a ignorar; adivinaron nuestras miradas procaces como insultos y nuestros cuchicheos sin generosidad, tuvieron ante sus ojos aterrados la visión de todo el desdén, de toda la impiedad, de toda la mofa canallesca con que las perseguiríamos a donde fuesen y las abrumaríamos donde las encontrásemos... Y he ahí cómo vosotras, señoras respetables, inflexibles en el rígido concepto de una moral anacrónica, y vosotras, castas vírgenes que signáis con el rasgo morado de vuestras ojeras el blasón de una inútil pureza, no obstante condenar con horror a la infanticida, fuisteis sin saberlo su cómplice y habéis ayudado un poco a sus dedos verdugos a estrujar el pescuecito flexible, casi transparente de la lívida criatura. La historia de Margarita, dos veces criminal, en su desesperada demencia de ocultación y disimulo, es desgraciadamente muy verdadera y muy humana. No olvidemos que la dulce infanticida del poema de Goethe se salva al fin y logra sentarse a la diestra del Señor. Eso significa que no fueron en realidad sus gráciles manos hacendosas las que troncharon rudamente aquella débil flor de vida brotada de su seno, sino la garra artera y nervuda de Mefistófeles...





# BIBLIOTECA DE MARCHA

**acaba de aparecer**

# POR LA REVOLUCION, POR LA POESIA

## RENE DEPESTRE

"Los textos aquí reunidos fueron escritos en La Habana, en el curso de los últimos años, en el contexto único de la revolución... A finales de 1957 había logrado volver a Haití. Fue para descubrir un país en la agonía, un gueto insular, prisionero de un sistema insólito, pavoroso, que llevaba con insolencia la máscara de la negritud totalitaria. Un año después, humillado hasta la médula, torturado en la imagen que tenía de mi país y de su inserción en el mundo, tenía que optar entre marcharme de nuevo y un fin atroz, una buena mañana, en las garras casi mitológicas de un **tonton-macoute**... Encontré a Cuba en la efervescencia contagiosa de los primeros días de la revolución. La Cuba que me acogía era singularmente diferente de la que en 1952 por la policía de Batista me había expulsado brutalmente..."

(Rene Depestre, en la introducción a **Por la revolución, por la poesía**.)

Contenido del libro:

- MIS AÑOS-LUZ EN CUBA
- UN HÉROE DEL TERCER MUNDO: HO CHI MINH
- LOS MITOS NORTEAMERICANOS MUEREN EN VIETNAM
- JEAN PRICE-MARS Y EL MITO DEL ORFEO NEGRO
- CARTA DE CUBA SOBRE EL IMPERIALISMO DE LA MALA FE
- EL INTELECTUAL REVOLUCIONARIO Y SUS RESPONSABILIDADES PARA EL TERCER MUNDO
- EL ESCRITOR LATINOAMERICANO Y SUS RESPONSABILIDADES
- CUANDO JACQUES ROUMAIN GOBIERNA EL ROCÍO
- PASEO POR EL GRAN ZOO DE NICOLÁS GUILLÉN
- PARA JACQUES STEPHEN ALEXIS
- ANDRE BRETON Y LA EMANCIPACIÓN DE LA POESÍA
- LA GLORIA DE PAUL ELUARD

---

DISTRIBUYE: ***AMERICA LATINA***

Avda. 18 DE JULIO 2089 TEL.: 41 51 27